EVANGELISMO TEO-CENTRICO

Una exposición de la Teología Bíblica del Evangelismo

R. B. KUIPER

EVANGELISMO TEO-CENTRICO

EVANGELISMO TEO-CENTRICO

Una exposicion de la
Teología Bíblica del Evangelismo

por

R. B. KUIPER

Profesor honorario de Teología Práctica
del Seminario Teológico Westminster
Presidente honorario del Seminario de
Calvino de Grand Rapids

Traducido por SAMUEL VILA

TELL

Depósito Legal: B. 26318-1966

Con permiso de Baker Book House

TELL

The Evangelical Literature League
P. O. Box 2348, GRAND RAPIDS, Mich.
U. S. A.

Gráficas VIMASA TARRASA, (España)

INDICE

Capítulos Páginas

INTRODUCCION

Se hace algunas veces una distinción entre la labor misionera y el Evangelismo. Se entiende como labor misionera la evangelización de los no salvados que viven lejos de nosotros; y como Evangelismo, la obra de traer el Evangelio a los no salvos que se hallan cerca. Este uso restringido del término Evangelismo *no tiene justificación. Evangelismo es la simple proclamación del Evangelio. El llevar ese mensaje a las antípodas, merece el mismo nombre de* Evangelismo *que el traerlo a nuestros vecinos. En el título de este libro usamos dicha palabra en el sentido que le es atribuído en el libro: "Evangelismo para el Mundo de nuestros días, interpretado por los Líderes Cristianos de todo el Mundo", que fue publicado en 1938 por el Consejo Internacional de Misiones: Esto es, la proclamación del Evangelio a los no salvos en cualquier lugar.*

Por otra parte, tomamos la siguiente definición de la palabra "Misión" del reciente estudio del Dr. J.,H. Bavinck en su: Introducción a la Ciencia de las Misiones: *"La obra misionera es la actividad de la Iglesia —esencialmente no es otra cosa que la actividad de Cristo ejercida por medio de la Iglesia— por la cual la Iglesia, en este período de interinidad, antes de la definitiva proclamación del Reino de Dios, llama a los pueblos de la tierra al arrepentimiento y fe en Cristo para que sean hechos sus discípulos e incorporados por el bautismo a la comunión de los que aguardan la venida de su Reino" (p. 6). Excepto por la nota dispensacional que ocu-*

rre en las expresiones: "período de interinidad" y "que aguardan la venida del Reino", esta definición es ciertamente aceptable. Evidentemente el Evangelismo incluye la obra misionera.

El término evangelista se usa en varios sentidos. Las siguientes páginas contienen un estudio de este término tal cual es usado en el Nuevo Testamento. Se observará que en el sentido estricto del Nuevo Testamento no hay actualmente verdaderos evangelistas; sin embargo no es una razón para negar este título a los que hacen del Evangelismo la obra de su vida. De hecho puede ser dicho sin titubeos que cada creyente, en su carácter espiritual de profeta, sacerdote y rey, es prácticamente un evangelista.

Es triste empero reconocer que mucho del Evangelismo de nuestros días está centrado en el hombre. Con demasiada frecuencia la atención se fija en el evangelista —su personalidad, su elocuencia, su habilidad como organizador, la historia de su conversión, las penalidades que ha sufrido por el Evangelio, el número de sus convertidos; en algunos casos los milagros de curación que se le atribuyen, etc. En otros casos la atención se fija en aquellos que deben ser evangelizados— las multitudes que acuden, su necesidad relacionada con su pobreza, enfermedades inmoralidad, o en su supuesta ansia del Evangelio de salvación. En los peores casos, tratándose de labor Modernista: en el bien que se dice reside en ellos y les capacita para ejercer la fe salvadora de su propia voluntad no regenerada. ¡Cuán a menudo el beneficio del hombre, temporal o eterno, es el solo objetivo del Evangelismo!

El siguiente estudio es una defensa del Evangelismo centrado en Dios, en contradicción con el Evangelismo centrado en el hombre. En otras pa-

labras: Presenta una Teología del Evangelismo basada enteramente, como debe estarlo, en la Palabra infalible de Dios, la Sagrada Escritura. Demanda un Evangelismo que sea de Dios, por Dios, y para Dios (Romanos 11-36). Este es exactamente el objeto del presente volumen.

El lector descubrirá pronto que la Teología que aquí se defiende es la Teología Reformada. Yo creo, y así debe ser, que la única teología que la Biblia contiene es la Teología Reformada; sin embargo, quiero aclarar que al decir Teología Reformada quiero significar: no solamente lo que la distingue de otras varias interpretaciones del Cristianismo, sino lo que tiene de común con estas otras interpretaciones de la Fe Cristiana. Por ejemplo, la Teología Reformada incluye la doctrina de la Trinidad, de la Deidad de Cristo, y de su Sacrificio substitutorio que todos los verdaderos cristianos aceptan, además de los cinco puntos característicos del Calvinismo. que son: la Predestinación absoluta, la total Depravación humana, la Expiación particular, la Gracia irresistible, y la eterna Seguridad de los creyentes. Para mí, la Fe Reformada es a la vez la más pura y la que mejor comprende el conjunto de la Biblia, entre todas las teologías cristianas. Su título de gloria es que abarca "todo el Consejo de Dios". (Hechos 20-27).

Tuve el privilegio por algunos años de dar cursos a estudiantes para el ministerio sobre: "Principios de las Misiones Cristianas" y "Evangelismo de los alrededores". Ese libro no es una reproducción de ninguno de tales cursos, sino una presentación de la esencia de ambos.

Excepto donde se indica otra cosa, las citas de la Escritura, en este volumen, son de la versión autorizada del rey Jaime (1). Deseo expresar mi gratitud a la sección de educación cristiana del Concilio Nacional de las Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de América por el permiso dado para citar ocasionalmente de la versión revisada. A las revistas "New York World Telegram" y "Sun" por ciertas estadísticas tomadas de su Almanaque Mundial para el año 1961, y a la Compañía de Publicaciones Presbiteriana y Reformada de Filadelfia, por su permiso en citar la antes dicha definición de la palabra "Misión".

R. B. KUIPER

(1) En esta traducción hemos usado la antigua versión de Cipriano de Valera, excepto en unos pocos casos en los cuales nos ha parecido que la Revisada en 1960 vertía el texto original de un modo más adecuado a la idea del autor. — *Nota del Traductor.*

1

DIOS EL AUTOR DEL EVANGELISMO

El Dios Trino como autor del Evangelismo

El Evangelismo tiene sus raíces en la Eternidad. Los teólogos hablan del *Pactum Salutis*, hecho desde el principio por las tres personas de la Divinidad. El término *Pactum Salutis* puede ser traducido ora como *Convento de Redención* o *Concilio de Redención.* El escritor prefiere este último sentido porque el término "convenio". se usa generalmente en teología para designar el acuerdo entre Dios y el hombre en el curso de la Historia. Pero en este caso se trata de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo acordaron juntos un plan de salvación de los pecadores antes de que el mundo fuerá

Según ese plan, Dios el Padre tenía que enviar a su Hijo al mundo para redimirlo; el Dios Hijo vendría voluntariamente al mundo para ganar la salvación por su obediencia hasta la muerte; y Dios Espíritu Santo, aplicaría la salvación a los pecadores, trayendo a ellos la gracia salvadora.

La Escritura enseña claramente la realidad de este Consejo de Redención. Especialmente en los escritos de Juan, se cita repetidamente que el Padre envió al Hijo. He aquí un ejemplo: "En esto consiste el amor, no en que nosotros amamos a Dios, sino que El nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1.ª Juan 4-10). Cristo habló de la comisión recibida del Padre. Por ejemplo, al final de su ministerio terreno, se dirigió al Padre diciéndole: "Te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese". En pasajes como Isaías 53; 12 se hace especial mención de la recompensa dada por el Padre al Hijo por haber cumplido su obra. Helo aquí: "Por tanto yo le daré parte con los grandes, con los fuertes repartirá despojos, por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo El llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores". Con igual claridad enseña la Escritura que el Espíritu Santo fue enviado por el Padre y el Hijo. Jesús prometió a sus discípulos: "El Espíritu Santo, el cual el Padre enviará en mi nombre" (Juan 14; 26) y describió la tercera persona de la Trinidad como "El Consolador, el cual yo os enviaré del Padre" (Juan 15; 26).

En resumen: Antes de que el mundo fuera, el Dios Trino formó un plan de salvación que debía ser ejecutado en partes recíprocas por el Padre como enviador Supremo; el Hijo, como enviado Mediador y enviador del Espíritu Santo, el cual como enviado debía aplicar la Redención.

De ahí sigue que el Trino Dios es el verdadero Autor de la Salvación. Y, de la misma manera que realizó a su tiempo el Plan eterno de Salvación, ha revelado su mensaje en el Evangelio, y ha ordenado

que el Evangelio sea el medio indispensable de salvación. Por tanto está claro que el Dios Trino es el Autor del Evangelismo.

El Padre como autor del Evangelismo

Dios el Padre es autor del Evangelismo.

Concibió el Evangelismo en la Eternidad.

De igual manera desde la Eternidad comisionó al Hijo para ganar la salvación de los pecadores por su muerte substitutoria en la cruz de maldición y por su obediencia perfecta en su favor. El resultado es la vida eterna para estos.

El inspiró a los profetas de la antigüedad, para preanunciar la Venida del Hijo de Dios en carne y predecir que entraría en la gloria por sus sufrimientos (Lucas 24; 26). Por medio del profeta evangélico Isaías describió los sufrimientos del "Siervo de Jehová" (Isaías 53) y lanzó la invitación universal: "Mirad a Mí y sed salvos todos los términos de la tierra porque yo soy Dios y no hay más". (Isaías 45-22), y predijo el glorioso día cuando "la tierra será llena del conocimiento del Señor como las aguas cubren la mar (Isaías 11-9).

Ordenó los sacrificios sangrientos de la antigua dispensación para tipificar el sacrificio salvador del Hijo en la cruz.

Cuando vino "el cumplimiento del tiempo", El "envió a su Hijo hecho de mujer, hecho obediente a la ley para redimir a los que estaban bajo la ley", a fin de que su pueblo "pudiera recibir la adopción de hijos" (Gálatas 4-4, 5).

Al principio del ministerio público del Dios-Hombre, el Padre envió sobre El el Espíritu Santo en forma de paloma (Lucas 3-22), y esto le calificó para

sus labores mediatorias. Le ungió para "llevar el Evangelio a los pobres curar a los quebrantados, predicar libertad a los cautivos, dar a los ciegos vista, poner en libertad a los quebrantados, para predicar el año agradable del Señor" (Lucas 4; 18-19).

El dio, es decir entregó y sacrificó a su Hijo unigénito, para que "todo aquel que en El crea no se pierda mas tenga vida eterna" (Juan 3-16).

El sostuvo a su Hijo al llevar la abrumadora carga de la ira del santo y justo Dios contra el pecado de toda la humanidad de tal modo, que cuando este se halló justamente desamparado y en tal situación sufrió las angustias del infierno, todavía se asió al Padre clamándole ¡Dios mío! (Mat. 27; 46).

Al levantar al Hijo de los muertos, el Padre puso el sello de su aprobación sobre la obra perfecta del Hijo, el cual fue resucitado, no tan sólo para que pudiéramos ser justificados, sino porque habíamos sido justificados por su muerte expiatoria, (Romanos 4; 25).

Porque el Hijo "vino a ser obediente hasta la muerte y muerte de Cruz, el Padre "le exaltó hasta lo sumo y diole un nombre que es sobre todo nombre para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, en el Cielo y en la tierra y lo que está debajo de la tierra, y que toda lengua confiese que Jesucristo es Señor en la gloria de Dios el Padre". (Filip. 2, 8-11).

En Pentecostés Dios el Padre impartió a la Iglesia el poder del Espíritu Santo a fin de que pudiera testificar acerca de Cristo, "en Jerusalem, en Judea, en toda Samaria y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1-8).

universal y eterno por decreto del Anciano de días (Daniel 7; 13-14) el cual sin embargo condescendió a "buscar y a salvar lo que se h·bía perdido (Lucas 19-10) incluyendo a los publicanos, escoria de la sociedad. Y aunque ordenó a los doce que envió a predicar el Evangelio, restringir en aquel entonces su actividad evangelística a "las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo 6), sin embargo él trajo personalmente el mensaje a los samaritanos (Juan 4).

Habiendo muerto y resucitado, dando con ello lugar a una nueva dispensación, encargó a los apóstoles y a la Iglesia de todas las edades: "Todo poder me es dado en el cielo y en la tierra, id por tanto y doctrinad a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que yo os he mandado" y para darles ánimo en la realización de tan colosal tarea añadió: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mateo 28; 18-20).

Fue el Hijo de Dios quien a la puerta de Damasco detuvo a Saulo de Tarso y le convirtió de perseguidor de la Iglesia en el más grande de los misionero de la Iglesia en el más grande de los misioneros cristianos de todos los tiempos, diciendo: "Instrumento escogido me es este para llevar mi nombre a los gentiles y reyes y a los hijos de Israel" (Hechos 9; 15).

En Pentecostés fue derramado el Espíritu Santo el cual obró poderosamente en los que hablaron y en los que oyeron. Así los dicípulos recibieron poder para ser testigos de Cristo por todo el mundo (Hechos 1; 8), y de los que oyeron como 3.000 fueron convertidos y bautizados. Era el Hijo de Dios quien había merecido para la iglesia el don del Es-

El Hijo como autor del Evangelismo

Dios el Hijo es autor del Evangelismo.

Aunque "siendo en forma de Dios" no tuvo por usurpación ser igual a Dios, sin embargo, voluntariamente "se despojó a si mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres" (Filip. 2; 6-7) a fin de que pudiera cumplir la obra salvadora que el Padre le había encargado. Cuando vino a este mundo dijo: He aquí que en el rollo del libro está escrito de mi, heme aquí para que haga oh Dios tu voluntad" (Hebreos 2; 10-7).

El "se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Filip. 2; 8) "Padeciendo así la muerte del maldito nos redimió de la maldición de la ley. Fue como si El no hubiese perseverado en las cosas que estás escritas en el libro de la ley (Gálatas 3; 13). Así vino a ser "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Juan 1-29) y creó el mensaje del Evangelio.

El fue quien proclamó el Evangelio por los profetas antiguos que anticiparon su muerte redentora, los cuales fueron sus oráculos Fue El quien predicó a lo contemporáneos de Noe desobedientes. "cuando la paciencia de Dios esperaba mientras el Arca era preparada" (1.ª Pedro 3; 18-20). Cuando los santos hombres de la antigüedad profetizaban de la gracia que había de venir" era "el Espíritu de Cristo" que había en ellos, quien "testificó anticipadamente de los sufrimientos de Cristo y las glorias después de ellos" (1.; 11).

En los días de su carne, proclamó el Evangelio del Reino de Dios (Mateo 3; 13) con el ejemplo del amor del Padre para el hijo pródigo (Lucas 15; 11-24). Del Hijo del hombre hecho rey de un reino

píritu, pues Pedro dice en su sermón de Pentecostés: "Así que exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís" (Hechos 2; 33).

Cada predicador del Evangelio habla hoy día en nombre de Cristo, o expresado de otra manera: Cristo predica por su embajador. Todos los evangelistas pueden decir como Pablo: "Os rogamos en nombre de Cristo reconciliaos con Dios (2.ª Corintios 5; 20).

Ciertamente, el Hijo de Dios salido de la raza humana, junta, defiende y preserva desde el principio del mundo por medio de su Espíritu y de su Palabra, en la unidad de la fe, a una Iglesia escogida para la Vida Eterna". *(Catecismo de Heidelberg.* El Día del Señor. XXI, Respuesta 54).

En conclusión, permítasenos señalar con todo énfasis que el Hijo de Dios, no tan sólo está a la cabeza de aquella clase de hombres conocidos con el nombre de misioneros y evangelistas, sino que el es el Gran Evangelista por medio de ellos. El creó el Evangelio: es el tema central del Evangelio; y en última instancia es el predicador del Evangelio. El aplica eficazmente el Evangelio por el Espíritu Santo. Todo esto puede ser dicho tan sólo del Hijo de Dios.

El Espíritu Santo como autor del Evangelismo

Dios Espíritu Santo es autor del Evangelismo.

Cuando los santos hombres de la antigüedad profetizaron y escribieron sobre el nacimiento, ministerio, muerte y resurrección del Salvador, poniendo el Evangelio en el Antiguo Testamento como está en el Nuevo, fueron "movidos por el Espíritu Santo" (2.ª Pedro, 1.ª 21).

El día de Pentecostés el Espíritu Santo capacitó a un pequeño grupo de hombres y mujeres insignificantes, ignorantes y débiles; pero creyentes, para emprender la estupenda tarea de conquistar el mundo para Cristo su Señor. El poder del Espíritu, fue simbolizado apropiadamente por dos de las mayores fuerzas de la Naturaleza: el viento y el fuego. Este poder, no lo olvidemos, nunca ha sido quitado de la Iglesia y nunca lo será, pues Cristo dijo a sus discípulos acerca del Espíritu Santo que les sería dado "para que esté con vosotros para siempre" (Juan 14-16). Es por tanto imposible hablar de un segundo Pentecostés. El derramamiento del Espíritu Santo que tuvo lugar en tal ocasión es único, como lo fue la encarnación del Hijo de Dios.

Por el poder del Espíritu Santo, la Iglesia vino a ser una iglesia testificante. No sólo el cobarde Pedro se convirtió en un valiente predicador, sino que cada discípulo fue hecho un evangelista. "Todos fueron llenos del Espíritu Santo y empezaron a hablar otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen" (Hechos 2; 4).

Había allí hombres "de todas las naciones debajo del cielo" (Hechos 2; 5) tanto "judíos como prosélitos" (Hechos 2; 10). Por la operación del Espíritu Santo en sus corazones unos tres mil fueron convertidos y recibidos por el bautismo en la Iglesia cristiana como primeros frutos de la abundante cosecha que debía ser juntada a la Iglesia en los siglos próximos de "todo linaje, pueblo, lengua y nación (Apoc. 5-9).

El Espíritu Santo llama a los evangelistas a su obra y los guía en su realización. En la Edad apostólica les llamó y guió por revelaciones especiales. A la Iglesia de Antioquía de Siria, dijo el Espíritu

Santo: "Separadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la cual les he llamado" (Hechos 13; 2); y Lucas relata que a Pablo y a sus ayudantes "les fue prohibido por el Espíritu Santo predicar la Palabra en Asia" y que "el Espíritu no les permitió ir a Bitinia, sino que les dirigió a Macedonia por medio de una visión sobrenatural (Hechos 16; 6-9). Ahora que la revelación especial ha sido completada por las escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, el modo de llamar y dirigir del Espíritu es diferente; pero no menos real. Llama y conduce por la providencia y por su influencia benévola sobre las mentes y corazones de los que tienen que ir a sembrar la semilla del Evangelio. Jesús mandó a los 70 que mandó de pueblo en pueblo a los lugares que El debía visitar: "Orad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies" (Lucas 10 1-2). El Señor es el Espíritu (2.ª Cor. 3-17).

El Espíritu Santo abre puertas para el esparcimiento del Evangelio. Por una providencia maravillosa trajo Pablo a Roma, la capital del mundo pagano, donde, aunque prisionero, predicó el Reino de Dios y enseñó las cosas referentes al Señor Jesús "con toda confianza, 'sin que nadie se lo impidiera" (Hechos 28; 31). Como consecuencia hasta miembros de la casa de César fueron traídos a la fe en Cristo (Filip. 4-22). Los que proclaman el Evangelio pueden estar en cadenas, y a menudo lo están, pero: "la Palabra del Señor no está presa (2.ª Timoteo 2; 9); porque el Espíritu de Dios no puede estarlo y "el corazón de los reyes de la tierra está en la mano del Señor como las aguas de un río, y dondequiera los inclina" (Proverbios 21-11). Por su Espíritu Dios doblega las voluntades de los más furiosos enemigos haciendo así que la ira del hombre le acarree alabanza Salmo 76-10).

Como Espíritu de Verdad, la tercera persona de la Santísima Trinidad preserva la pureza del Evangelio. De no ser por esta intervención suya el Evangelio habría desaparecido largo tiempo ha. La misma Iglesia lo habría destruido.. La historia de la Iglesia está repleta de corrupción y rechazamiento del puro Evangelio; pero el Espíritu Santo que fue derramado sobre ella en Pentecostés tenía que estar con ella para siempre (Juan 14-16). Por tal razón, y solamente por ella, es que la Iglesia ha continuado y continuará como "columna y apoyo de la Verdad" (1.ª Tim. 3; 15). Hasta el final de los tiempos habrá un cuerpo de verdaderos creyentes que proclamarán el verdadero Evangelio.

De los muchos que recibieron el Evangelio proclamado por Pedro en Jerusalem el día de Pentecostés, ninguno fue convertido por la elocuencia del apóstol; tampoco fue convertido alguno por el ejercicio de su propia voluntad no regenerada. Todo aquel que recibió la Palabra lo hizo por la operación dentro de si mismo de la gracia irresistible del Espíritu Santo. Por la misma razón Lidia de Filipos, dio oído a las cosas habladas por Pablo, porque el Señor abrió su corazón (Hechos 16; 14). Fue la obra del Espíritu Santo en ella. En toda la historia cada verdadero convertido al Cristianismo lo fue por la gracia regeneradora del Espíritu Santo y la eficaz aplicación del Evangelio por el mismo Espíritu. "Nadie puede llamar a Jesús Señor sino por el Espíritu Santo", (1.ª Corintios 12-3). Aquí se aplica bien el divino dictado: "No con ejército ni con fuerza, sino por mi Espíritu" (Zac. 4; 6).

El Dios Trino, Padre, Hijo, y Espíritu Santo es el autor, tanto de la salvación como del Evangelio de salvación. El es, por tanto el verdadero autor del Evangelismo.

2

EL AMOR INFINITO DE DIOS Y EL EVANGELISMO

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito para que todo aquel que en El crea tenga vida eterna. Juan 3; 16. Este versículo de la Escritura ha sido denominado algunas veces "el corazón del Evangelio".

Amor Soberano

La palabra que aparece en Juan 3; 16 presenta serias dificultades de exegesis. Vamos a mencicnar por ejemplo tres interpretaciones: Algunos piensan que se refiere a los elegidos, aquellos a quienes Dios escogió desde la fundación del mundo; otros dicen que incluye a todos los hombres individualmente, los que han vivido en la tierra en el pasado, los que viven ahora y los que todavía tienen que nacer; otros insisten que se refiere a toda la creación, incluyendo las plantas, los animales, los ríos y los acéanos, las montañas, los planetas y las estrellas, los espíritus y los poderes de la naturaleza, así como a los hombres.

Cada una de las interpretaciones se presta a seria objecciones. Es dudoso que en algún lugar de la Escritura la expresión *mundo* se refiera exclusivamente a los elegidos. Aunque Dios sin duda ama a todos los hombres, no concede su amor salvador a todos por igual. Esta verdad es olvidada con frecuencia por lo partidarios de la segunda interpretación. Finalmente, decir que Dios ama todas las cosas es ignorar la verdadera naturaleza del amor, el cual solamente puede ser otorgado a objetos capaces de recibirlo.

Una grave objección que se aplica a las tres antes mencionadas interpretaciones de la palabra "*mundo*" en Juan 3; 16, es que todas ellas tratan de medir el amor infinito de Dios con términos finitos. Los elegidos constituyen una gran multitud que nadie puede contar (Apoc. 7; 9). Sin embargo su número es finito. Evidentemente la población entera de toda la tierra a través de todos los siglos también es finita. Aún el Universo, inmensamente grande sobre toda imaginación humana, es sin embargo finito. Sólo el Creador es infinito. Y El es infinito en todos sus atributos, así como también en el de su amor. Este es el punto clave de Juan: 16. Pues aquí no tan solamente nos dice que el amor de Dios es inmensamente grande, sino que, como se indica por el adverbio "de tal manera", responde a la pregunta: *¿Cuán grande es este amor?* Es infinito. Pero medir lo infinito en términos finitos es totalmente imposible.

Para ilustrarlo diremos: Supongamos que queremos restar un billón de años de la Eternidad, ¿Qué quedará? Esto significa que un billón de años, o cualquier otra medida de tiempo, por larga que sea, es nada en comparación con la Eternidad.

Para ilustrarlo otra vez: La fuerza física de los antiguos herreros que desarrollaban sus músculos en la fragua, es proberbial. Supongamos que alguien, queriendo describir su gran fuerza, dice: "Este hombre es tan fuerte que puede tener una simiente de mostaza en la palma de su mano". ¿Qué habría dicho? Evidentemente habría hecho una afirmación tonta. Sin embargo no puede ser negado que alguna fuerza, por poca que sea, se requiere para sostener un grano de mostaza. Del mismo modo cuando alguien dice que el infinito amor de Dios es tan grande que abarca a todo el universo no ha dicho nada.

En un sermón sobre Juan 3: 16 que aparece en el libro *"El Salvador del mundo"* por Benjamín J. Warfield se afirma que la expresión "al mundo" debe ser tomada más en el concepto de cualidad que en el de cantidad. El escritor de este libro está convencido de que Warfield tenía razón. El énfasis recae, no en el tamaño o cantidad de las cosas amadas, sino en la calidad pecaminosa de la raza humana. Puede ser observado, incidentalmente, que el uso del término es frecuente en los estudios de Juan. El punto clave, por lo tanto, no es cuan grande es el mundo o que cantidad de amor se necesita para abarcarlo todo; sino que el mundo es tan malo que requiere un amor excesivamente grande para poder ser amado.

Juan 3: 16 expresa una declaración inimaginable. Revela la más grande maravilla de la historia; un misterio insondable. Esto es: que el santo Dios, en cuya presencia los mismos serafines cubren sus rostros con sus alas, porque no pueden mirar su esplendente santidad, y al hacerlo claman el uno al otro "Santo, santo, santo, Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de tu gloria" (Isaías 2; 3)

ama a los hombres pecadores, contrahechos y desfigurados por la lepra espiritual; cubiertos de la repugnante plaga del pecado, desde la coronilla hasta la planta de los pies. Una conclusión muy significativa puede ser sacada de ahí: El amor de Dios, que es el corazón mismo del Evangelio, es un amor "*soberano*". Ello significa que el amor divino, al revés del amor humano, no depende de su objeto. Cuando un ser humano ama a otro, lo hace porque ve en el otro algo digno de ser amado; y si le ocurriera ver en aquel ser amado algo indigno de su amor, no podría continuar amándole. No es así el amor de Dios. Dios ama a los que son despreciables y totalmente repulsivos. La razón de porque Dios les ama no reside en ellos, sino en Dios mismo. Y si se preguntara que hay en Dios que le permite amar de tal modo a los pecadores, todo lo que podríamos decir es: "Dios es amor" (1.ª Juan 8: 16). Dios ama a los pecadores por lo que Dios es. Dios ama al hombre impío *soberanamente*.

Amor abnegado

Tan grande es el amor soberano de Dios con los pecadores que dio a su Hijo Unigénito.

¿Quién puede medir el amor de Dios para con su Hijo? Sobrepasa al amor que el mejor padre puede tener para el suyo. Es natural para un padre humano amar a su hijo por razón de que es carne de su carne, hueso de su hueso, y sangre de su sangre. Ama a su hijo porque se ama a sí mismo. Mucho se ha dicho acerca del "amor altruista" o desinteresado". Esta clase de amor se atribuye a Dios y debe caracterizar a los hijos de Dios. Pero la verdad es que el amor totalmente desinteresado no existe. Dios se ama a si mismo. Por su propio nombre ha-

ce lo que hace. El salmista oraba: "Ayúdanos Señor; ¡oh Dios de nuestra salvación! por la gloria de tu nombre y líbranos y purifica nuestros pecados, por amor de tu nombre. (Salmo 19; 9). El Altísimo mismo declaró: "Yo soy el Señor, este es mi nombre y mi gloria no daré a otro". (Isaías 42; 8). El hombre, creado como fue a la imagen de Dios, (también se ama a si mismo; y Dios puso su sello de aprobación en el amor propio del ser humano (en contradicción con el amor egoísta, que es totalmente otra cosa) cuando le mandó "amarás a tu prójimo, como a tí mismo" (Mateo 19; 19). Dios Padre ama pues al Hijo porque se ama a si mismo. Un padre humano también ama a su hijo porque e ama a sí. ¡Pero observad la diferencia! El padre humano comparte el amor de la paternidad con la madre, y con sus progenitores que le han dado exis, tencia a él; pero Dios no tiene que compartir su honor con nadie; todo el honor de la paternidad es suyo. Es el Padre eterno del eterno Hijo, de ahí que ama a su divino hijo, incomparablemente más que cualquier padre humano puede amar al suyo humano.

Y ¿quién puede describir el amor de Dios para su Hijo Unigénito? Un padre humano ama especialmente a un hijo único; pero qué diferencia entre el amor de Dios para su Hijo Unigénito y el amor del mejor padre humano para su único hijo. también aquí la comparación es imposible. Un padre que tiene sólo un hijo puede humanamente tener más hijos. Pero es inconcebible que Dios el Padre tenga más hijos semejantes al Unigénito, en quien ha sido la plenitud de su Divinidad. Este pudo decir "Yo y el Padre una cosa somos" (Juan 10; 30) y "El que me ha visto ha visto al Padre (Juan 14; 9). Dios, por lo tanto, debe amar a su Hijo Uni-

génito con todo el amor de que sólo el amor infinito de Dios es capaz.

Dios amó de tal modo a los hombres pecadores que para ellos dio al Hijo de su amor. No pensemos simplemente que el hijo fue un regalo de Dios a la humanidad pecadora. Hay mucho más implícito en la palabra "dio". Significa que le *entregó*, que le *sacrificó*. Y para ¿qué sacrificó Dios a su Hijo a una vida de la más profunda humillación, a la más amarga vergüenza y muerte maldita en cruz? El Cristo crucificado fue herido con la maldición de Dios, "pues escrito está: "Maldito todo aquel que es colgado en un madero (Gálatas 3; 14). Por lo tanto Dios le desamparó. Esto es equivalente al mismo infierno. Cuando El clamó con gran voz "Dios mío Dios mío, por qué me has desamparado?" (Mateo 17; 46) estaba en el mismo fondo del abismo.

Juan 3; 16 hace la aclaración maravillosa, incomprensible, insondable, casi increíble, de que el santo Dios, ama soberanamente a pecadores merecedores del Infierno; y que les ama de tal modo que quiso que su Hijo Unigénito, a quien ama con todo el amor de su corazón infinito, fuera al infierno en su lugar.

Amor salvador

El amor de Dios no salva a todos los hombres. Juan 3: 16 nos enseña de modo inquívoco que solamente los que creen en el Hijo tendrán la vida eterna. La misma verdad se extiende por todo el Nuevo Testamento.

De ahí puede ser inferido que el amor de Dios al mundo no es infinito; pero esta inferencia no tiene razón de ser, porque se basaría en una falsa premisa antes refutada, que lo infinito puede ser

medido por lo finito. Si todos los seres humanos fueran salvos, el número de los salvados sería aún finito; y lo infinito y lo finito son simplemente incomparables. En realidad el hecho de que los creyentes, y sólo ellos sean salvos, no deja de ser por tanto una revelación del infinito amor divino.

Siendo todopderoso, Dios podía salvar a todos los hombres por la fuerza. Siendo amor, escogió salvar sólo por amor. Eso es: demostró su maravilloso amor en el hijo crucificado. Por el Evangelio suplica con amor a los pecadores que respondan a este amor recibiendo al Hijo por la fe. Porque Dios salva por amor, no por la fuerza; por eso solamente los creyentes on salvos.

Dios podía, por otro lado, haber vendido su salvación a un precio relacionado con su valor; o podía haberla hecho, la recompensa de una vida perfecta. Pero el caso es que ningún hombre podía pagar este precio y llevar esta vida. En su amor Dios envió a su Hijo al mundo para pagar todo el precio y cumplir todo lo requerido. Sobre la base de aquellos méritos él ahora ofrece salvación a los hombres como un don, que estos no tienen que hacer sino tomar. ¿No es esto un amor incomparable?

Ha sido dicho que a causa de la grandeza del amor de Dios nadie puede perecer eternamente. Esto está en flagrante contradicción con lo que nos enseñan claramente las Escrituras. Ha sido dicho también que la salvación de los creyentes es una revelación del amor de Dios y la condenación de los incrédulos una manifestación de su justicia. Esto es verdad, pero no es toda la verdad. El incrédulo se burla del amor de Dios. Si este amor fuera pequeño sería un pequeño pecado ignorarlo; si este amor es grande, es un gran pecado rechazarlo. Pero el hecho es que tal amor es infinito. Esto hace

que su rechazamiento sea un pecado infinito. Precisamente porque el amor de Dios es tan grande como es, el incrédulo debe sufrir castigo eterno.

Todo aquel que cree en el Hijo de Dios será salvo. Aquel cuyos pecados son como la grana o el carmesí (Isaías 1; 18), así como aquel cuyos pecados son relativamente menos grandes. El asesino, el secuestrador y la prostituta, igual que el ciudadano respetable; ninguno puede ser salvo sin la fe en Cristo. Todos, igualmente, serán salvos si creen en El. ¡Insondable amor!

Todos los que creen en el Hijo de Dios, recibirán la "vida eterna". En vez de consignarles a su justamente merecido destierro eterno de la presencia de Dios, el Dios de amor infinito les concede las más plenas bendiciones del Cielo. Comunión con Dios que es el bien supremo del hombre por todas las edades de la Eternidad.

Hay algo que no debe ser olvidado. Aunque es costumbre en los círculos ortodoxos hablar de "la fe salvadora"; estrictamente hablando, no es la fe lo que salva. Dios salva por el instrumento de la fe impartida con amor soberano por el Espíritu Santo. "Nadie puede decir a Jesús Señor, sino es por el Espíritu Santo" (1.ª Cor. 12; 3). La fe por la cual el pecador se apropia a Cristo, y todos los beneficios de su salvación, es en sí misma un don del amor divino (Efesios 3; 8). Aún cuando la Escritura insiste en que la salvación es *por la fe*, nunca dice que la salvación es, *a causa de la fe*. La fe viene a ser, diríamos la mano por la cual el pecador recibe la salvación ofrecida por Dios. Como un mendigo cuando acepta la limosna que le es dada no contrae ningún mérito por alargar la mano, así la fe no tiene mérito salvador. La salvación es siempre un don libre del infinito amor de Dios.

Amor Universal

Aunque el énfasis de Juan 3; 16 es, en cuanto a la pecaminosidad del mundo, no a su tamaño o número de redimidos, y por consiguiente se refiere más a la soberanía del amor de Dios que a su alcance; no puede ser inferido que el amor de Dios es menos que universal. Esta consecuencia no es negada por el hecho de que tal amor no sea ofrecido igualmente a cada individuo en particular. Que el amor de Dios es en verdad de universal carácter, lo declara de un modo inequívoco la Sagrada Escritura.

Cuando ciertos samaritanos llegaron a creer en Jesús exclamaron: "Este es en verdad el Cristo, el Salvador del mundo" (Juan 4; 22) y cuando ciertos griegos quisieron ver a Jesús, el Señor fue profundamente conmovido y dijo: "Yo si fuere levantado de la tierra a todos atraeré a mi mismo" (Juan 12; 32). En estos pasajes, como en muchos otros, Cristo es descrito como el Salvador, no sólo de los judíos, sino de todos los hombres de toda tribu y nación; en una palabra de la humanidad. Esta es una fase del universalismo de la nueva dispensación y presenta un amor universal de parte de Dios.

En 1.ª Juan 2; 2 se nos dice que Cristo es la propiciación por nuestros pecados; y "no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo". Esto no puede significar que la totalidad del mundo o sea la raza humana, será salva colectivamente. No quiere decir que todos los individuos serán salvos, sino que todos los salvados constituirán la verdadera humanidad renovada, que será la humanidad real. No puede olvidarse el hecho de que el pecador, al que según Juan 3; 16 Dios dio su amor salvador,

es el mundo de los seres humanos. Este es el aspecto del universalismo, del mismo modo presupone el amor universal de Dios.

El universalismo de la Escritura no se limita ahí, se extiende más allá. El amor de Dios ha ordenado que el Evangelio sea proclamado más allá y nos declara en su Palabra que él desea la salvación de todos los pecadores alcanzados por el Evangelio. Nos da esta seguridad tanto en el Antiguo comc en el nuevo Testamento y nos la da bajo juramento "Vivo yo, dice el Señor que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva de sus malos caminos y viva (Ezequiel 33-11). Pablo apóstol, afirma que el Señor es paciente con nosotros, no queriendo que ninguno de nosotros se pierda sino que todos procedan al arrepentimiento" (2.ª Pedro 3; 9). La misma nota de amor universal, suena más fuerte y claramente en la invitación del Salvador: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados que yo os haré descansar" (Mateo 11-28).

Es evidente que tiene que decirse a los pecadores de todas partes que Dios quiere salvarlos si se arrepienten y creen. Sin embargo esto no es todo. Debe decírseles que el Dios de amor infinito, tendrá su mayor placer en verles arrepentidos, creyentes y salvos.

3

LA ELECCION SOBERANA DE DIOS Y EL EVANGELISMO

Desde la eternidad Dios ha ordenado todas las cosas que tienen que ocurrir, incluído el destino de los hombres. El decreto referente a este destino lo llama la Biblia *predestinación*. Este aspecto de la *predestinación* más prominente en las Escrituras es conocido también bajo el nombre de *elección*. Esta doctrina es enseñada en pasajes como, Efesios, 1: 4-6: "Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con lo cual nos hizo aceptos en el Amado", entre muchos otros.

Ningún otro concilio de Iglesias ha deliberado sobre este asunto con la extensión y cuidado, ateniéndose a la Palabra de Dios, como lo hizo el Sínodo de Dort, en el cual estuvieron representadas prácticamente todas las iglesias de Europa en el

año 1618 a 1619. Este cuerpo de teólogos llegó a la siguiente conclusión: "La elección es el propósito inmutable de Dios por el cual antes de la fundación del mundo, El, por pura gracia, conforme a su voluntad buena y soberana, escogió de toda la raza humana que había caído por su propia culpa, de su primitivo estado de justicia al de pecado, y destrucción, a un cierto número de personas para ser redimidas en Cristo, quien desde toda la eternidad fue designado como fundador y cabeza de los elegidos y fundamento de salvación". *(Confesion de ort, I, 7).*

El capítulo III de la Confesion de Fe de Westminster, que es sin duda el más bien pensado y concreto de todos los credos Reformados, considerado por muchos como el más grande credo de la Cristiandad, no es menos explícito sobre este tema.

Al procurar poner en relación el Evangelismo con estas fases de lo que se denomina comúnmente, "la secreta voluntad de Dios", nos invita a recordar que estamos tratando con un profundo misterio. Estamos pisando terreno santo, por el que aún los ángeles temen andar. Que el hombre finito no puede ni por asomo comprender al Dios infinito, y que por lo tanto debemos ser sobrios, evitando escrupulosamente cualquier especulación humana, manteniéndonos estrictamente sobre el terreno seguro de la Palabra de Dios.

El amor soberano de la Elección

Debemos decir en primer lugar que la base de la Elección no radica en los elegidos sinó en Dios mismo. No es verdad, como se dice a veces, que Dios elegió a ciertas personas para salvación porque conoció anticipadamente que creerían en Cristo.

De cierto él lo conoció, como conoce todo lo que tiene que ocurrir en el tiempo, pero este conocimiento anticipado no fue la razón para su elección. La fe salvadora es un don de Dios a los elegidos por medio de la cual se realiza el propósito de su elección (Efesios 2; 8). En vez de ser la base de su elección es una de sus consecuencias. La Biblia afirma explícitamente que Dios escogió "según el buen propósito de su voluntad" (Efesios 1: 5). Esto sólo puede significar que eligió soberanamente.

El carácter soberano de la elección aparece también en el hecho de que es incondicional. Dios no eligió a ciertas personas para la vida eterna porque conoció anticipadamente que creerían en Cristo, ni significa su decreto que ciertos pecadores serían salvados *si* creyeran en Cristo. Dios decretó que ciertos hombres serían salvados por la fe en Cristo. Por tanto Pablo informa a los creyentes de Tesalónica: "Dios os ha elegido desde el principio para salvación por la santificación del Espíritu y la fe en la verdad (2.ª Tes. 2; 14). La fe, pues, es el fruto de la elección, no una condición. Aún cuando Dios conoce todo lo que puede o tiene que ocurrir sobre circunstancias dadas, no ha decretado nada porque prevevó este futuro, designando lo que tenía que ocurrir según circunstancias diferentes fuera de su control o autoridad". (*Confesión de Fe de Westminster* Ca. III, 2).

De nuevo la soberanía de la elección es manifiesta en esta inmutabilidad. Dios ha declarado solemnemente: "Mi consejo permanecerá y haré mi voluntad (Isaías 46; 10).

Pablo afirma: "a los que predestinó, a estos también llamó, a los que llamó a estos también justificó, y a los que justificó a estos también glorificó" (Romanos 8; 30). Cada uno de los elegidos de

Dios está seguro de obtener la gloria celestial. Los teólogos de Westminster, tenían razón cuando afirmaban que los elegidos son designados particularmente y de, un modo inmutable, y que su número es tan ciertamente definido que no puede ser aumentado ni disminuído" *(Confesión de Fe de Westminster III, 4)*. Así hizo también el Sínodo de Dort, atribuyendo la elección divina a la buena voluntad inmutable de Dios" (Canon de Dort, I y II). Dios, "en quien no hay mudanza ni sombra de variación" no alterará su decreto; los hombres en su debilidad no pueden hacerlo, ni Satanás tampoco.

Pero que nadie piense que Dios eligió a ciertas personas arbitrariamente para la salvación. Nada que Dios hace es arbitrario. El hace todo lo que hace porque es quien es. ¿Qué fue pues lo que movió a Dios a obrar así a escoger a ciertas personas para la vida eterna? Esta pregunta la ha respondido Dios inequivocadamente en su Palabra. Les escogió porque les amó. (Romanos 8: 29, dice: "A los que conoció a estos también prestinó para ser conformes a la imagen de su hijo" y Pedro nos habla en su 1ª epístola Cap. 1, vers. 2, de los "elegidos según la presciencia de Dios Padre". En ambos pasajes la presciencia está impregnada de esto que tan a menudo se denomina en la Escritura, *Amor Presciente,* o sea, amor desde la Eternidad. Dios amó a sus elegidos desde el principio, por esta razón les eligió para la vida eterna. Y si se pregunta, por qué Dios desde la Eternidad amó para la salvación a algunos hombres distinguiéndolos de otros, nos toca humildemente confesar nuestra ignorancia.

Sólo podemos seguir los pensamientos de Dios en una forma limitada. Sus pensamientos no son nuestros pensamientos. Como los cielos son más altos que la tierra, así los pensamientos divinos son

más altos que los nuestros" (Isaías 55, 8; 9). Sin embargo esto sabemos, que ninguno de nosotros merecía el amor de Dios. Todos, habiendo pecado en Adán, merecíamos la muerte eterna. Todos éramos por naturaleza hijos de ira: (Isaías 2; 3). Si Dios hubiese permitido desde la eternidad que pereciésemos todos los hombres, todos habrían recibido lo que merecían y ninguno habría tenido razón para quejarse. Por tal motivo es indeciblemente presuntuoso quejarse de que en su Consejo de Predestinación Dios eligió a algunos y pasó por alto a otros. Aquí se aplican las agudas frases del apóstol: "¿Quién es el hombre para que alterque con Dios?" Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soporto con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción; y para hacer notorias las riquezas de su gloria mostróla para con los vasos de misericordia que El ha preparado para gloria? (Romanos 9: 20-23). Mas bien que hallar falta en Dios por su justo trato con ciertos pecadores que merecen el infierno, debemos adorarle por su amor eterno, gratuito, para otros que sólo merecían la condenación.

Se nos dice que los creyentes fueron elegidos en Cristo (Efesios 1; 4). Esta frase ha llevado mucha discusión entre los teólogos. Evidentemente hay que excluir el pensamiento de que Dios eligió, sin referencia a Cristo a ciertos pecadores para la salvación, y después procedió a la realización del plan de la salvación que es en Cristo. Esto haría a Cristo un simple medio en la ejecución del decreto de de la Elección. No se nos dice que los elegidos fue-

ron escogidos para salvación por medio de Cristo sino que fueron elegidos *en Cristo.*

Tampoco la frase *en Cristo* puede significar que, como mediador entre Dios y los pecadores, Cristo, por decirlo así, indujo al Padre a escoger a ciertos pecadores para la vida eterna. Esta interpretación contradeciría a Juan 3; 16, donde se afirma que Dios, movido por su amor a los pecadores, envió a su Hijo al mundo a realizar la obra mediatoria. Que Dios escogió a los suyos en Cristo, debe significar que en *el Consejo de Elección Dios los vio como* pertenecientes a Cristo, su amado hijo; en otras palabras: que los escogió en el amor por el cual él ama al Hijo. La declaración de Efesios 1: 5, "Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad", es paralela y explica la afirmación del versículo precedente, de que Dios nos escogió *en* Cristo.

El Evangelismo requerido por la Elección

Se ha sugerido algunas veces que la elección hace superfluo el Evangelismo. Se pregunta: "Si el decreto de elección es inmutable, y por lo tanto hace cierta la seguridad de salvación a los elegidos, ¿qué necesidad tienen del Evangelio? ¿No serán salvos los elegidos, ora que oigan el Evangelio o no?"

La premisa de este argumento es del todo cierta. La elección divina hace inalterablemente cierta la salvación de los elegidos. Pero la conclusión sacada esta premisa, se revela una seria incomprensión de la soberanía divina expresada en el decreto de Elección.

Aunque la elección es desde la eternidad no debe ser perdida de vista la verdad de que su realización es un proceso de tiempo. En este proceso toman

parte numerosos factores. Uno de estos factores es el Evangelio. Y es el factor más significativo.

La soberanía de Dios no debe ser equiparada con su poder omnipotente. Dios es omnipotente. Es significativo que el breve Credo Apostólico le asigna este atributo no una, sino dos veces. Si Dios hubiese querido, podía llevar por la fuerza a sus elegidos al Cielo, y de igual modo arrojar por fuerza a los no elegidos al infierno. Pero El no hace nada de esto. La pre-ordenación no es coacción, ni sustituye la libertad. Nadie ha sido jamás verdaderamente convertido al Cristianismo por fuerza. Cada verdadero convertido se vuelve voluntariamente a Dios. Esta buena disposición es seguramente un don de Dios concedido en el nuevo nacimiento. Dios trata con los hombres, seres morales y criaturas racionales, como agentes libres, por lo tanto, El razona y arguye con los no salvados por medio del Evangelio. El quiere persuadir a todos los hombres (2.ª Cor. 5: 11). Y en el caso de los elegidos, aplicar el Evangelio a sus corazones, por medio del Espíritu Santo.

Que nadie suponga que la soberanía del decreto de Dios se refiere sólo a los fines, con exclusión de medios. No puede ser dicho con demasiado énfasis que Dios ha pre-ordenado todo lo que tiene que ocurrir. Pero esté todo comprende tanto el fin como los medios. Para ilustrarlo, Dios no ha ordenado simplemente que cierto granjero cosechará cinco mil hectolitros de trigo en el verano de cierto año; sino que ha pre-ordenado también que este granjero cosechará este trigo como resultado de haber sembrado y cultivado cierta cantidad de trigo con dura labor. Del mismo modo Dios no solamente decretó que cierto pecador heredaría la vida eterna, sino que su decreto implica que el tal pe-

cador recibirá la vida eterna por su fe en Cristo y obtendrá esta fe por medio del Evangelio.

La soberanía de Dios no puede ser imaginada como eludiendo la responsabilidad del hombre. Por qué los más hábiles teólogos y filósofos han sido incapaces de reconciliar la soberanía divina con la reponsabilidad humana ante el juicio de la razón humana, existe el inmenso peligro de que se haga énfasis en uno de estos puntos con exclusión del otro; pero la Biblia enseña ambos con gran énfasis. Todo aquel que acepta la Biblia con fe humilde, como infalible palabra de Dios, hara tanto énfasis en lo uno como en lo otro. Por tanto el predicador del Evangelio debe decir al pecador, no meramente que la salvación es explícitamente por gracia soberana, sino también que a fin de ser salvo debe creer en Jesucristo como a Salvador y Señor. Por un lado, tiene que proclamar que la elección divina es segura para los salvados, por el otro lado debe advertir que "el que no cree en el Hijo no verá la vida, sinó que la ira de Dios está sobre él". (Juan 3: 36). Aún los elegidos necesitan esta advertencia porque forma parte del camino de Dios para traerles a la salvación.

Aquí debemos establecer una conclusión muy significativa. En vez de hacer el Evangelismo superfluo, *la elección requiere Evangelismo.* Todos los elegidos de Dios deben ser salvos, ninguno de ellos puede perecer; y el Evangelio es el medio por el cual Dios les concede la fe salvadora.

De hecho es el único medio que Dios emplea para este fin. "La fe viene por el oir y el oir por la Palabra de Dios" (Romanos 10; 17).

Debe hacerse observar aquí que, por paradójico que parezca, la elección es universal. Ciertamen-

te la elección es la selección de ciertas personas de entre un número mayor para la vida eterna y esta elección parece particular, pero sin embargo en un sentido real es universal. Dios tiene sus elegidos en cada nación y en cada hogar. La Iglesia consiste en "elegidos de toda nación", y en ningún periodo de la Historia los elegidos de Dios han perecido, ni ello ocurrirá en el futuro. Dios quiere que el Evangelio sea traído por todo el mundo, y en todo tiempo, a fin de que la suma total de los elegidos pueda ser reunida. Digamos otra vez que "la elección requiere evangelismo".

La misma verdad puede ser considerada desde otro ángulo. La Escritura enseña que la elección fue para buenas obras. San Pablo dice: "Somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas" (Efesios 2; 10). También declara la Escritura específicamente que la elección fue para ser testigos. San Pedro dice: "Vosotros sois pueblo escogido, para que anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable" (1.ª Pedro 2; 9). Dios escoge a ciertas personas no sólo para que puedan ir al cielo cuando mueran, sino para que sean sus testigos mientras que están sobre la tierra. Con ello afirmamos una vez más, *"la elección requiere evangelismo"*.

Una conclusión igualmente significativa es la de que la elección garantiza que el Evangelismo dará como resultado conversiones genuinas. El predicador del Evangelio no tiene manera de saber quien entre su auditorio pertenece a los elegidos y quien no. Pero Dios lo sabe y Dios seguramente bendecirá su palabra en los elegidos para salvación. Cuando agradará a Dios hacer esto, en el caso de un individuo elegido, no lo sabemos; pero seguramente

lo hará antes de la muerte de tal persona. Tan cierto es que todos los elegidos de Dios serán salvos, como es seguro que la Palabra del Evangelio no volverá a Dios vacía (Isaías 55: 11).

La reprobación y la oferta del Evangelio

La elección tiene su lado opuesto. Si Dios escogió de la raza humana a un número limitado para la vida eterna, es evidente que ha dejado a los otros en su estado perdido, decretando su condenación a causa de sus pecados. Lógicamente, este aspecto de la predestinación es conocido como reprobación. Ha sido argüido que esta doctrina contradice y excluye la sincera oferta universal del Evangelio. Si Dios ha decretado desde la Eternidad que algunos hombres perecerían eternamente, es inconcebible que él invite con sinceridad, en este tiempo, a todos, sin distinción, a la vida eterna.

Tratando de refutar este argumento se ha argüido que el predicador humano no tiene manera de saber quienes son los elegidos y quienes no lo son, y por tanto, no tiene otro recurso que proclamar el Evangelio a todos, sin discriminación. Aunque esta observación fuera verdadera no es completa. La cuestión aquí es, si Dios, que conoce infaliblemente quienes son sus elegidos o no, hace una oferta sincera de salvación a todos aquellos a quienes llega el anuncio del Evangelio.

El hecho importante es que la Palabra de Dios enseña sin equivoco alguno ambas cosas. La reprobación y la universalidad de la oferta del Evangelio. La reprobación es enseñada de un modo innegable en (Romanos 9; 21-22). "O no tiene potestad el alfarero de hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para desonra? ¿Y qué si Dios que-

riendo mostrar la ira y hacer notoria su potencia soportó con mucha mansedumbre los vasos de ira preparados para muerte? Y en 1.ª Pedro 2; 8, donde se hace mención de los que "tropiezan en la Palabra , siendo desobedientes, para lo cual fueron también ordenados". Como se mostró en el capítulo anterior la oferta universal y sincera del Evangelio es enseñada sin lugar a dudas en Ezequiel 33; 11 y 2.ª Pedro 3; 9 y en algunos otros pasajes de la Biblia.

Podemos también admitir, y de hecho tiene que ser admitido, que estas enseñanzas no pueden ser reconciliadas, la una con la otra, por la razón humana. En lo que concierne a la lógica humana se excluyen mutuamente. Sin embargo hemos de condenar la aceptación de la una con exclusión de la otra, como racionalismo. No es la razón humana sino la infalible Palabra de Dios, la norma de la verdad. Esta Palabra contiene muchas paradojas, entre ellas está este ejemplo clásico de la soberanía divina y la responsabilidad humana. Las dos enseñanzas que consideramos constituyen una remarcable paradoja. Suprimir la paradoja escritural, quitando uno de los elementos, es poner la lógica humana por encima de la Palabra de Dios. Sujetar la lógica humana el *Logos* divino, es deber del creyente, de quien se requiere una fe candorosa.

Es digno de ser notado que en la historia de la Iglesia cristiana aquellos teólogos que han sido más expertos en la verdad de la reprobación divina también han mantenido más enfáticamente que ningunos otros la oferta universal y sincera del Evangelio. Vamos a poner algunos ejemplos. Es generalmente conocido que Calvino enseñó la reprobación divina. A veces incluso tomó la posición llamada supralapsaria; esto es, mantuvo que el Decreto de

predestinación precede lógicamente a los decretos de la creación y de la caída. Sin embargo, comentando Ezequiel 18; 23 que tiene su paralelo en Ezequiel 33; 11 dice: "Dios no desea nada más ardientemente sino que aquellos que perecen y corren a su destrucción vuelvan al camino de salud". Y aún prosigue diciendo: "Si alguien objetara que aquí se suprime la elección de Dios, por la cual él ha predestinado a un número fijo para la salvación la respuesta está pronta: "El profeta no habla aquí del Consejo secreto de Dios, sino que llama a los hombres miserables, de su camino de desespero, para que puedan acogerse a la esperanza de salvación y arrepentimiento abrazando la salvación ofrecida. Si alguien objeta aún, que con esto Dios obra con duplicidad, la respuesta es: Que Dios desea lo mismo, aunque por diferentes caminos y de un modo inexplicable para nosotros. Aunque, por tanto, la voluntad de Dios es simple, envuelve una gran variedad en ella en lo que se refiere a nuestros sentidos. Por lo demás no me es sorprendente que nuestros ojos sean cegados por la intensa luz divina, de modo que no podamos juzgar de un modo cierto como Dios quiere que todos sean salvos y sin embargo ha designado a todos los róprobos a eterna destrucción. Mientras miramos estas cosas como por espejo, desde nuestra oscuridad, debemos contentarnos con la medida de nuestra inteligencia".

Los cánones de Dort enseñan de un modo indudable el decreto de reprobación. Dicen: "Lo que tiende peculiarmente a ilustrar y recomendarnos la gracia inmerecida y eterna de la elección está expresado en el testimonio de la Sagrada Escritura de que no todos, sino algunos son elegidos; mientras que otros son dejados en el eterno Decreto por el cual Dios en su soberanía justa, irreprensible e

inmutable, ha decidido, de su voluntad, dejarles en la miseria común en que ellos se han sumergido voluntariamente, y no concederles la fe salvadora, y la gracia de la salvación; antes permitiendo que su justo juicio siga a sus propios caminos, para que sean condenados y castigados eternamente, no sólo a causa de su incredulidad sino por todos sus otros pecados" (I, 15).

Sin embargo, los cánones también declaran con insistencia: "Todos los que son llamados por el Evangelio son llamados sin fingimiento. Dios ha declarado con verdad, y con gran énfasis, su voluntad, esto es; que los que son llamados vengan a El" (III-IV, 8).

Sosteniendo la antedicha enseñanza de Dort sobre la reprobación, el autor Herman Bavinck negó, tanto que la fe sea la base de la elección como que el pecado sea el motivo de la reprobación, e insistió en que tanto la elección como el rechazamiento están fundados en la soberana y benéfica voluntad de Dios. Para ser exactos: Enseñó que Dios, soberanamente, decretó desde la Eternidad que algunos hombres escaparían al castigo de sus pecados, mientras que otros no. (GeReformeerde Dogmatiek, II 399). Pero en la misma obra maestra, este bien equilibrado calvinista afirmó: "Aunque el llamamiento de la salvación viene a ser privilegio de unos pocos... este (llamamiento) tiene sin embargo un gran valor y significado para los que lo desechan. Es para todos, sin excepción, una prueba del infinito amor de Dios, y sella la declaración de que El no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva" (IV, 7).

La presentación de la Elección a los inconversos

No se puede evitar la pregunta de, si la doctrina de la elección debe ocupar un lugar en la predicación a los no creyentes.

Tanto la Escritura como las Confesiones Reformadas nos dicen que la verdad de la elección es primariamente para creyentes. El propósito a que sirve, en cuanto a estos, está admirablemente resumido en los Cánones de Dort donde se dice: "El carácter y certeza de esta elección provee a los hijos de Dios un motivo adicional para humillación diaria ante El para adorar la profundidad de su misericordia, para limpiarse del pecado y devolver agradecidos frutos de amor ardiente a Aquel que fue el primero en manifestar tan grande amor hacia ellos" (I, 13).

Una antigua ilustración esclarece magnificamente el uso que *no* debemos hacer de la doctrina de la elección al tratar con los no creyentes. Debemos hablarles de "la casa de salvación", el fundamento de la cual es el divino decreto de elección, y la entrada es por Cristo, quien dijo: "Yo soy la puerta" (Juan 10, 9). Los que por la gracia de Dios están ya dentro de la casa e invitan a los de fuera a entrar, ¿qué les señalarán, el fundamento o la puerta? La respuesta es inequívoca: Así pues, cuando el carcelero preguntó a Pablo y Silas "qué tenía que hacer para ser salvo, estos no le aconsejaron que tratara de descubrir si estaba o no en el número de los elegidos, sino que le ordenaron creer en el Señor Jesucristo (Hechos 16; 31).

¿Significa esto que los hombres tengan que ser mantenidos en ignorancia acerca de la doctrina de la Elección hasta que han recibido a Cristo por la fe? La respuesta a esta pregunta tiene que ser ne-

gativa. Sin embargo la Asamblea de Westminster tenía buena razón al advertirnos que la doctrina de este alto misterio de la Predestinación, tiene que ser tratada con especial prudencia y cuidado" (*Confesión de fe de Westminster*, III, 8). Pero esto no puede significar que deba ser totalmente oculta de los no creyentes. Por el contrario tienen que ser advertidos contra el peligro de hacer un mal uso de esta verdad, y ser exhortados a atenderla de un modo conveniente.

Específicamente debe decírseles que la Elección significa salvación por gracia divina. Que el mérito humano es excluído y que por lo tanto hay esperanza segura aún para el primero de los pecadores, porque el Dios de la elección soberana, cordialmente, sinceramente y urgentemente invita a todo pecador a la salvación. Que la predestinación, lejos de excluir la responsabilidad humana la incluye de un modo definitivo, de manera que todos los que oyen la proclamación del Evangelio tienen el sagrado deber de creerlo, y que, por cuanto Dios no es jamás causa de la incredulidad, sino que El siempre promueve la fe. Aquellos que persisten en incredulidad perecerán por su propia falta.

El decreto de la Elección no es un secreto en el sentido de que nadie puede estar cierto de pertenecer o no a los elegidos, sino por el contrario: Puesto que la fe en Cristo es el fruto y la prueba de la elección, cualquiera que ha creído puede estar plenamente seguro de pertenecer al número de los elegidos. Que la casa a la cual se les invita a entrar tiene este fundamento eterno e inconmovible para todo aquel que entra; de modo que aún cuando todo el infierno les asaltara no pueden perecer, sino que Dios les mantendrá seguros para que puedan heredar la vida eterna.

4

EL PACTO DE LA GRACIA DIVINA Y EL EVANGELISMO

Cuando el hombre habitó el jardín del Edén, Dios le advirtió, bajo pena de muerte, que no comiera del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal .(Génesis 2; 17). Ello implicaba que si permanecía en obediencia recibiría la vida eterna. Esto es, sería levantado del peligro de pecar y de morir a otro estado en el que no podría pecar ni morir. Este convenio, si así puede ser llamado, se denomina el *pacto de las obras.* Este título no es sin embargo totalmente irreprochable, pues al hacer semejante arreglo estaba Dios obrando también según su pura gracia y amor inmerecido. Con todo, como existía la oportunidad de caer el hombre cayó, y en consecuencia se hizo tan depravado que de entonces en adelante la perfecta obediencia a Dios fue para él una imposibilidad.

Apenas esto ocurrió, Dios proveyó un salvador que pagaría la pena en que el hombre había incurrido por su desobediencia, y le traería a aquella

obediencia perfecta que tenía desde el principio, la cual era y continuaba siendo la condición para la vida eterna. Todo lo que Dios requería del pecador, a fin de participar de su salvación, era fe en el Salvador. Esto es, una fe viva, manifestada en obras de amor. Este convenio es comunmente y acertadamente denominado el *Pacto de la Gracia*.

El Pacto de la Gracia está implícito en el llamado proto-evangelio de Génesis 3; 15. Inmediatamente después de la caída del hombre, Dios habló a la serpiente diciendo: Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya: ella te herirá en la cabeza y tu le herirás en el calcañar". El mismo Pacto fue formalmente establecido por Dios con Abraham cuando le dijo: "Estableceré mi pacto entre tí y tu simiente después de tí, en tus generaciones" (Génesis 17; 7). Hay sin embargo pasos sucesivos en la revelación de este pacto. En otras palabras: Fue revelado progresivamente. Esto aparece claramente de la promesa dada a Jeremías 31: 31-34) la cual se aplica apropiadamente en Hebreos 8; 8-12 a la Iglesia post-Pentecostal. Esta promesa dice: "He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo Pacto. No como el Pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; Porque ellos no permanecieron en mi Pacto, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor. Por lo cual, este es el Pacto que haré con la casa de Israel. Después de aquellos días, dice el Señor; pondré mis leyes en la mente de ellos y sobre su corazón las escribiré. Y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y ninguno enseñará a su prójimo. Ni ninguno a su hermano diciendo: Conoce al Señor; porque todos le conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos.

Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. Al decir: Nuevo Pacto ha dado por viejo el primero y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer".

Aunque revelado en periodos sucesivos este Pacto de la Gracia es continuo por todas las edades. Abraza a los creyentes de todos los tiempos. "A los que por fe vienen a ser hijos de Abraham (Gálatas 3; 7). A los creyentess les dice: "Vosotros, si estáis en Cristo, la simiente de Abraham sois, y por tanto herederos de la promesa" (Gálatas 3; 29).

El Pacto y la Elección

En un estudio sobre el significado del Pacto de la Gracia con respecto al Evangelismo, puede ser de ayuda referirse al Pacto en relación con el Decreto de Elección.

La Teología Cristiana está compuesta, podríamos decir, por parejas de verdades complementarias. La doctrina de la Elección divina y la del Pacto de la Gracia forman una de tales parejas. Se distinguen una de otra, pero va sin decir que no pueden anularse la una a la otra. Ambas son enseñadas, indudablemente, en la Palabra de Dios, y la verdad nunca se contradice a sí misma. Por esto es de gran importancia que sea reconocido su carácter complementario.

La Elección tuvo lugar en la Eternidad. El Pacto concebido en la Eternidad, fue establecido en el Tiempo, y administrado a través de la Historia.

En la Elección, el hombre era totalmente pasivo, en el Pacto el hombre viene a ser activo. Ejerce fe activa en Cristo y, movido por esta fe, entra en una vida de obediencia y gratitud.

La Elección es monofacética o tiene un solo lado, el Convenio de Gracia es a la vez monofacética y duofacética o sea que tiene dos lados. Dios eligió a ciertos pecadores para la salvación. En ningún sentido se eligieron ellos a sí mismos. Del mismo modo Dios estableció el convenio de la Gracia, no por mutuo acuerdo entre Dios y el hombre, ni con el consentimiento del hombre. El Pacto de la Gracia vino a ser por pura voluntad divina. Dios dijo en el jardín del Edén. "Enemistad pondré" (Génesis 3; 15) y también a Abraham dijo "Estableceré mi Pacto" (Génesis 17-7). Por lo tanto es mucho mejor definir el Pacto como una disposición de Dios en favor del hombre, que describirlo como un convenio entre Dios y el hombre. En el Nuevo Testamento, la palabra Pacto es *diatheke*, no *suntheke*. Este último término designa un pacto entre dos partes, con iguales derechos. El primero expresa, en cambio, la disposición por una de las partes en favor de la otra. Por ejemplo un testamento es *diatheke* mientras que un contrato es *suntheke*. Sin embargo, en la ejecución del Pacto entran las dos partes. Dios promete y manda, el hombre está bajo la obligación de querer y obedecer.

La Elección determina quienes tienen que ser salvos; el Convenio de la Gracia se refiere al modo de su salvación. Los elegidos son salvos por la fe en Cristo, quien satisfizo la justicia penal muriendo en su lugar en la cruz de maldición, y por su perfecta obediencia a la ley divina mereció para ellos eterna justificación. Este es el significado de lo que se llama obediencia pasiva y activa en Cristo en el plan de la salvación. En este aspecto lo único que los hombres pueden hacer es ejercer fe. Por fe se apropian a Cristo y a todos sus salvadores beneficios.

La Elección es totalmente incondicional. No fue condicionada a la fe y obediencia del hombre. Dios no escogió a los pecadores para la vida eterna *sin* que creyeran y obedecieran; tampoco escogió a ciertas personas porque creyó que creerían y obedecerían. El Pacto de la gracia, en cambio, es condicional e incondicional. La salvación es condicionada a la fe y a la obediencia. Todos los que creen en Jesús como Salvador serán salvos. Sin embargo esta misma condición está fundada en la soberana gracia de Dios. Antes de que la fe y la obediencia vengan a ser actos del hombre, son dones de Dios. La Biblia dice: "Por gracia sois salvos por la fe —pero añade— esto no es de vosotros sino un don de Dios", y "somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas" (Efesios 2; 8-10).

A veces oimos decir que mientras la Elección hace énfasis en la soberanía divina; el Pacto lo hace en la responsabilidad humana. Esta afirmación padece de la tendencia de la mente humana a simplificar las cosas. Podemos admitir que contiene una parte de verdad; pero sería más preciso decir que, mientras que la doctrina de la Soberanía Divina hace fuerte énfasis en la Elección, y la responsabidad humana está implícita en ella. La misma Soberanía Divina no es menos enfática en la doctrina del Pacto y la responsabilidad humana en ella implícita. En el Convenio de la Gracia, Dios exige del modo más explícito fe y obediencia. Enfáticamente hace al hombre responsable por el ejercicio de la fe y la práctica de la obediencia.

Es del todo correcto decir que en la Elección Dios consideró a los suyos como muchos individuos y no como un organismo. Ellos son la generación escogida (1.ª Pedro 2-9). Sin embargo puede ser afir-

mado que en el Pacto la unidad orgánica del pueblo de Dios recibe mayor énfasis. Mientras que la Elección puntualiza el hecho de que Dios escogió a uno de dos hermanos gemelos, a Jacob, no a Esaú (Romanos 9; 10-12); la doctrina del Pacto enfatiza la verdad de que al impartir su gracia salvadora a los hombres, Dios ha ligado por lazos de sangre, por su misma gracia; a los que tiene en cuenta. El estableció un pacto con Abraham y su simiente después de él, en todas sus generaciones, para ser su Dios y el de sus hijos después de él (Génesis 17; 7).

Tal como ha sido expuesto anteriormente, la Elección fue en un sentido real y verdadero, de caracter universal. Aunque Dios no decretó la salvación de todos los hombres tiene sus elegidos en cada nación y en cada período de la historia humana; por tanto debe darse por supuesto que la nota de universalismo es prominente en la doctrina del Pacto como lo es en la de la Elección.

La Elección garantiza la salvación de algunos, no de todos. El Pacto de la Gracia afirma la salvación, no de cada individuo pero si de la raza humana. Cristo es, en verdad, "El salvador del mundo" (1.ª Juan 4; 14).

Es evidente de muchas maneras en la enseñanza escritural que el Pacto de la Gracia complemente la enseñanza bíblica de la Elección divina. De este hecho pueden sacarse deducciones muy significativas acerca del Pacto en relación con el Evangelismo. A continuación damos algunas de estas deducciones, cada una de las cuales es especialmente bíblica.

La actualidad de la Elección

Dios escogió a los suyos desde la Eternidad. En la Eternidad El decretó los que tenían que ser sal-

vos. Del mismo modo en la Eternidad decretó el método y los medios para su salvación. Sin embargo, la salvación actual de los elegidos por estos métodos tiene lugar en el tiempo. Ahora, precisamente, estamos en lo que se llama *el Pacto de la Gracia.*

A fin de que lo elegidos puedan ser salvos, el Hijo de Dios se encarnó. Como mediador entre Dios y los hombres tuvo que sufrir la ira de Dios contra el pecado del hombre, después de rendir a Dios aquella obediencia que el primer Adán fracasó en dar. El hizo todo esto a fin de merecer la vida eterna para los elegidos. Sin embargo su salvación no fue hecha actual entonces. Los elegidos tienen que oir acerca de la obra salvadora de Cristo, lo que se hace por la predicación del Evangelio. Y habiéndolo oído tienen que creer en Cristo como Salvador y Señor. Esto es cumplido por la benéfica aplicación del Evangelio a sus corazones por medio del Espíritu Santo. Sólo entonces son salvos. En resumen, su salvación es realizada por medio del Pacto de la Gracia.

Es evidente, por tanto, que la predicación del Evangelio es un eslabón importante en la cadena de acontecimientos que constituyen la realización de la Elección. Y no sólo es un eslabón importante sino indispensable. Los elegidos que mueren en la infancia y los elegidos que no llegan a tener razón, no entran en esta cuenta. Todos los elegidos de Dios son salvos por el Evangelio; ni uno de ellos puede ser salvo sin él. Por esto se dice "¿Cómo invocarán a Aquél en quién no han creído; y cómo creerán si no hay quién les predique? (Romanos 10; 14).

En los capítulos precedentes ha sido dicho repetidamente, y con todo énfasis, que la Elección demanda Evangelismo. Ahora tenemos que afirmar con el mismo énfasis, que el Evangelismo es indis-

pensable para la actual salvación de los elegidos de Dios. Es otro modo de decir que el convenio de la Gracia y el Evangelismo son inseparables. *El Evangelismo es inherente al Convenio de la gracia.*

El Universalismo y la separación

Cuando Dios estaba por establecer el Pacto de gracia con Abraham, lo separó, juntamente con sus descendientes, de los otros pueblos de la tierra. Dios le ordenó "Vete de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré" (Génesis 12; 1). Desde el principio de la historia Dios traza una clara línea de separación entre su pueblo elegido y el mundo. Permítasenos decirlo de una vez, que Dios no permitirá nunca que esta línea sea borrada, tiene que continuar con el tiempo y extenderse por la Eternidad. La antítesis entre los amigos y los enemigos de Dios es eterna. Sin embargo esto no es todo, Dios dijo a Abraham: "Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren y maldeciré a los que te maldijeren y serán benditas en tí todas las familias de la tierra. (Génesis 12, 2 y 3). Es bien claro, pues, que la separación de Abraham y sus descendientes no fue un fin en si mismo, sino un medio para un fin. El fin era que todas las naciones fueran bendecidas. El fin era universal.

La misma lección es implícita en las profecías de aquel misterioso carácter que se llamó Balaam. Aunque era un enemigo de Dios, sin embargo, hubo de poner sus palabras en su boca. Mirando abajo desde una cima a los hijos de Israel acampados por el valle, el, hijo de Beor habló y dijo: "Porque de la cumbre de las peñas lo veré, y desde los co-

llados lo miraré, he aquí un pueblo que habitará confiado y no será contado entre las naciones" (Números 23; 9). Pero en su deducción final expresó aquella gran profecía mesiánica: "Verélo más no ahora. Lo miraré mas no de cerca: Saldrá estrella de Jacob y levantaráse cetro en Israel. Y herirá los cantones de Moab y destruirá a todos los hijos de Seth. Y será tomada Edom. Será tomada también Seir por sus enemigos, e Israel se portará varonilmente. Y el de Jacob se enseñoreará y destruirá de la ciudad lo que quedare" (Números 24: 17-19).

Plantados por Dios en la tierra de Canaan el pueblo escogido parecía una ciudad amurallada. En el Oeste era protegido por el Mediterráneo; en el Norte por las montañas de Hermon y Líbano; al Este y al Sur tenía grandes desiertos. Hasta cierto punto Israel era un país aislado. Y sin embargo, Palestina era el lugar ideal para venir a ser un foco de influencia. Lo bañaba el Mediterráneo, que, como indica su nombre, era el centro del antiguo mundo. Estaba atravesado por las grandes carreteras de tres continentes, Asia, Africa y Europa. Difícilmente podía encontrarse un lugar más estratégico del cual la luz del Evangelio pudiera brillar a todas las naciones, y el resplandor del Cristianismo irradiar a todos los pueblos.

Se ha dicho con frecuencia que Israel fue *aislado* del mundo, pero sería mejor decir que fue hecho una isla de bendición. Su aislamiento era el mejor medio para su universalismo. Del mismo modo que el cable eléctrico es aislado para que la corriente pueda alcanzar mejor su destino sin perderse en falsos circuitos, así el Pueblo escogido de Dios, fue separado de los pueblos paganos de la tierra para que en la plenitud del tiempo pudiera traer al Salvador

del mundo, y proclamar su Evangelio a todos los confines del globo.

En la presente Dispensación, también la separación es un medio para el fin del universalismo. El Nuevo Testamento está lleno de exhortaciones a la Iglesia para que salga del mundo. La misma palabra que se usa más frecuentemente designa a la Iglesia como ekklesia, que significa "llamado fuera". Sin embargo, dirigiéndose a los miembros de su Iglesia, el Salvador dijo: "Vosotros sois la sal de la tierra" y "Vosotros sois la luz del mundo", (Mateo 5; 13-14) y para esto les nombró sus "testigos" hasta lo último de la tierra".

La verdad es que esta separación para universalismo ha sido con frecuencia olvidada. Ha habido iglesias que han hecho énfasis en la separación a expensas del universalismo. Aún hoy día, en esta edad misionera, existen tales iglesias. Ellas impiden al mundo invadir la Iglesia, pero también previenen a la Iglesia de invadir al mundo. Insisten mucho en que sólo la pura Palabra de Dios sea predicada desde sus púlpitos; pero fallan en el propósito de predicar ellos el verdadero y puro Evangelio a los que más lo necesitan. Tratan de edificar a los santos en la fe, pero no tratan de persuadir a los no salvos a esta. Vanagloriándose de su ortodoxia, son víctimas de su ortodoxia. Tales iglesia son decadentes, y si no se despiertan y ponen atención a la voz de clarín del Rey y Señor de la Iglesia, que les ordena proclamar el Evangelio a los de fuera, tarde o temprano caerán en el sueño de la muerte. Por el otro lado, también es verdad que la separación para universalismo ha sido mal interpretada. No pocas iglesias enfatizan el universalismo a expensas de la separación. Aunque parezca extraño tienen más interés en traer el Evangelio al mundo

que en guardar a la iglesia de la mundanalidad. Envían un número de misioneros considerable a los paganos, pero al mismo tiempo el cáncer de la mundanalidad se esparce entre sus propios miembros, y nada hacen para impedirlo. No comprenden que una iglesia mundana no puede continuar por largo tiempo siendo verdaderamente una iglesia misionera. Invariablemente la corrupción del mensaje evangélico vendrá mano a mano con su mundanidad. A menos que se arrepientan, tales iglesias, tienen que degenerar en sinagogas de Satanás.

El pacto de los hijos y los extraños

Los hijos de los creyentes, así como sus padres, están incluidos en el Pacto de la Gracia. Esto es una clara y prominente enseñanza de la Escritura. Dios estableció su pacto con Abraham y su simiente, (Génesis 17-7) y en su sermón de Pentecostés Pedro dijo a su auditorio, predominantemente de judíos: "Para vosotros es la Promesa, y para vuestros hijos (Hechos 2; 39).

Sin embargo la continuación del Convenio de generación en generación, no es algo automático. Los hijos no heredan la gracia salvadora de sus padres creyentes como heredan sus bienes mundanales. No es una continuación sin excepción, Algunos de los hijos de los creyentes, son quebrantadores del Pacto. En la continuación de su Pacto de padres a hijos, Dios quiere emplear medios y los medios son la educación cristiana. Sólo si los padres cristianos educan a sus hijos en el camino en que deben andar, tienen derecho a esperar que no se apartarán de él cuando sean viejos (Proverbios 22; 6).

Aunque parezca extraño, hay cristianos profesantes que de un modo muy considerable, sino del todo, descuidan la educación religiosa de sus hijos. Fallan en proveerles la instrucción en el hogar y en la iglesia. Ni les llevan a la Escuela Dominical, ni se les ocurre enviar a sus hijos a una escuela diaria cristiana. Sin embargo, por raro que parezca, estos padres muestran a veces gran celo para el evangelismo de los extraños. Tales padres se parecen a un matrimonio que quisiera educar a los hijos de sus vecinos necesitados, pero olvidara proveer a las necesidades de su propia casa, o usando otra ilustración, son como el general que invadiera un país extraño sin guardar su base de operaciones en la propia tierra. Si todos los padres cristianos siguieran tal ejemplo, muy pronto no habría misioneros para enviar a los gentiles.

Por el otro lado, hay también creyentes que se concentran en la educación de los hijos del Pacto hasta tal punto, que toman poco o ningún interés en evangelizar aquellos que están ajenos a los pactos de la promesa como dice Pablo a los gentiles: "En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa" (Efesios 2; 12). Tales creyentes merecen también ser reprendidos porque tienen una visión demasiado restringida del Pacto de la gracia.

Dios tiene sus elegidos en todo país y en cada edad, y los conoce a todos. Les ha dado a su Hijo, y El cuidará que ninguno de ellos se pierda. Cristo los cuenta entre sus ovejas, pues dijo a sus primeros discípulos: "También tengo otras ovejas que no son de este redil, a ellas también me conviene traer y oirán mi voz y habrá un rebaño y un pastor" (Juan 10-7). Porque Dios los cuenta como su pueblo, anima a su servidor Pablo, en Corinto, la

ciudad impía, aparentemente apartada de Dios, diciéndole: "No temas, sino habla y no calles" pues *yo tengo mucho pueblo* en esta ciudad (Hechos 18; 10).

En su sermón de Pentecostés, Pedro declaró a sus oyentes judíos que la Promesa era, no solamente para ellos y para sus hijos, "sinó para los que están lejos; a todos cuantos el Señor nuestro Dios llamare" (Hechos 2; 39). Por todos los siglos Dios ha dado esta promesa. "Y ocurrirá que en el lugar donde les dije no sois mi pueblo, serán llamados pueblo del Dios viviente" (Oseas 1; 10, Romanos 9; 26). Esta promesa aún permanece, y el Señor Jesús la confirmó con una severa advertencia a los hijos del Pacto, con respecto a los extraños, cuando dijo: "Vendrán muchos del oriente y del occidente y se sentarán en la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, en el Reino de los Cielos, y los hijos del Reino serán echados en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crugir de dientes" (Mateo 8; 11 y 12).

¡Cuán clara es esta declaración y cuán evidente! Doquiera que el Evangelio es proclamado, allí está el Pacto. La Iglesia es de cierto, el bendito recipiente de las misericordias de Dios en el Pacto; pero es asimismo responsable a otros para la obtención de estas misericordias. Tanto como la propia instrucción y salvación de los hijos del Pacto, es el suyo un deber pactado en favor de otros también.

El convertido y su casa

Cuando el carcelero de Filipos inquirió que tenía que hacer para ser salvo, Pablo y Silas le respondieron: "Cree en el Señor Jescristo y serás salvo tu y tu casa" (Hechos 16; 31).

¿Qué querían decir al carcelero al declararle que su casa también sería salva? Debían los após-

toles tener en mente uno de los más consoladores aspectos del Pacto de la Gracia; que Dios ha prometido ser el Dios, no solamente de los que creen, sino también de sus parientes según la carne.

Qué estímulo es esto para buscar almas que, como el carcelero acepten el Evangelio; pues sabemos que su fe traerá la salvación de sus parientes más próximos; de sus hijos, y aún de generaciones futuras.

Sabemos que, el que predica el Evangelio, no solamente puede tener la seguridad de que Dios tiene su pueblo, y Cristo sus ovejas, en los lugares más inesperados, y que estos tarde o temprano responderán al Evangelio con fe; sinó la seguridad de que cuando Dios empieza la buena obra en el corazón de un padre o madre la continuará en el de sus hijos. Impartirá su gracia salvadora aún a los hijos de sus hijos en generaciones lejanas de la misma familia. Por tanto, puede esperarse que cada conversión traerá nuevas conversiones, y la simiente del Evangelio que es sembrada hoy, continuará trayendo fruto, y fruto en abundancia, por siglos y quizá por milenios.

5

LA SOBERANA ELECCION DE DIOS Y EL EVANGELISMO

Un estudiante de seminario estaba preparando un "sermón de práctica" sobre el texto: "Sea hecha tu voluntad en la tierra como en el cielo" (Mateo 6: 10). Después de estudiar el texto largo rato consultó con el profesor, diciéndole: "He llegado a la conclusión de que esta petición de la oración dominical habla de la voluntad revelada o perceptiva de Dios, no de su voluntad secreta, y autora de los decretos divinos. Cuando el profesor respondió que ponía tener razón, el alumno contestó: "¿Entonces tengo que concluir que este texto no tiene nada que ver con la Soberanía divina?" La respuesta a tal pregunta sólo es una: que estaba gravemente equivocado.

La idea de que la soberanía de Dios solamente se expresa en los decretos divinos es bastante común, pero bastante errónea. La Soberanía divina se expresa también en los mandatos divinos.

Siendo así, la responsabilidad humana es solamente el corolario de la Soberanía divina. Dios ordena soberanamente, y por esta misma razón tiene que ser obedecido. Por tanto, por todas las reglas de una sana lógica, toda persona que pone énfasis en la Soberanía de Dios debe también ponerlo en la responsabilidad del hombre.

Debe darse especial atención a un curiosa mala interpretación de la Iglesia Reformada. Ha sido dicho con frecuencia que mientras que el Calvinismo pone todo su énfasis en la Soberanía divina, el Arminianismo lo pone en la responsabilidad humana. No puede imaginarse peor caricatura del Calvinismo. Es de reconocer que ha habido calvinistas, a su propio estilo, que han menospreciado la responsabilidad humana; pero la razón de esto radica en su propia inconsistencia. El Calvinismo no es inconsistente de tal modo. Precisamente porque hace un énfasis tan fuerte en la Soberanía divina, tiene que enfatizar no con menos fuerza la responsabilidad humana. Por tanto es evidente que la Iglesia Reformada enfatiza la responsabilidad del hombre con no menos fuerza que la teología arminiana.

El Arminianismo enseña que Dios ajusta sus decretos a los poderes del hombre, y por lo tanto nunca excede al hombre en lo que este no puede hacer. La fe Reformada mantiene que Dios requiere del hombre perfecta obediencia a su ley, aunque este se halle en estado caído, e incapaz de rendir tal obediencia. El Arminianismo nos dice que la responsabilidad humana está limitada por la humana inhabilidad; pero la fe Reformada no acepta tal descripción.

Aplicando lo antedicho al Evangelismo, la Soberanía de Dios se expresa vigorosamente en los muchos mandatos misioneros que hallamos en la Bi-

blia y a la medida en que se reconoce la Soberanía divina, debe el creyente ser celoso en llevar a cabo tales mandatos.

La Soberanía Mediadora de Cristo

Cristo es Dios, y como tal es Soberano. La Soberanía pertenece igualmente a las tres personas de la Divinidad.

La Soberanía pertenece a Cristo también, en otro sentido. Cuando El murió en la cruz del Calvario, fue cumplida la parte más importante de su Obra mediatoria. Por lo que los teólogos han llamado, obediencia pasiva y activa, alcanzó pleno mérito de salvación para aquellos que el Padre le ha dado. Por tanto poco antes de inclinar su cabeza exclamó "Consumado es" (Juan 19: 30). Por su obra completa fue recompensado por el Padre con realeza Mediatoria. Porque habla sido obediente hasta la muerte y muerte de cruz, Dios le ensalzó hasta lo sumo y diole un nombre que es sobre todo nombre" (Filipenses 2: 8 y 9). Por lo tanto "vino a ser la cabeza sobre todas las cosas" (Efesios 1: 22). Ahora podía hacer a sus discípulos aquella estupenda declaración: "Toda potestad me es dada en el Cielo y en la tierra" (Mateo 28: 18). Es muy significativo que El hizo esta afirmación como prefacio a la gran Comisión de: "Id por todo el mundo a predicar el Evangelio". Esto convierte la gran Comisión en una declaración de la Soberanía mediatoria de Cristo.

Durante su ministerio público, Cristo envió a los doce, y a los setenta, a predicar el Evangelio; pero les mandó expresamente que restringieran su actividad evangelística a las "ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mateo, 10: 6). Su muerte y su re-

surrección, trajo, empero, un cambio radical. Este gran acontecimiento marcó la transición entre el nacionalismo relativo de la antigua Dispensación, al universalismo sin límites de la nueva. En sus apariciones a sus discípulos, el Cristo resucitado, repitió reiteradamente el mandato de evangelizar el mundo entero. En Jerusalem les instruyó diciendo: "Era necesario que el Cristo padeciera y que resucitara de los muertos al tercer día, y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y la remisión de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalem (Lucas 24: 46-48).

Cuando los once encontraron al Señor en el monte de Galilea les dio lo que ha sido llamada la Gran Comisión (Mateo 28: 18-20). Y antes de su ascensión al Cielo, desde el monte de los Olivos, les anticipó: "Recibiréis potencia del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalem, en Samaria y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1: 8).

Debe hacerse aquí una observación muy significativa. Ha sido dicho que la muerte y la resurrección de Cristo marcan la transición del nacionalismo judío al universlismo, pero los mismos acontecimientos marcaron la coronación de Cristo como Mediador. Esta transición y esta coronación no dejan de estar bien relacionadas. Ocurrieron simultáneamente porque eran parte del mismo suceso. Cristo fue coronado a fin de que "en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de todo lo que está en el cielo y lo que está en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor". (Filipenses 2: 10 y 11). Todo lo cual tenía que realizarse por la proclamación universal de su Evangelio. Con una real majestad Cristo declaró a sus apóstoles: "Como mi Padre me envió, así yo os en-

vío" (Juan 20: 21). El Cristo soberano, con soberanía encargó a su Iglesia la gran Comisión: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra, por tanto id y haced discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28: 18-20).

La permanente validez de la gran Comisión

Ha sido sugerido que después del derramamiento del Espíritu Santo la Iglesia apenas tenía necesidad de la gran Comisión, pues habiendo recibido el Espíritu Santo no podían menos que ser testigos expontáneamente, no bajo la compulsión externa del mandato. Para el creyente de la nueva dispensación, testificar de Cristo, se ha dicho, es tan natural como respirar. Como las aves han sido hechas para volar y los peces para nadar, así el cristiano tiene que testificar de su Salvador.

Que el derramamiento del Espíritu en Pentecostés hizo de la Iglesia Cristiana una iglesia testificante, tiene que aceptarse plenamente. Jesús lo declaró cuando dijo a los doce que constituían el primer núcleo de su Iglesia: (Hechos 1: 8): "Vosotros seréis mis testigos". Es verdad también que testificar es la esencia del Cristianismo. Donde falta el testimonio falta el Cristianismo. "¿No declaró Cristo, el que me negare delante de los hombres yo también le negaré delante de mi Padre que está en los Cielos?" (Mateo 10: 33). Sin embargo, concluir que el discípulo cristiano tiene el instinto de testificar de un modo inevitable, es totalmente infundado.

Esta conclusión tiene indicaciones dispensacio-

nales. Aún cuando tiene que reconocerse que la antigua Dispensación y la nueva están caracterizadas por diferencias significativas, hacer que la una sea dispensación de la Ley y la otra del Espíritu, es contrario a la Escritura. La oración de David, "No quites de mi tu Santo Espíritu" (Salmo 51: 11), indica claramente que él había experimentado la influencia renovadora del Espíritu de Dios; y en el Nuevo Testamento, tanto las epístolas como los Evangelios son enfáticos dando mandatos sobre la conducta cristiana. La anterior suposición peca de perfeccionismo. Sabemos que el mejor cristiano es siempre un pobre critiano. Evidentemente no está tan completamente rendido al Espíritu de Dios como debiera o quisiera. Cada uno tiene que confesar con frecuencia: "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, esto hago". No hay ningún creyente que no haya alguna vez permanecido en silencio cuando tuvo una buena oportunidad de confesar al Señor. Ninguno hay que no haya tenido que llorar como San Pedro, y con razón. Todos necesitamos que se nos recuerde el primero y gran mandamiento de la Ley de Dios: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con tu alma y toda tu mente (Mateo 22: 37). Y ninguno de nosotros ha progresado tanto en la consagración que no necesite más el mandato de testificar para su Señor y Salvador. Ninguno de nosotros le ama tan ardientemente como debiera; y cuando estamos más entregados a la influencia de la Gracia, y el Espíritu de Dios arde en nuestros corazones en amor por aquel que nos amó primero, aún tenemos que exclamar: "En el hombre interior me deleito en la Ley de Dios; pero hallo otra ley en mi carne..." (Romanos 7: 22).

El conocimiento universal de la Soberanía de Cristo

En la gran Comisión, el Cristo soberano encargó a sus discípulos que los hombres por todas partes fueran enseñados.

El deber de enseñar excede a todo límite.

Según una versión autorizada, el mandato de enseñar ocurre dos veces en la gran Comisión. Literalmente dice: "Por tanto id y enseñad a todas las naciones, enseñándoles que guarden todas las cosas que yo os he mandado". Lo que es comúnmente traducido por: "Haced discípulos en todas las naciones, enseñándoles..." La primera versión tiene que ser preferida de acuerdo con el original, aunque las dos vienen a decir lo mismo. La palabra discípulo se deriva de un verbo que significa "enseñar". Un discípulo es alguien que es enseñado, y por tanto presupone un maestro. De ahí se sigue que tiene que desecharse la idea de que en el Evangelismo las gentes tienen que ser inducidas a aceptar el Evangelio por otros medios que la enseñanza, es decir que basta un llamamiento emocional para venir a ser discípulos; los cuales serán enseñados después. No, la enseñanza empieza desde el primer momento en que se da el mensaje del Evangelio, y tiene que continuar mientras el creyente viva. Naturalmente esta enseñanza no deja de tener momentos emocionales, ya que lo que se enseña a los hombres es la Palabra de Dios.

Ha de desecharse la idea de que los predicadores tienen que hacer discípulos primero, y enseñarles después a guardar los mandamientos de Cristo. El dijo que se llevara el Evangelio enseñando a los hombres, y que se continuara enseñando sus mandamientos, una vez recibida la instrucción del Evangelio. Esto significa que el guardar los manda-

mientos de, Cristo es parte del discipulado. Esta verdad merece mucho énfasis. Se viene a ser discípulo de Cristo, no meramente aceptándole con fe como Salvador; sino por reconocerle como Señor. Estos dos actos son inseparables. La fe en Cristo y la obediencia a El son, como si dijéramos, los dos lados de una misma moneda. No es extraño que en el Nuevo Testamento la misma palabra que en algunos contextos significa *creer*, en otros tiene que traducirse *obedecer*. En Hechos 28: 24, se dice que en respuesta a la predicación de Pablo a los judíos, algunos creyeron las cosas que se les hablaron y algunos no creyeron ". En Gálatas 5: 7 Pablo les dirige este reproche ¿Quién os fascinó para que no *obedeciéseis* a la verdad? En ambos pasajes el verbo griego que ocurre es el mismo.

Esto hace evidente que la gran Comisión es una declaración del propósito de Evangelismo; y este propósito es que todas las naciones observen los mandatos de Cristo y al hacerlo así, reconozcan su Soberanía. El fin del Evangelismo es el reconocimiento universal de la Soberanía de Cristo.

Apoyándose en la Soberanía de Cristo

Los apóstoles debieron quedar extrañados cuando el Señor les comisionó para que fueran a hacer discípulos en todas las naciones. Este mandato era poco menos que sobrehumano. Se trataba de once hombres contra todo el mundo. Once personas relativamente ignorantes, y de la nación más despreciada debajo del sol, contra todo el poder y la sabiduría del mundo. Este grupo flaco, completamente incapaz, según, el punto de vista humano, recibió órdenes de conquistar la gloria, grandeza y poder del Imperio Romano y aún a las tribus salvajes que pudieran hallarse más allá del dominio Cesáreo.

"¡Imposible!" deberían pensar ellos. ¡Totalmente imposible! diría la razón humana. ¡Inimaginable a todos ellos!

Su Maestro conocía sin duda sus pensamientos; pero los pensamientos de El eran más altos que los suyos; por esto vino a decirles: Si confiareis en vuestro propio poder de cierto sería un fracaso, pero recordad que no estáis solos, Yo soy el escogido de Dios para estar a vuestro lado; mi nombre de antiguo es El Señor de los Ejércitos. Mía es toda autoridad y poder en el Cielo y en la tierra; ni Satanás con todos sus huestes puede haceros nada sin mi permiso. Seguramente en el mundo tendréis tribulación, pero no temáis yo he vencido al mundo" (Juan 16-33). "Sin Mi nada podeis hacer" (Juan 15-5); mas por el poder que yo os daré podréis hacer todas las cosas (Filipenses 4: 13). Por mi, vuestro trabajo no será vano (1.ª Corintios 15: 38). Por la operación de mi gracia soberana en los corazones de los hombres, habrá numerosos convertidos que bautizaréis en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sellándolos así para la salvación obrada por decreto y determinación del Dios Trino, con el cual entraréis en comunión al entrar en comunión con su Iglesia.

Por esto, aunque la tarea asignada a vosotros no será completa durante vuestra vida no os desanimeis. Mi Iglesia, contra la cual no pueden prevalecer las puertas del Infierno (Mateo 16; 18), la realizará. "He aquí yo estoy con vosotros y estaré con ella hasta el fin del mundo. Aún las mismas obras del diablo yo las gobernaré de tal modo que redunden en favor de la continuación de mi Reino. La sangre de los mártires la haré semilla de la Iglesia. Cuando los potentados de la tierra cierren las puertas de muchas naciones para impedir la entra-

da del Evangelio, haré que el mensaje de salvación penetre a través de puertas de bronce y portillos de hierro. Aunque los predicadores del Evangelio puedan ser atados, mi Palabra nunca estará presa (2.ª Timoteo 2: 9). Y cuando el tiempo no será más, voces inumerables en los cielos cantarán: "Los reinos de este mundo han venido a ser los reinos del Señor y de su Cristo, y reinará para siempre jamás" (Apoc. 11-15).

Se piensa comúnmente acerca de la gran Comisión como un mandato misionero. Es esto y mucho más que esto. Su verdadero tema es la *Soberanía de Cristo*. Es una declaración gloriosa de su Soberanía; es un mandato soberano el proclamar su nombre en todas las naciones; es una demanda incondicional al reconocimiento universal de su Soberanía. Es una invitación cordial a apoyarse plenamente en su Soberanía. Es una profecía segura del triunfo final o confirmación de tal Soberanía. Es una profecía segura del triunfo final o confirmación de tal Soberanía.

Jesús ha de Reinar mientras al mundo
Alumbre el sol en su eternal carrera;
Se extenderá su Imperio a toda orilla
Y llenará por fin la tierra entera (1).

(1) Versión de los himnarios españoles del conocido himno «Jesus shall reign».

6

DIOS Y EL PROPOSITO DEL EVANGELISMO

Se habla mucho en los circulos religiosos acerca del universalismo. La paternidad universal de Dios, la fraternidad universal de los hombres, la paz universal, y la salvación universal, son tópicos favoritos. Mucho de esta charla viene de los centros modernistas, y por lo tanto es sospechosa para los verdaderos creyentes. Alguna de esta charla es definidamente anti-cristiana. Sin embargo, no nos precipitemos a la conclusión de que no existe el universalismo cristiano. Ciertamente es la mayor realidad. El Cristianismo es una religión universal y requiere evangelismo universal.

El Universalismo en la antigua dispensación

La antigua dispensación se distingue principalmente de la nueva en que aquella fue nacionalista y esta universal. Israel fue el pueblo peculiar de Dios Moisés dijo a su nación: "Vosotros sois un pueblo santo al Señor vuestro Dios: El Señor vuestro Dios

os ha escogido para ser un pueblo especial para sí entre todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra" (Deuteronomio, 7: 6). Y el salmista cantó: El denunció sus palabras a Jacob; sus estatutos y sus juicios a Israel. No ha hecho esto con toda la gente y no conocieron sus juicios. Alabad al Señor" (Salmo 147: 19-20). Por otro lado, al mismo principio de la nueva Dispensación la iglesia fue comisionada y capacitada para traer el Evangelio a todas las naciones del mundo.

Sin embargo no abriguemos la idea de que el nacionalismo de la antigua Dispensación fue absoluto. Suponerlo sería un serio error. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento son la revelación propia de Dios. El Dios que se reveló en ambos es el mismo. Evidentemente hay un progreso en su revelación, pero no hay contradicción alguna. San Agustín tenía razón cuando dijo que el Nuevo Testamento estaba latente en el Antiguo, y el Antiguo patente en el Nuevo.

Naturalmente, el Dios del Nuevo Testamento es el Dios de toda la tierra y de todas las naciones. Cuando Pedro fue llamado a bautizar a un centurion romano dijo: "En verdad hallo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia". Y es igualmente evidente, que el Dios del Antiguo Testamento es el Dios de todas las gentes. La idea modernista de que Jehová era un Dios tribal, o cuanto menos nacional, es pura imaginación, completamente ajena al Antiguo Testamento. El creó la raza humana; prometió un Salvador a toda la raza caída. Por medio de su siervo Noé amonestó a los impíos de toda la raza para que pudieran escapar del castigo; al salvar a Noé y su familia del diluvio preservó la raza humana. Finalmente, cuando separó a Abraham, el

progenitor de su pueblo escogido, le prometió que en él serían bendecidas todas las familias de la tierra.

Nadie puede negar que el Dios del Nuevo Testamento declaró ser el único y verdadero Dios viviente. Pablo escribió a los creyentes de la idólatra Corinto: "Pues aunque haya algunos que se llamen dioses... sólo hay un Dios, el Padre del cual proceden todas las cosas y nosotros somos para El". (1.ª Corintos 1, 5 y 6) y exactamente lo mismo declara el Dios del Antiguo Testamento. "Oye Israel; el Señor nuestro Dios, uno es". (Deuteronomio 6: 4, es su nota clave. La frase "sólo tu eres Dios". Salmo 86. 10) aparece en espíritu o en letra en todas sus páginas.

Porque es el Dios de toda la tierra y el único Dios, el Dios del Antiguo Testamento reclama reconocimiento y aceptación universal. Esta es la verdad que expresa su llamamiento: "Mirad a Mi y sed salvos todos los términos de la tierra; pues yo soy Dios y ninguno más" (Isaías, 45: 22).

Por esto el Dios de Israel ordenó a su siervo Jonás que predicara el arrepentimiento a los impíos habitantes de Nínive, capital del Imperio Asirio, y cuando ellos se arrepintieron el Señor se volvió del mal que había dicho hacerles y no lo hizo" (Jonás 3: 10).

No es exagerado decir que el Antiguo Testamente está saturado de profecías acerca de un próximo universalismo. Llenaría muchas páginas dar todas las citas. Entre las más familiares encontramos en el salmo 86: 9. "Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de tí y glorificarán tu nombre" y en él (Salmo 87: 4): "Yo me acordaré de Rahab y de Babilonia entre los que me conocen. He aquí Filistea y Tiro, con Etiopía. Este nació allá".

El profeta Joel profetizó la proclamación del Evangelio que se inició en Pentecostés con las palabras: "Y después de esto he aquí que yo derramaré de mi espíritu sobre toda carne" (Joel 2: 28). Sin duda alguna, la interpretación de Daniel del sueño de Nabucodonosor muestra los más fuertes tonos mesiánicos. Hablando de la piedra cortada sin mano que derribó la imagen de oro con sus partes de plata, bronce, hierro y barro mezclado con hierro, y se hizo un gran monte que llenó la tierra; la interpretación del profeta fue: "En los días de estos reyes levantará Dios n reino que no será jamás destruido, ni será dejado jamás a otro pueblo; el cual desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre" (Daniel 2: 44).

Debemos mencionar aquí también ciertas parábolas del Señor Jesús, las cuales fueron pronunciadas antes de que se iniciara la nueva dispensación. La conclusión de la parábola de los viñadores malvados, fue decir a los líderes religiosos judíos que el reino de Dios sería quitado de ellos y dado a gentes que traerían fruto (Mateo 21: 43). Asimismo en la parábola de la gran Cena enseñó que cuando los invitados rehusaran, serían llamados los cojos y los ciegos de las calles y caminos, a tomar su lugar en las bodas; y aún serían forzados a entrar (Lucas 14: 16-24).

Más sorprendente todavía es el hecho de que durante la antigua Dispensación hubo ya anticipaciones del universalismo de la nueva. Por ejemplo: Rahab de Jericó, (Josué 6. 17-25. Hebreos 11: 31 y Jacobo 2: 25). (Ruth la moabita. Libro de Ruth, y Mateo 1; 5). Nahaman el Siro (2; Reyes 5 y Lucas 4: 27) los magos de Oriente, (Mateo 2; 1-2) y la mujer samaritana, son casos destacados. Todos estos paganos

vinieron a ser creyentes, e incorporados legal o moralmente al pueblo de Dios.

El nacimiento de Cristo y el Universalismo

No sería correcto afirmar que la dispensación universalista comenzó con el nacimiento del Hijo de Dios. De ser así no habría restringido la actividad evangelística de sus primeros discípulos al pueblo de Israel (Mateo 10: 6). Como se ha demostrado, el Universalismo se declaró en la muerte de Cristo. Sin embargo, su nacimiento fue una evidencia del predeterminado universalismo de la nueva Era. Esto se expresa en la frase escritural de que nació en el "cumplimiento de tiempo" (Gálatas 4: 4).

Dios había pre-ordenado desde la Eternidad el tiempo exacto de la venida de su hijo en carne. Había también pre-ordenado las circunstancias mundiales de su tiempo; y en su Providencia, que no es otra cosa que la realización de su plan eterno, vio que aquellas circunstancias serían las más favorables para la difusión del Evangelio.

Providencialmente la ciudad del Tíber sería la capital del mundo. No sólo habían los romanos construído numerosas carreteras que hacían posible el tránsito de un país a otro sino que también, por la Gracia común de Dios, proveyeron orden y ley en muchas naciones de la tierra. En más de una ocasión la ciudadanía romana de San Pablo le fue una buena ayuda para sus viajes. (Hechos 16, 36-40. 22: 24-29; 25: 9-12).

Dios, en cuya mano está el corazón del rey como las aguas de un río y a donde quiere lo inclina (Proverbios 21: 1) puso en el corazón de Alejandro el Grande hacer del griego el lenguaje de la literatura en toda la tierra. Esto explica porque el Nuevo Tes-

tamento, aunque escrito mayormente por judíos, lo tenemos en griego. Una lengua común no podía por menos que ser un gran auxiliar para la evangelización de las naciones.

Por otra parte Dios había dispersado a Israel entre muchos pueblos. Doquiera iban los judíos llevaban con ellos su Biblia; el Antiguo Testamento con todas sus promesas mesiánicas. Esto contribuyó sin duda a la espectación que existía aún en el mundo gentil acerca de la venida de un Mesías. Escritores romanos como Virgilio, Suetonio y Tácito, hicieron referencia a una antigua predicción de que en los últimos días tendría que venir el Hijo de Dios, quien descendería del cielo para destruir la serpiente enemiga y establecer una edad de oro, y que se fundaría un Imperio mundial con el país de Judea como centro.

Jesús nació en el umbral de la dispensación universalista.

La muerte de Cristo y el Universalismo

Toda la historia Sagrada se junta alrededor de la cruz de Cristo. La misma historia de la humanidad se centra alrededor de esta cruz, que marca el fin de la vieja Dispensación y el principio de la nueva.

Esto se demuestra fácilmente por la Palabra de Dios. La antigua Dispensación fue la sombra; la nueva es la verdad, en el sentido de realidad. La ley ceremonial, particularmente la que se refería a los sacrificios, significaba el derramamiento de la sangre expiatoria de Cristo en el Calvario; por tanto, por su muerte Cristo abolió la ley ceremonial. En el mismo momento de dar el Espíritu, el velo del Templo se rompió de alto abajo. (Marcos 15: 37-38). El

velo separaba el lugar santo del lugar santísimo. En el lugar santísimo había el arca cubierta por el propiciatorio, sobre la cual aparecía el Shekináh, o sea la majestad visible de la Divina presencia, entre los querubines con sus alas extendidas. Sólo una vez al año, el día de la expiación, un hombre, el sacerdote, podía pasar a través del velo del Templo de Dios; y no podía entrar allí sin sangre, la cual era rociada sobre el propiciatorio a fin de hacer expiación sobre sus propios pecados y los del pueblo (Levítico 16: 1-17). Cuando la sangre de Cristo fue vertida, se rompió el velo del templo en dos, cómo señal de que la ley ceremonial estaba anulada y que desde entonces en adelante todo creyente en Cristo podía entrar y pedir confiadamente al Trono de la Gracia sin la mediación de un sacerdote humano o un nuevo sacrificio para el pecado. La muerte de Cristo terminó la antigua dispensación e inició la nueva.

La Biblia enseña, específicamente, que la muerte de Cristo, marcó el fin de la dispensación nacionalista y dio principio al Universalismo. Cuando ciertos griegos, no judíos de Grecia, sino gentiles convertidos al judaísmo, expresaron el deseo de verle, el Salvador, profundamente conmovido exclamó: "De cierto de cierto os digo: si el grano de trigo no cae en la tierra y muere él solo queda, mas si muriere, mucho fruto lleva" y refiriéndose a la clase de muer-llamada crucifixión dice: "Yo si fuere levantado de la tierra a todos traeré a mi mismo" (Juan 12: 24-32). Pablo dijo a los creyentes gentiles de Efeso que ellos que estaban lejos habían sido hechos cercanos por la sangre de Cristo, y que Cristo había reconciliado a ambos, judíos y gentiles para Dios, en un mismo cuerpo, por medio de la cruz (Efesios 2: 13-16).

Habiendo muerto Cristo y habiendo el Padre puesto el sello de su aprobación a su perfecta obra

por su resurrección de los muertos, el próximo paso era la gran Comisión y enviar el Espíritu Santo, por medio del cual la Iglesia fue capacitada para llevar el Evangelio a los fines de la tierra.

Si la muerte de Cristo reclama universalismo, esta muerte debe ser el tema central del Evangelio proclamado universalmente.

Así es, el gran apóstol misionero escribió a la iglesia de Corinto: "Nosotros predicamos a Cristo crucificado" (1.ª Corintios 1; 23) y "Yo he resuelto no saber nada más entre vosotros sino de Jesucristo crucificado" (1.ª Cor. 2; 2).

La exaltación de Cristo y el Evangelismo

En el capitulo precedente hablamos mucho respecto al significado de la exaltación de Cristo, con referencia al evangelismo mundial; sin embargo, debemos añadir: Por su levantamiento de entre los muertos, Dios Padre expresó su aprobación a la obra mediatoria del Hijo. Por eso no es extraño que el mismo apóstol que determinó no saber nada excepto de Cristo crucificado, hizo de la resurrección el ideal tema de su predicación. La muerte de Cristo y su resurección constituyen un solo tema.

Cristo entró en su gloria por medio del sufrimiento (Lucas 4: 25). Como recompensa por su obediencia al derramar su alma hasta la muerte, el Padre le dio parte entre los fuertes (Isaías 53: 12); y Dios le ensalzó, dándole un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla y toda lengua confiese que es el Señor" (Filipenses; 2: 9-11).

Este fue el significado de su resurrección de los muertos y su ascensión a la diestra del Padre. ¡No

es extraño que el Cristo resucitado y ascendido ordenara la proclamación universal de su Evangelio!

No sólo el Cristo glorificado ordenó a sus discípulos la evangelización universal, sino que fue El quien, exaltado a la diestra de Dios, derramó sobre su Iglesia el Espíritu Santo para capacitarla a fin de que hiciera discípulos en todas las naciones (Hechos 2: 23).

El mismo, como rey poderoso, prometió estar con su Iglesia protegiéndola y prosperándola en la proclamación del Evangelio, hasta que amanezca el día cuando la tierra sea llena del conocimiento del Señor como las aguas cubren la mar (Isaías 11: 9).

La exaltación de Cristo reclama Evangelismo universal. Su Evangelio debe ser proclamado por todas partes, porque El es un rey universal, a fin de que esto sea reconocido universalmente.

Pentecostés y el Universalismo

Se dice generalmente que el día de Pentecostés fue el nacimiento de la Iglesia cristiana. Esto es un error. Desde la misma caída del hombre hubo sólo un camino de salvación. Todos los que fueron salvos antes lo fueron por la fe en Cristo y todos los que creyeron en El fueron miembros de su cuerpo, la Iglesia. Respecto a la salvación, la única diferencia entre los santos de la vieja dispensación y los de la nueva, es que los primeros fueron salvos por fe en Cristo de la Profecía: y los últimos son salvos por fe en el Cristo de la historia; pero basta decir que el Cristo de la profecía y el de la historia son uno mismo. De ahí se sigue que si Adán y Eva creyeron el propio Evangelio de Génesis 3: 15, como puede suponerse, vinieron a ser los primeros miembros de la Iglesia de Cristo. Y Abel, como Abraham, Da-

vid e Isaías, fueron miembros de la Iglesia cristiana tanto como Pedro, Pablo o Lutero.

Aunque Pentecostés no fue el día del nacimiento de la Iglesia cristiana marca su más significativa encrucijada en la historia de la Iglesia. El derramamiento del Espíritu Santo sobre la Iglesia fue la transición del nacionalismo al universalismo.

¡Observad lo que ocurrió en Pentecostés!

Los discípulos de Jesús se juntaron en cierto lugar, tenían órdenes de hacer discípulos en todas las naciones de la tierra; pero eran pocos, muy pocos; y débiles; extremadamente débiles. Habían confiado en su propia fortaleza y su esfuerzo había resultado sólo un fracaso, de hecho eran tan débiles que no podían oponer su fuerza a la del mundo y lo sabían; sin embargo la tarea de conquistar el mundo brillaba en sus rostros. Repentinamente milagrosamente, su Señor, desde la diestra de Dios vino en su ayuda. Les dio Poder de lo Alto, como había prometido. Oyeron un gran estruendo del cielo como un viento recio que corría y se llenó la casa donde estaban sentados, además "aparecieron lenguas como de fuego que reposaron sobre cada uno de ellos" (Hechos 2: 2-3). Dos de las grandes fuerzas de la naturaleza se manifestaron así, simbolizando el irresistible poder de Dios y del Espíritu Santo. Esto les capacitó para predicar el Evangelio en muchas lenguas a los hombres de toda nación debajo del cielo..." (Hechos 2: 4-6). El cumplimiento de su gran tarea, aparentemente imposible de realizar, iba a tener lugar. Pero esto no es todo. Los discípulos de Jerusalem eran judíos, y los judíos estaban llenos de prejuicios contra las naciones no judías. Cuando Jonás rehusó predicar a los ninivitas, obró, no solamente como un individuo terco; sinó más bien como un israelita típico: Enorgulleciéndose de ser él

pueblo del Señor los israelitas miraban con profundo desdén a los otros pueblos. Si los discípulos del Señor tenían que hacer discípulos en todas las naciones, tenían que perder este prejuicio. Ellos debieron haberlo sentido y se extrañarían de como podría esto hacerse. Era imposible para ellos mismos; pero en un cerrar de ojos el Espíritu de Dios borró este prejuicio. Antes de que pudieran darse cuenta se hallaron predicando el Evangelio a prosélitos gentiles, así como a los judíos (Hechos 2: 10).

¿Pero traería resultado tal predicación a los no judíos? Esta pregunta pudo levantarse en sus mentes, pues el Señor les mandó, no solamente predicar a las naciones, sinó hacer discípulos en las naciones. Si se sentían preocupados acerca de ello, pronto estas preocupaciones quedaron disipadas. Antes de que el sol se pusiese en aquel día, unas tres mil almas habían sido compungidas al arrepintimiento y a la fe en Cristo por la irresistible predicación del Evangelio por medio del Espíritu Santo (Hechos 2; 41). Así la Jerusalem de Hechos 2 vino a ser la contrapartida de la Babel de Génesis 11. En ambos casos hubo un despliegue milagroso del poder divino. Ambos milagros fueron muy semejantes. En Babel y en Jerusalem Dios sobrenaturalmente hizo que se hablaran diversas lenguas. Pero las consecuencias diferían radicalmente. En Babel había confusión y división, los hombres fueron esparcidos por toda la faz de la tierra; este fue el principio del nacionalismo en Jerusalem. Por el contrario, en Jerusalem, un solo mensaje fue predicado en muchas lenguas; el Evangelio, por la Palabra de Dios que es viva y eficaz (Hechos 4: 12). El Espíritu de Dios trajo hombres de todas las naciones debajo del cielo a la Iglesia única de Cristo. Pentecostés impulsa al universalismo y a la unidad.

El derramamiento del Espíritu Santo puso de manifiesto la realización efectiva del Universalismo cristiano.

El Universalismo y la Iglesia Apostólica

Es difícil para los creyentes gentiles de este siglo XX ponerse en el lugar de los creyentes judíos del primer siglo de la Era Cristiana. Tan profundamente había sido grabado en sus corazones el hecho de que ellos eran el pueblo escogido por Dios, que les era casi imposible comprender que la muralla de separación entre ellos y los gentiles había sido derribada. (Efesios 2: 14) y que en Cristo Jesús, no hay judío ni griego (Gálatas 3; 28).

Por esta razón, sin duda, Dios en varias ocasiones recordó a la Iglesia apostólica su deber de predicar el Evangelio a los gentiles, así como a los judíos. Por lo menos cuatro, de tales casos, son dignos de mención especial.

El evangelista Felipe fue llevado por el Espíritu, de un modo sobrenatural, a traer el Evangelio al etíope de la corte de la reina Candace; y el Espíritu Santo bendijo el mensaje de Felipe en el corazón del extranjero de tal forma, que confesó inmediatamente que Jesucristo era el hijo de Dios y fue bautizado, entrando a formar parte del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (Hechos 8: 26-39).

En vista de la antigua participación de Pedro en los sucesos de Pentecostés, puede suponerse que él estaba plenamente preparado para predicar el Evangelio por todas partes. Sin embargo no era este el caso. Necesitaba de una instrucción especial a fin de que estuviera dispuesto a recibir a un romano en el grupo de los creyentes. Dios le dio esta instrucción de una manera sobrenatural. Estando

en el terrado de casa de Simón el curtidor, cerca del mar, Pedro, caído en trance, vio un gran lienzo descender del cielo, el cual contenía toda clase de cuadrúpedos y aves. Una voz del cielo le mandó comer. Cuando, recordando las órdenes que Dios mismo había dado a los judíos, rehusó comer cosa inmunda, recibió la advertencia divina: "Lo que Dios limpió no lo llames tú común. A fin de que Pedro pudiera quedar bien seguro de cual era la voluntad de Dios, el caso se repitió tres veces. En obediencia a esta visión celestial, predicó el Evangelio a Cornelio y a su familia y antes de que hubiera terminado su sermón el Espíritu Santo cayó sobre sus oyentes. Sus compañeros cristianos judíos quedaron asombrados, pero Pedro dijo que no debía demorarse el bautismo a los que habían recibido el Espíritu Santo. Aunque gentiles fueron bautizados en el nombre de Cristo (Hechos 10).

Pero Pedro no era el escogido de Dios para llevar su nombre a los gentiles. Era Saulo de Tarso. (Hechos 9: 15). Como el Evangelio de la circuncisión fue encomendado a Pedro, así el de la incircuncisión a Pablo, y el que obró poderosamente en favor del Evangelio para los incircuncisos a quienes predicaba Pablo, obró con la misma eficacia con Pedro para el apostolado de la circuncisión. Aunque el mismo Pablo era hebreo de hebreos; esto es, hijo de padre y madre hebrea (Gálatas 2: 7-8). Pablo fue nacido y educado en la provincia de Cicilia. Por nacimiento era ciudadano romano, y allí aprendió la cultura griega como ninguno de los apóstoles. Su conversión, su llamamiento por el Espíritu Santo y sus viajes misioneros, constituyen la mayor parte de la historia del Universalismo en la edad apostóca. Sus trabajos en el Evangelio llegaron desde Je-

rusalem, la capital de Judea a Roma, la capital del mundo.

El capítulo de los Hechos nos da cuenta de lo que comunmente es llamado el Concilio de Jerusalem. Un grave problema estaba perturbando la paz de la Iglesia Primitiva. Entre los creyentes judíos, había los judaizantes, que insistían en que los gentiles debían permitir la entrada a la Iglesia cristiana sólo por el medio de la puerta del Judaismo; lo que significaba que tenían que recibir el rito de la circuncisión. Este asunto fue debatido en el Concilio de Jerusalem. El Espíritu Santo tenía el control de esta asamblea. Se hizo allí el acuerdo de enviar un mensaje a las iglesias gentiles diciéndoles que había parecido bien al Espíritu Santo y al Concilio no ponerles mayor carga que ciertas cosas necesarias, entre las cuales no se nombraba la circuncisión. Por esto en la carta a los Gálatas, Pablo repudió violentamente la herejía judaística. Llegó a anatemizarles en esta forma: "Si nosotros, o un ángel del Cielo os predicara otro Evangelio del que habéis recibido, sea anatema (Gálatas 1: 8).

El Universalismo y la Iglesia en la actualidad

Más de diecinueve siglos han pasado desde que la Iglesia Cristiana fue comisionada y capacitada para evangelizar al mundo, y todavía esta obra no ha sido completada. Si se acusa a la Iglesia histórica de descuido o indolencia; no puede dejar de reconocer su culpabilidad; pero ¿cuál es la causa de esta indolencia? Muchos factores sin duda han contribuído a ello. Sin duda el más poderoso ha sido su falta de santidad. La Iglesia no ha sido consciente de la presencia divina como debiera haber sido. Si la Iglesia hubiese vivido siempre en la plena con-

ciencia del amor infinito de Dios; de la elección soberana de Dios; del pacto de Gracia; de la soberana comisión de Dios; y de la verdad que el Dios de la Biblia es el único y verdadero Dios viviente, por tanto, Dios de toda la tierra, habría sido más incomparablemente activa en la difusión del Evangelio.

Aunque mucho del Evangelismo del presente tiempo está centrado en el hombre más que en Dios, la presente edad es, innegablemente, la edad de las misiones. Por el motivo que sea, durante los siglos XIX y XX todas las ramas cristianas han sido más activas que nunca en la evangelización mundial. Finalmente la Iglesia parece haberse dado cuenta de la tarea que Dios le dio, de proclamar el Evangelio universalmente.

Sin embargo, triste es decirlo: Aún hoy día no puede ser afirmado que la Iglesia haya comprendido el pleno significado del Universalismo cristiano. Basta citar unas pocas pruebas.

El Evangelismo entre los judíos ha sido olvidado. Los protestantes liberales creen que tratar de evangelizar a un judío es insultarle a él y a su religión. El Judaísmo y el Cristianismo son estimados como igualmente válidos, o algo así. En conferencias de líderes cristianos y judíos, ambos han sido puestos a la par. Por el otro lado hay evangélicos que están convencidos de que la obra misionera entre los judíos es inútil a causa de la maldición que ellos mismos atrajeron sobre sí al clamar: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos" (Mat. 27: 25). A veces se dice, los judíos ya tuvieron su oportunidad. Que este razonamiento contiene una parcela de verdad, no puede ser negado. Es cierto que, por lo general, Israel ha endurecido su corazón, según

declara S. Pablo: "Han caído en ceguera". Pero no puede ser olvidado que esto se refiere al pueblo de Israel, tan solamente en parte (Romanos 11: 25). Por la gracia del Espíritu Santo millares de judíos fueron convertidos al Cristianismo en Pentecostés. Cristo mismo aprehendió a un judío, ante las puertas de Damasco y le cambió, de perseguidor de la Iglesia en el más grande de los misioneros de su tiempo. La conversión de este judío resultó en innumerables conversiones por todo el mundo y a través de todos los siglos. No puede ser olvidado que el Señor mismo designó a Pablo como vaso escogido para llevar su nombre, no solamente a los gentiles, sino también "Al pueblo de Israel" (Hechos 9: 15). Es muy significativo que en sus labores misioneras Pablo trajo el Evangelio primeramente a los judíos (Romanos 1: 16). A su llegada a la Roma pagana, lo primero que buscó fue contacto con los judíos que vivían en aquella ciudad (Hechos 28: 17)

En muchos países, incluyendo los Estados Unidos de América, hay cristianos de raza blanca, o caucásica, que rechazan a los creyentes de otras razas, particularmente los negros, de la membresía de aquellas iglesias a las cuales pertenecen. Por supuesto, no quieren rehusar el Evangelio a las otras razas, ni niegan a estas su derecho de membresía en el cuerpo espiritual de Cristo; pero no permiten a los negros compartir con ellos los mismos cultos de adoración, ni celebrar con ellos la Cena del Señor, cuando sabemos que fue el propósito del Señor, mostrar por este acto, entre otras verdades, la unidad de los creyentes. Como dice San Pablo: "Siendo muchos, somos a la verdad un cuerpo, porque todos participamos de aquel un pan". (1.ª Corintios 10; 17). Esta actitud, aunque no constituye una negación del universalismo cristiano, demues-

tra, con todo, una tristísima falta de comprensión de sus consecuencias naturales e inevitables. Los que adoptan esta actitud deben recordar que para Cristo: "No hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo en todos" (Colosenses 3: 11).

Debemos mencionar aquí una fase muy olvidada del Evangelismo. Cuando se habla de Universalismo cristiano, se entiende, por lo general, que incluye todas las naciones y razas; pero el concepto no termina ahí. Se aplica también a las diversas esferas de la sociedad. Continúa siendo verdad por lo general en nuestros días que los discípulos de Cristo no son "muchos sabios según la carne"; ni muchos poderosos, ni muchos nobles... sino que Dios ha escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios, y lo flaco del mundo para confundir a lo fuerte, y lo vil del mundo y lo menospreciado, y lo que no es, para deshacer lo que es. A fin de que nadie se jacte en su presencia" (1.ª Corintios 1: 26-28). Por lo tanto, en Cristo no hay rico ni pobre, sabio ni ignorante, gobernante o súbdito.

De un modo general las iglesias acostumbran concentrar sus esfuerzos evangelísticos en favor de los pobres e ignorantes. Se predica en los barrios bajos de las ciudades a gente degradada, pero no fuera de la misericordia de Dios. Con seguridad estos necesitan el Evangelio. Pero lo cierto es que los presidentes de bancos, los jefes de empresas comerciales, los oficiales del gobierno, y los profesores de universidades, no lo necesitan menos. Cristo predicó el Evangelio a Nicodemo, un miembro del Sanhedrín, o Tribunal Supremo de los judíos. Salvó al altamente educado y culto Saulo de Tarso. Felipe predicó a un hombre que estaba sobre los

tesoros de la reina de Etiopía. En el relato de Lucas acerca de los viajes de Pablo, el primer convertido fue Sergio Paulo, gobernador de Chipre. (Hechos 13: 4-12). Como resultado de las labores de Pablo en favor del Evangelio, algunos miembros de la misma corte del César vinieron a ser unidos con los domésticos de la fe. (Filipenses 4: 22). Los hombres de alta posición necesitan exactamente el mismo Evangelio que los de baja posición. Es el Evangelio del pobre pecador y el rico Salvador. Todos necesitan igualmente ser salvos del mismo modo que lo fue el malhechor clavado a la diestra del Salvador en el Calvario; abandonándose a si mismos, como pobres pecadores, merecedores de la maldición divina, al Salvador que fue crucificado por todos.

7

DIOS Y LA URGENCIA DEL EVANGELISMO

Diecinueve siglos han pasado desde que Cristo comisionó a sus seguidores para que hicieran discípulos en todas las naciones y les habilitó con el don del Espíritu Santo para la realización de esta santa tarea. Sin embargo, según el Almanaque Mundial, los cristianos de todo el mundo, en el año del Señor 1960, han alcanzado la cifra de 869,923.820, mientras que los adherentes de otras religiones o de ninguna alcanzan la cifra 1.923,128.180. Estas cifras, juntamente con el hecho innegable de que muchos de los que son contados como cristianos lo son solamente de nombre, demuestran la extremada urgencia del Evangelismo. Sin embargo este capítulo presentará el tema bajo otro punto de vista: el teológico.

La heterodoxia VERSUS la urgencia del Evangelismo

Hay teologías, que, aunque diversos entre sí, hacen poco énfasis o incluso niegan la urgencia del

evangelismo. En una forma o en otra, la doctrina de una segunda prueba es sostenida por los que así piensan.

Según la opinión de los primeros Padres de la Iglesia tanto orientales como occidentales, y quizá para la mayoría de los teólogos modernos, el pasaje 1.ª Pedro 3: 18-20, enseña que entre su muerte y su resurrección, Cristo descendió a la residencia de los muertos, para predicar el Evangelio a los contemporáreos de Noe encarcelados que habían despreciado las advertencias de este hombre de Dios antes del Diluvio. San Agustín objetó a esta interpretación, y declaró que este pasaje significa que el Espíritu de Cristo predicó a los contemporáneos de Noe en los días que precedieron al Diluvio. Esta última interpretación prevaleció en los tiempos de la Reforma, y es sostenida hoy día por muchos, aunque no todos, los expositores reformados. Aún en el caso de sostener la primera interpretación no quedaría inválida la urgencia del Evangelismo hoy día, pues el descenso de Cristo al infierno para predicar a los contemporáneos de Noe, puede ser considerado como un ejemplo aislado de segunda prueba. La construcción del pasaje no ofrece prueba irrecusable de tal ejemplo, sin embargo esta interpretación daría lugar a otros casos posibles. Cualquier doctrina de un período de prueba después de la muerte, tiende a disminuir la importancia del Evangelismo antes de la muerte.

Durante toda la historia del Cristianismo ha habido quienes han argüido que no habiendo salvación fuera de Cristo es injusto de parte de Dios condenar a perdición eterna a los que nunca oyeron de Cristo durante su estancia en la tierra. De ahí se sacó la conclusión de que aquellos que mueren en ignorancia del Salvador deben tener alguna

oportunidad después de la muerte para recibir el la entera raza humana, habiendo pecado en Adán, Evangelio de salvación. Se olvidó la verdad de que merece el infierno; y no se tiene en cuenta, el hecho de que el castigo de cualquier pecado cometido por el hombre es la muerte eterna. Tampoco se tuvo en consideración la declaración de Jesús de que en el juicio, los que habrán cometido cosas dignas de muchos azotes con el conocimiento de la voluntad de Dios, serán castigados menos que los que pecaron en menor grado pero con conocimiento de la voluntad divina. (Lucas 12: 48). El resultado de apartarse de la Escritura trae siempre falta de interés para el Evangelismo.

Hay otras sectas que enseñan atrevidamente que los que no llegan a la salvación en esta vida, incluyendo aquellos que tuvieron la oportunidad de oir el Evangelio, tendrán otra "oportunidad de salvación" después de la muerte. Los "Testigos de Jehová" son de ello el más notable ejemplo. Si esto fuera verdad, habría mucha menos urgencia para creer en Cristo que si el que muere en incredulidad es irremediablemente perdido. Igualmente habría menos urgencia para los creyentes en cuanto al deber de llevar la oferta de salvación a los que no son salvos.

Debemos mencionar aquí también la negación que suele hacerse de un sufrimiento consciente de los incrédulos en el infierno eterno. Esta negación halla su expresión completa en la enseñanza de los "Testigos de Jehová" quienes declaran que los que no alcancen la salvación en la segunda prueba serán aniquilados. Los Adventistas del Séptimo Día con su doctrina de inmortalidad condicional llegan a una conclusión similar.

Además de estas sectas, prevalece ampliamente la opinión de que la descripción escritural del Infierno es completamente anticuada, y que los que así creen deberían haber nacido hace cuatrocientos años. En una palabra, que el tema produce más bien burla que aquel temblor que causaba en tiempos pasados. Pero el hecho es que el Cristo infalible nos haya declarado, en su infalible Palabra, que la ira de Dios está sobre aquellos que dejan de recibirle (Juan 3: 36), que en el día del juicio sentenciará a los injustos al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25: 41, 46); y que es aquel un lugar donde el gusano no muere y el fuego nunca se apaga (Marcos 9: 44, 46, 48) hace la predicación del Evangelio a los no salvos extremadamente urgente. En cambio la negación de estos hechos disminuye en gran manera la urgencia del mensaje. Si se nos objeta que tanto los Testigos de Jehová como los Adventistas del Séptimo Día muestran un excelente celo misionero, la respuesta es que ellos se preocupan más del proselitismo que de la evangelización. Su propaganda tiene por objeto, más que proclamar el Evangelio escritural de salvación, difundir sus peculiares aberraciones del Cristianismo histórico.

En la escena teológica de nuestros días, ha aparecido con gran fuerza el resurgimiento de un error que confundió al Cristianismo ya en los días de Orígenes y que desapareció cerca de la mitad de la tercera centuria, es la herejía de la salvación universal. Los universalistas, los unitarios, los cientistas cristianos son quienes la propugnan; casi todos los teólogos liberales de ciertas denominaciones la aceptan, y aún el neo-ortodoxo Karl Barth, considerado como el teólogo más influyente de nuestros días, la enseña; aunque no con perfecta consisten-

cia. Es difícil concebir una doctrina más enemiga del Evangelismo urgente. Si de alguna manera todos los hombres han de participar al fin de la bendición eterna del Cielo, no hay ninguna razón que nos obligue a traerles con premura el Evangelio de Salvación.

Hay, finalmente, otra herejía que no puede sino perjudicar seriamente la urgencia del Evangelismo. Muchos que se llaman cristianos están negando que el Cristianismo sea la única religión verdadera, que Jesucristo sea el único salvador, y que la salvación sea por gracia de Dios, con exclusión de mérito humano. Se dice, por el contrario, que el Cristianismo es una de las muchas religiones, la principal y la mejor quizá; pero una entre otras. Buda y Confucio son también salvadores, pues la salvación es por el carácter y la práctica de virtudes tales como la abnegación y el amor al prójimo. Es necesario decir que este punto de vista destruye la urgencia del Evangelismo. Aún más, no deja lugar al Evangelismo Cristiano.

La Ortodoxia y el Evangelismo urgente

Sin embargo hay una inconfundible nota de urgencia en el mandato de Jesús, "La mies es mucha, mas los obreros pocos, orad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies" (Lucas 10: 2).

Por toda la Biblia aparece esta nota de urgencia en las invitaciones del Evangelio. He aquí unos pocos ejemplos:

"Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quien sirvais, si a los dioses ajenos a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron en esta otra parte del río, o a los dioses de los Amorheos en cuya tierra habitáis; que yo y mi casa serviremos a Jehová" (Josué 24: 15).

"¿Hasta dónde claudicaréis entre dos pensamientos? Si el Señor es Dios seguidle, si Baal id en pos de él" (1.ª Reyes 18: 21).

"Si oyereis hoy su voz no endurezcais vuestros corazones como en la provocación, en la tentación en el desierto" (Salmo 95: 8).

"A todos los sedientos, venid a las aguas, y los que no tienen dinero, venid, comprad sin dinero y comed, venid, comprad sin dinero y sin precio vino es pan y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oidme y leche. ¿Por qué os gastáis el dinero en lo que no atentamente y comed del bien y se deleitará vuestra alma con grosura. Inclinad vuestro oído y venid a mi,? oid, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno las misericordias firmes de David". (Isaías 55: 1-3).

"Vivo yo dice el Señor que no quiero la muerte del pecador sino que se vuelva el implo de su camino y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos. ¿Por qué moriréis oh casa de Israel? (Ezequiel 33: 11).

"Venid a Mi todos los que estáis trabajados y cargados que Yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mi, que soy manso y huimlde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mateo 11: 28-30).

"Id a los caminos y vallados y forzadlos a entrar, para que se llene mi casa" (Lucas: 14; 23.

"Somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogara por medio nuestro: Reconciliaos con Dios" (11 Corintios 6: 20).

"En tiempo aceptable te he oído y en día de salud te he socorrido: He aquí el tiempo aceptable, he aquí el día de salvación" 2.ª Cor. 6: 2).

"Mirad que no rehuseis al que habla, pues si ellos no escaparon porque rehusaron al que hablaba sobre la tierra mucho menos escaparemos nosotros si rehusáramos al que habla desde los cielos" (Hebreos 12: 25).

La razón para la urgencia del Evangelismo radica en Dios. Porque él es quien es, el verdadero Dios, ruega a los pecadores que se reconcilien con El.

El Dios de la Biblia es el único Dios. El Dios viviente; todos los otros llamados dioses son ídolos mudos; por lo tanto corresponde a los hombres volverse a El de toda forma de idolatría y hacerlo de un modo rápido y concluyente.

Sólo el Dios de la Biblia puede salvar. La salvación pertenece al Trino Dios. Nadie puede venir a la fe del Hijo "si el Padre Celestial no lo trajere" (Juan 6: 44). El Hijo es "el Camino, la Verdad y la Vida, nadie viene al Padre sino por El" (Juan 14: 6). "Y nadie puede llamar a Jesús Señor sino por el Espíritu Santo" (1.ª Corintios 12: 3). Si esto es verdad, corresponde al pecador huir a causa de su impotencia a Dios para obtener salvación. Y debe hacerlo así sin demora alguna.

El Dios de la Biblia es a la vez justo y recto. "La rectitud y el juicio son el asiento de su trono". (Salmo 97: 2). El nunca se aparta en lo más mínimo del camino de la justicia perfecta. Si lo hiciera se negaría a si mismo, y ello es la única cosa que Dios no puede hacer. (2.ª Timoteo: 2, 13). Cuando Santiago dice: "Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? (Santiago 2: 14) sacar de ahí la conclusión de que la misericordia divina hace inoperante la divina justicia, es la peor exegesis. Esta referencia no significa nada de esto. Habiendo dicho

Santiago que el que no tiene misericordia de otro será juzgado de Dios sin misericordia, añade que, por el contrario, aquel que ha vivido una vida de misericordia cristiana puede acercarse al Trono del Juicio de Dios sin temor y aún con gozo. En una palabra, que no hay condenación para el que tiene una fe verdadera; ya que la fe obra por el amor (Gálatas, 5: 6).

Desde el pricipio la justicia de Dios declaró que el castigo del pecado sería la muerte (Génesis 2: 17). Que "la paga del pecado es muerte" (Romanos 6: 27), es una ley tan inalterable como Dios mismo. Y esta muerte significa alejamiento de Dios o sea separación eterna de El. Es con este Dios que se enfrenta el pecador. ¡Oh, cuán indispensable es que impulsado por esta certeza, corra al Calvario, como perseguido por una terrible tempestad, y arrodillándose, cual pecador merecedor del infierno al pie de la cruz, suplique ardientemente, apasionadamente, y acepte la reconciliación con Dios por la sangre redentora del que murió en el madero maldito.

El Dios de la Biblia es amor (1.ª Juan 4: 8-16). Si, amor infinito. Inferir de esto, como muchos hacen, que no puede condenar a ninguna criatura suya al eterno sufrimiento del infierno, no sólo es contradecir al Hijo de Dios, que es el amor encarnado, sino también ignorar la obvia verdad, que precisamente porque el amor de Dios es infinito los que rehusan aceptarlo merecen el peor infierno. Puesto que el amor de Dios es infinito, es un pecado de infinitas proporciones burlarse de El. Sin embargo esto hacen los que en su incredulidad rehusan al Hijo de Dios que es el don de su amor. Dios ha manifestado su amor infinito enviando a su Hijo unigénito al mundo a morir por los impíos (Ro-

manos 5: 6); y con amor infinito asegura a los pecadores, por todas partes, que El quiere que todos los hombres sean salvos (1.ª Timoteo 2: 4) y "que ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento" (2.ª Pedro 3: 9). Por lo tanto, rechazar semejante amor es incurrir en el castigo de eterno destierro de la presencia de Dios. Responder a El con fe y amor es hallar la Vida Eterna. Nada puede ser más urgente que hacer esta elección.

La vuelta de Cristo y la urgencia del Evangelismo

En respuesta a la pregunta de sus discípulos, acerca de cuales serían las señales de su venida y del fin del mundo, Jesús señaló: Los falsos profetas, guerras y rumores de guerras, hambres, pestilencias, terremotos, persecución de sus seguidores, iniquidad abundante, pero añadió, además de un modo particular que no vendría el fin hasta que el Evangelio del Reino hubiese sido predicado en todo el mundo para testimonio a todas las naciones (Mateo 24: 13-14). Esta última afirmación no es de extrañar: Dios tiene sus elegidos en todas las naciones, y todos los elegidos deben ser reunidos antes del día del juicio. En aquel día ninguna nación podrá argüir ignorancia del Evangelio.

El hecho de que Cristo no volverá hasta que el Evangelio haya sido predicado a todas las naciones, significa un fuerte llamamiento al Evangelismo.

Sin duda alguna, el día de la Segunda Venida de Cristo está plenamente determinado en los planes de Dios. Dios lo conoce, no sólo porque es omnisciente (Mateo 24-36), sino porque El mismo lo ha fijado en su Consejo de Predestinación. Pero, incluídos en este Consejo, están todos los sucesos

antecedentes, que son un pre-requisito a la vuelta de Cristo. El más importante de tales acontecimientos es la predicación del Evangelio a todas las naciones. El mismo decreto divino que determinó el Día de Cristo, ordena la evangelización mundial antes de este día.

Puede ser dicho sin titubeos que el Señor no puede volver a menos que el Evangelio sea traído primero a todas las naciones. Cuando la nave que Pablo viajaba a Italia fue cogida por una violenta tempestad, Dios le aseguró que ninguna vida se perdería. Y Pablo comunicó esta certeza a los marineros y soldados a bordo; sin embargo, poco después cuando los marineros intentaron escapar largándose con el bote salvavidas, Pablo dijo a los soldados: "Si estos no quedan en la nave vosotros no podréis ser salvos" (Hechos 27: 23-31). El punto clave de esta ilustración es que, aunque el Consejo de Dios es seguro El emplea a hombres responsables para su ejecución.

Podemos afirmar, por lo tanto, la conclusión de que el Evangelismo contribuye a la vuelta de Cristo. Es perfectamente justa la afirmación que por la predicación del Evangelio, la Iglesia hace una contribución indispensable a su Venida.

La Iglesia ora y anhela la pronta Venida de Cristo. A su anuncio: "He aquí yo vengo en breve", replica: "Ven Señor Jesús" (Apocalipsis 22: 20). Y evangelizando al mundo obra en favor de esta pronta vuelta.

¿Por qué la Iglesia anhela, ora y trabaja, para la pronta vuelta del Señor? ¿Es porque este suceso marcará la completa salvación de los santos; la liberación de sus cuerpos mortales del poder del pecado, o la recepción de cuerpos incorruptibles para

la gloria del Cielo? Sin duda. ¿Es por qué este suceso significará el triunfo final de la Iglesia sobre todos sus enemigos? Es incuestionable. La Segunda Venida significa, no solamente la vuelta al mundo de todos los redimidos, sino de Cristo mismo y del Reino de Dios.

Pero hay todavía otras consideraciones. Significará la perfección del cuerpo de Cristo, la Iglesia; y el juicio de los impíos. Indica que El juzgará y condenará justamente al mundo, que un día le juzgó injustamente a El y lo sentenció a muerte. Significará el reconocimiento universal de Cristo como Rey, y la glorificación de Dios por toda la creación, pues en el nombre de Jesús se doblará toda rodilla, de las cosas que están en el cielo y de las que están en la tierra, y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor en la gloria de Dios Padre (Filipenses: 2, 10-11) y cuando todas las cosas hayan sido sujetadas al Hijo, El también se sujetará a Aquel que le sujetó a El todas las cosas, para que Dios sea el todo en todos" (1.ª Corintios, 15-28).

Por tanto, lo que por encima de todo hace al Evangelismo cristiano en gran manera urgente, es porque contribuye a apresurar el día cuando Dios recibirá toda la gloria debida a su grande y santo nombre.

8

DIOS Y EL MOTIVO DEL EVANGELISMO

En el curso de su historia la Iglesia Cristiana ha actuado por varios motivos al extender el Evangelio. Muchos de ellos eran nobles, pero otros, tenemos que admitirlo, eran indignos. Por ejemplo: Hay razones para pensar que en los principios del colonianismo las misiones fueron empleadas algunas veces con el fin de ganar dominio sobre pueblos primitivos, y extraer riquezas de sus recursos naturales. Bajo la bandera de la nacion llamada cristiana, soldados y colonos acompañaban a los misioneros y algunas veces parecían tener más atención para la bandera de la Patria que por la bandera de la cruz. Aparte de la cuestión de si el colonianismo tiene que ser o no condenado como un mal inevitable, semejante uso del Evangelio para fines materiales y mundanos solamente puede ser juzgado como un insulto, tanto al Evangelio de Cristo como el Cristo del Evangelio.

Sin embargo el propósito de este estudio no es tanto condenar los motivos que en el curso de la Historia obraron en el esfuerzo evangelístico, como descubrir lo que declara la Escritura acerca de los motivos del Evangelismo.

El amor propio como motivo de Evangelismo

Como se ha señalado anteriormente, el amor propio no es un mal en sí, más bien es un bien. El hombre se ama a sí mismo porque lleva la imagen de Dios, quien se ama a sí mismo. Dios puso su aprobación al amor a uno mismo, (que no es amor propio en sentido de orgullo que suele darse a esta expresión en nuestra lengua) cuando ordenó al hombre amar al prójimo como a sí mismo (Mateo 19: 19). Y cuando amonestó a los esposos a amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos (Efesios: 5: 28). Sin embargo, el hombre caído convierte el amor a sí mismo, en amor propio en el sentido de egoísmo. Y el egoísmo, no sólo es pecado, sino que es la raiz de todos los pecados.

Los fariseos del tiempo de Jesús obraban movidos por un orgullo egoísta, y un legalismo hipócrita, cuando atravesaban tierra y mar para hacer un prosélito y después lo hacían doblemente digno del infierno (Mateo, 23: 15). A los judaizantes de la Iglesia apostólica Pablo los juzgó de la siguiente manera: "Todos los que quieran agradar a la carne os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo. Porque ni aún los mismos que se circuncidan guardan la ley, pero quieren que vosotros os circuncidéis para gloriarse en vuestra carne" (Gálatas 6: 12-13).

En vez de buscar el bien espiritual de los gentiles convertidos, los judaizantes miraban su propio

bien y gloria. Insistían en la circuncisión de aquellos convertidos a fin de que pudieran escapar al oprobio de la cruz de parte de sus compatriotas judíos; obtener alabanza de estos por su fidelidad a los actos externos de su religión.

Nosotros también necesitamos hoy día ponernos en guardia contra los motivos egoístas del Evangelismo. El ministro que quisiera ser misionero a un pueblo atrasado a fin de escapar a la tarea difícil de educar a un auditorio de personas educadas en su patria, es culpable de egoísmo. También lo es el hombre o mujer que pretende traer el Evangelio a un país lejano a causa de la aureola de estimación sentimental que rodea a los misioneros extranjeros. Asimismo aquel, o aquella, que turbado por un complejo de inferioridad en la América civilizada, aspira a un sentimiento de superioridad sobre los africanos incivilizados. Igualmente el misionero que se deleita en la aventura por encima, o al par, que con la evangelización Y aún la persona que se entrega al Evangelismo a fin de hacer gala de su piedad personal.

Por el otro lado, hay un amor propio legítimo y loable que puede tener parte en los motivos del Evangelismo. Si uno siente una compulsión interna a evangelizar, un anhelo que le lleva a no tener reposo hasta que se entrega a esta tarea, puede con buena conciencia dar su vida a las tareas del Evangelismo. Pablo no era ajeno a esta conclusión cuando dijo: "Aunque predico el evangelio no tengo de qué gloriarme, porque me es impuesta necesidad y ¡ay de mí si no anunciara el Evangelio! Por lo cual si lo hago de buena voluntad recompensa tendré; pero si de mala voluntad la comisión me ha sido encomendada. (2.ª Corintios: 9; 16-17).

No puede inferirse de aquí que Pablo predicaba el Evangelio de mala gana. Lo hacía gozosamente y con amante devoción. Repetidamente se llamaba a si mismo "esclavo de Jesucristo" (Romanos 1; 1) pero era el más ardiente deseo de su corazón ser esto precisamente. Por tal razón podemos añadir que si uno tiene el deseo de traer el Evangelio a los que no son salvos; un deseo no débil sino compulsorio; no efímero sino persistente, a pesar de los obstáculos que puedan parecer insuperables; y si lo hace como un sentimiento irreprimible de su propia indignidad e insuficiencia, para tan gloriosa tarea, es perfectamente propio que en interés de su propia satisfacción o felicidad, se entregue a la realización de tal deseo.

Sin embargo, tiene que hacerse una advertencia de la mayor importancia en este punto. Aquel que se entrega a este impulso no debe hacerlo solamente para su propia satisfacción. Esto no es siempre el único motivo, pero puede ser en algunos casos el motivo de más peso, y no debe ser así. El misionero debe entregarse a la obra de Evangelización, principalmente para traer el Evangelio a otras almas, y sobre todo por amor a Dios, el autor de este impulso y deseo. Porque somos de Dios debemos ser para él citando una frase de aquel devoto estudiante del Nuevo Testamento que se llamó Juan Albreche Bengel: "El que ama a Dios se amará a si mismo en el grado conveniente, sin egoísmo", diremos que, no sólo tu amor a Dios te guardará del pecado del egoísmo; sino también que este amor a ti mismo fluirá de tu amor a Dios.

El amor al prójimo como motivo del Evangelismo

Cuando se le preguntó cual era el más grande mandamiento de la Ley, dijo Jesús: "Amarás al Se-

ñor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento; este es el primer y grande mandamiento" —y a renglón seguido añadió:— "Y el segundo es semejante a este, amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo 22: 27-39). Difícilmente habría podido remarcar la necesidad del amor al prójimo de un modo más eficaz que igualándolo a la demanda de amor a Dios que la ley divina requiere al hombre.

En la parábola del buen samaritano (Lucas 10: 29-30), Jesús enseñó que todos los hombres son nuestros prójimos, incluidos los que parecen más lejanos de nosotros, no sólo geográficamente, sino cultural y religiosamente.

De ahí sigue de un modo inevitable que el cristiano al traer el Evangelio a los no salvos, debe ser impulsado por el amor a ellos. Este motivo no sólo es deseable sino altamente necesario. Pablo dio una expresión casi increíble al amor por el cual actuaba en la predicación del Evangelio a los judíos de sus días y cuando declaró con un solemne juramento: "En verdad digo en Cristo, no miento y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, de que tengo gran tristeza y dolor en mi corazón. De que deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne" (Romanos 9: 1-3).

Aquí tenemos que hacer una notable distinción: La Biblia habla de dos clases de amor al prójimo: Por un lado reconoce que el hombre no regenerado es capaz de amar a sus semejantes, y a menudo lo hace. Jesús dice: "Si amareis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? lo mismo hacen los pecadores; pues también los pecadores aman a aquellos que les aman" (Lucas 6: 32). Pero a sus discí-

pulos les amonestó diciendo: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen" "Lucas 6: 27). El primer amor es limitado a los amigos, el segundo se extiende a los enemigos. El primero es producto de la gracia común de Dios, el segundo es producto de la gracia salvadora. El primero existe en aquel que está vacío del amor de Dios y aún en aquel que aborrece a Dios; el segundo brota del amor a Dios. Es esta clase de amor al prójimo que Dios requiere en su ley. Las dos tablas de la ley: la primera que requería amor a Dios y la segunda que ordenaba amor al prójimo, son inseparables. La segunda está basada en la primera. Tenemos que amar a nuestros prójimos porque amamos a Dios; sólo cuando hacemos esto les amamos como Dios quiere. El preámbulo del Decálogo: "Yo soy el Señor tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de esclavitud" (Exodo 20: 2) es una introducción a la segunda tabla de la Ley, así como a la primera. Por gratitud a Dios, autor de nuestra salvación, tenemos que amar, tanto a Dios como a nuestros prójimos. La ley de Dios nos dice que amemos a Dios porque se lo merece, y asimismo que amemos a nuestros semejantes, porque Dios se lo merece.

No es difícil, por tanto, decir qué clase de amor al prójimo debe impulsar a aquel que trae el Evangelio a los perdidos. Si fuera tan sólo aquel amor que es producto de la gracia común, sería insuficiente; pues tal amor busca el bien material y temporal de los hombres y raramente su bienestar eterno. Aquel amor que se limita a los amigos es inadecuado en semejante tarea, pues el portador del Evangelio debe amar aún a los que le persiguen y orar por ellos, como el Señor Jesús, que rogó por los que le clavaban en la cruz: "Padre perdónales

porque no saben lo que hacen" (Lucas 23-34) y como Esteban cuando intercedió por los que le estaban apedreando diciendo "Señor no les imputes este pecado" (Hechos 7: 60). Evidentemente aquella clase de amor que puede estar divorciado del amor a Dios, o que coexiste con el odio a Dios, no puede ser la clase de amor que motiva la proclamación del Evangelio de su gracia. Sólo los que han sido nacidos del Espíritu de Dios, y por, lo tanto, aman a sus prójimos porque Dios les ama, y aún a sus enemigos porque Dios ama y "bendice aún a los que le maldicen", manifiestan ser hijos del Padre celestial (Mateo 5: 44-45) y poseer el motivo propio para ofrecer el Evangelio de Cristo a los hombres perdidos.

El amor de Dios como motivo del Evangelismo

La suma de lo dicho acerca del amor propio, y del amor al prójimo, como motivos del Evangelismo, es que son motivos adecuados solamente cuando parten del amor a Dios. El último motivo del Evangelismo debe ser, por tanto, el amor a Dios. Este motivo del Evangelismo abarca y excede a todos los otros motivos, por dignos que sean. Recordemos aquí que el amor humano, incluyendo el amor de los cristianos, depende por lo general de algo amable por parte del objeto que es amado. A menudo se hace difícil, aún para los cristianos, amar a sus prójimos. Algunos hombres son tan depravados que casi es imposible amarles. Con frecuencia el cristiano fervoroso halla aún difícil amarse a sí mismo a causa de sus pecados y debilidades y a causa de ellos se aborrece a veces a sí mismo; pero no hay tal dificultad en cuanto al amor a Dios en Cristo. El es la "Rosa de Saron" y el "Lirio de los Valles" (Cantares 2: 1) "El escogido entre diez mil" (Can-

tares 5: 10) y "todo el codiciable" (Cantares 5: 16). El creyente sabe que Dios mismo es amor en sí, pues "Dios es Amor" (1.ª Juan, 4: 8-16).

En la negación, Pedro había traicionado su apos- resucitado quiso restaurarle a su exaltado oficio. tolado; pero en su gracia sobreabundante, el Señor Antes de esto Pedro tuvo que hacer una confesión de amor. Por tres veces afirmó en el palacio del Sumo Pontífice que no conocía al Nazareno; violentamente había jurado que no le amaba. Ahora, en el mar de Tiberías, le fue presentada por tres veces la pregunta: "Simón, hijo de Jonás ¿me amas?" Era una pregunta humillante. Ya no era Pedro, o sea la roca; el apóstol, tuvo que soporttar que Jesús le llamara por el simple nombre de "Simón hijo de Jonás", y ello le hirió en lo más hondo de su alma. Su amor al Salvador fue puesto a prueba, y con razón. Fue necesario que sus respuestas borraran su anterior negación. La primera pregunta fue: "¿Me amas más que estos?" Sin duda ello era una referencia a la jactancia de Pedro, "aunque todos sean ofendidos en tí. yo no lo seré" (Marcos: 14-29). En su respuesta Pedro evitó la frase "más que estos" y sustituyó la palabra amor que había empleado el Señor por otra. Como dice el competente comentador F. L. Goded: "Pedro vino a decir en sustancia, "Señor, ¿tu inquieres si yo te amo en el sentido más alto y espiritual del término? Puedo decirte que te amo con un amor de adhesión personal. Jesús insistió en las preguntas, y en lo tercera, descendió a usar la palabra amor que Pedro había usado viniendo así a preguntarle: "Entonces ¿tu amor es solamente un amor emocional? Pedro, conociendo que por encima de todas las apariencias sentía un verdadero afecto por su Señor, apeló a la divina omnisciencia de este como prueba. El hecho

significativo para nosotros es que, tan sólo después que el Salvador, hubo recibido seguridad acerca del amor de Pedro, le encargó: "Apacienta mis ovejas"; "apacienta mis corderos", y "alimenta mis ovejas" (Juan 21: 15-17).

Este encargo estaba pues condicionado al amor de Pedro para Cristo. Y de ahí se infiere que todo aquel que quiera traer el Evangelio de Cristo a sus ovejas, en cualquier rebaño, y sobre todo a aquellos que nunca han sido traídos al redil, necesitan estar impulsados por un sincero amor a Cristo.

Hay otro pasaje de la Escritura que nos enseña la misma lección de un modo muy enfático, pero que a menudo es mal comprendido. Nos referimos a las palabras de Pablo en 2.ª Corintios 5: 14: "El amor de Cristo nos constriñe". El amor de Cristo a que se hace referencia en este pasaje, no es el amor de los discípulos de Cristo hacia El, sino el amor de Cristo a sus discípulos. Y constreñir, no significa impulsarles, sino por el contrario, limitarles, impedirles; como el próximo versículo indica claramente. El apóstol indica que el amor que Cristo les manifestó al morir por ellos, debería controlarles de tal manera que de aquí en adelante no vivieran para si mismos, sino para El. Los discípulos del Señor le aman porque El les amó primero (1.ª Juan 4: 19) y es su amor por El lo que les impide vivir para sí mismos, antes les impulsa a dedicar sus vidas a El.

Comentando este pasaje Calvino dijo acertadamente: "El conocimiento del amor inconmensurable de Cristo, del cual nos da evidencia con su muerte, debe constreñir nuestros afectos para que no vayan en otra dirección que la de amarle en justa correspondencia... Todo aquel que confiesa este maravilloso amor viene a ser, como si dijéramos,

atado a El y constreñido por el más firme lazo a entregarse enteramente a su servicio". Ningún aspecto de este servicio es más importante que la extensión de su Evangelio.

El amor para Dios y su Cristo garantiza en el creyente que ama a su Señor con un amor genuino y fervoroso, en distinción del amor legalista y externo, que significa simple obediencia al mandamiento divino de evangelizar a las naciones.

Este amor para Dios en Cristo, hará que el que trae el Evangelio persista frente a los más amargos desengaños. A veces, y en momentos de desánimo o decaimento espiritual, puede parecerle que la semilla del Evangelio ha caído tan solamente en el camino, o en pedregales, o entre espinas y que ningún fruto puede germinar en buena tierra Mateo 13: 3-8). Pero su lema continuará siendo: "Deo con duce". Con Dios, como Jefe nunca debemos desesperar. El amor a Dios inseparable como es de nuestra fe; nos guardará de caer en el pantano del desaliento.

El amor para Dios y su Cristo capacitará al cristiano para dar testimonio valientemente en frente de la persecución. Repetidamente ocurre esta afirmación en los Hechos de los Apóstoles (Hechos 4: 13; 29, 31). La Biblia nos enseña que los verdaderos discípulos de Cristo están expuestos a padecer persecución en manos del mundo. Jesús dijo: "Acordaos de la palabra que os he dicho; no es el siervo más que su Señor, si a Mí me han perseguido también a vosotros os perseguirán" (Juan 15;20). Pablo declaraba a los nuevos convertidos del Asia Menor: "Es necesario que por muchas tribulacio-

nes entréis en el Reino" (Hechos 14; 22). Las ocho bienaventuranzas de Jesús no son una descripción de ocho clases de cristianos, sino la declaración de ocho características de cada cristiano. la última de las cuales es. "Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la Justicia pues de los tales es el Reino de los cielos. Bienaventurados cuando os vituperaren y os persiguieren y dijeren todo mal de vosotros por mi causa mintiendo. Gozaos y alegraos porque vuestra merced es grande en los cielos, que así persiguieron a los profetas y fueron antes que vosotros" (Mateo 5: 10-12). Las palabras finales de esta bienaventuranza, nos informan que la persecución será para aquellos que profetizan o hablan en el nombre del Señor. Esto es lo que la historia nos declara, que los tales son los que han tenido que llevar el fragor del combate.

La misma verdad es expresada por Jesús cuando lamentándose sobre Jerusalem dice: "Jerusalem, Jerusalem que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti" (Mateo 23; 37). Y Santiago, hermano de Jesús alienta a sus lectores diciendo: "Hermanos míos, tomad a los profetas que hablaron en nombre del Señor, como ejemplos de aflicción y paciencia" (Santiago 5: 10). La persecución no es un incidente casual a los que hablan la Palabra del Señor, sino un elemento propio en la vida del profeta. Todo aquel que testifica de Cristo y su Evangelio es un profeta y si ama a Cristo como debe, la persecución no le impedirá de dar su testimonio; por el contrario, andará tras las pisadas de los apóstoles quienes, después de haber sido azotados por el Sanhedrin judío por haber hablado en

el nombre de Jesús, "salieron del Concilio gozosos, alegrándose de que fueran tenidos por dignos de sufrir por causa de Su nombre" (Hechos 5, 41). Uno de aquellos apóstoles era Pedro, El practicó lo que predicaba, y predicaba lo que practicó, pues más tarde escribía la exhortación: "Si alguno sufre como cristiano, no se avergüence, antes glorifique a Dios en esta parte" (1.ª Pedro 4: 16).

El amor a Dios y a su Cristo inducirá, aún más obligará, al hijo de Dios a entregarse de todo corazón a la difusión del Evangelio, porque sabe que su fin último es la gloria de Dios y de Cristo. Por medio del Evangelismo apresurará el día cuando toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor a la gloria de Dios Padre" (Filipenses 2; 11). Este es el principal motivo para aquel que ama a Dios.

9

DIOS Y EL PROPOSITO DEL EVANGELISMO

Para muchos la pregunta de cual es el propósito del Evangelismo, no ofrece ningún problema, piensan que es tan solamente uno, la salvación de las almas. Pero en realidad el asunto no es tan simple. La conversión de los pecadores es, en efecto, un propósito muy importante del Evangelismo, pero tiene otros propósitos adicionales: Su más alto y último fin no es el bienestar de los hombres, ni su eterna bendición, sino la gloria de Dios.

La salvación de las almas

El hombre es inmortal, tiene un destino eterno, pero este destino no es el mismo para todos. Algunos heredarán la vida eterna; otros, empero, sufrirán la muerte eterna. Algunos gozarán una eterna comunión con Dios; otros en cambio serán desterrados de su presencia para siempre.

Cuál será este destino para cada persona individual, depende en si creerá o no en aquel cuyo nombre es "sobre todo nombre debajo del cielo"

por el cual únicamente los hombres pueden ser salvos (Hechos 4: 12).

Siendo este el caso es asunto de suprema importancia que todos los hombres conozcan este nombre; y conseguir esto es la tarea del evangelismo.

¡Bien puede el evangelista sentir pasión por las almas! De hecho, es extraño más allá de toda comprensión, que haya quienes, profesando seriamente la doctrina de que sólo los que creen en Cristo serán salvos y los otros condenados a un infierno eterno, no tengan más celo para persuadir a los hombres a que se aparten del camino que lleva a la destrucción y anden en el camino del Cielo. Apenas puede uno admitir que tales personas crean realmente lo que dicen: que el destino final de los hombres es dicha eterna o perdición eterna.

Pablo tenía una gran pasión por las almas. Regido por el temor del Señor (2.ª Corintios 5: 11) trabajaba para persuadir a los hombres a que creyeran en Cristo. Lo procuraba, oraba por ello, rogaba a los hombres que fueran reconciliados con Dios (2.ª Corintios 5: 20). Iba tan lejos en sacrificio propio que pudo llegar a decir: "Por lo cual, siendo libre de todos me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío para ganar a los judíos, a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la Ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley como si yo estuviera sin ley, (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo) para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos (1.ª Corintios 9: 19-22). Mientras se hallaba empeñado en labores evangelísticas en la pagana ciudad de Efeso, el cuar-

tel general de la grande Diana, por tres años enteros, "no cesó de amonestar a cada uno de día y de noche con lágrimas" (Hechos 20: 31). Aunque parezca increíble deseó el mismo ser separado de Cristo, si con ello la nación judía, sus parientes según la carne, hubiesen podido ser llevados a Cristo (Romanos 9: 3).

¿Quién puede negar que el Señor Jesús tenía una gran pasión por las almas? En más de una ocasión, durante su ministerio público, dice el Evangelio que "fue movido a compasión" hacia las multitudes que le seguían, "porque eran como ovejas sin pastor" (Marcos 6: 34). Con ternura dijo: "Venid a Mi todos los que estáis trabajados y cargados que yo os haré descansar; tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mi que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga" (Mateo 11: 28-30). Con un corazón desbordante de piedad lloró diciendo: "Jerusalem, Jerusalem..., cuantas veces quise juntar tus hijos como la gallina junta sus pollos debajo de tus alas y no quisiste" (Mateo 23-37). Vino "a buscar y salvar lo que se había perdido" (Lucas 19: 10), como Zaqueo el publicano. Cuando los fariseos y escribas murmuraban porque recibía a los pecadores y comía con ellos, justificó su actitud contando las sencillas y afectuosas parábola de la oveja perdida, la dracma perdida y el hijo pródigo. Las tres coinciendo con la hermosa lección de que hay gozo en el cielo por la conversión de un solo pecador (Lucas 15). Se declaró a si mismo el buen Pastor que ama de tal modo a sus ovejas que está dispuesto a dar su vida por ellas (Juan 10: 11). Tan grande era la "anchura, altura y profundidad" (Efesios 3: 18-19) de su amor, que murió por los impíos (Romanos 5: 6). Esto significa,

que consintió en favor de ellos, no solamente la separación temporal de su cuerpo y su alma después de horribles sufrimientos, sino el ser desamparado de Dios, como lo son los pecadores que merecen el infierno. Si se nos consiente la figura retórica que se llama "anthropopatismo", (lo cual significa atribuir a Dios pasiones humanas) Dios tiene pasión por las almas. La llamada parábola del hijo pródigo, podría ser más acertadamente llamada la "parábola del padre amante". El padre, no el hijo es el primer protagonista. No son los devaneos del hijo, ni su arrepentimiento el tema de la historia; sinó el amor del padre para su hijo perverso. Aún después de la partida de su hijo a un país lejano, el corazón del padre suspira por él. Cuando el hijo penitente vuelve, el padre lo vio desde lejos; y tuviendo compasión de él corrió y echóse sobre su cuello y besóle". Le hizo poner el mejor vestido, y anillo en su mano, como evidencia de su recobrado carzácter filial, y zapatos en sus pies. Ordenó que fuera matado el becerro grueso y hubo gran fiesta y regocijo. El padre declaró jubilosamente: "Este mi hijo muerto era y ha revivido, habíase perdido y es hallado" (Lucas 15; 11-36). Tal es el amor de Dios para los pecadores, así lo asegura a los descarriados: "¿Tengo yo placer en la muerte del que muere y no en que vuelva de sus malos caminos y viva?" (Ezequiel 18-28). "Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que crea en El no se pierda (Juan 3; 16).

El crecimiento de la Iglesia de Cristo

Generalmente, la Iglesia no es muy apreciada hoy día. Las gentes de fuera lo mejor que piensan de ella es como una institución benéfica, aunque no

muy útil. Aún muchos evangélicos, miembros de la propia iglesia, la consideran una institución temporal e inferior, que ha de ser substituída por el Reino que Cristo vino a establecer en su primera Venida; pero como el pueblo judío le desechó como Rey a postpuesto hasta su Segunda Venida. Si la Iglesia no es estimada del modo debido, no se procurará su crecimiento con el afán necesario, en el trabajo del Evangelismo.

Esto no ser así, pues la Biblia pone mucho énfasis en que todos los que reciben a Cristo por la fe vienen a ser inmediatamente, por este acto, miembros de Su cuerpo, que es la Iglesia.

En la gran Comisión, Cristo mandó a sus seguidores, no sólo a hacer discípulos de todas las naciones, sino bautizarles (Mateo 18-19). Por lo tanto desde el origen de la Iglesia era costumbre en las iglesias apostólicas bautizar a los convertidos al Cristianismo. Aproximadamente 3.000 fueron convertidos el día de Pentecostés y todos fueron bautizados de una vez (Hechos 2: 41). Tan pronto como el Eunuco etíope confesó su fe en Cristo, sin perder tiempo, el Evangelista Felipe le bautizó en un estanque al lado del camino (Hechos 9: 36-38). Ananías de Damasco bautizó a Pablo de Tarso inmediatamente después de su conversión (Hechos 9; 18). Cuando Cornelio el centurión y los de su casa creyeron Pedro ordenó bautizarles (Hechos 10, 37-38). Pablo y Silas bautizaron al carcelero de Filipo y toda su casa, la misma noche de su conversión (Hechos 16: 33). Otros versículos podrían ser citados. El bautismo significa, entre otras bendiciones, la recepción en la Iglesia cristiana. Por lo cual Pablo decía a los creyentes de sus días, que todos ellos "habían sido bautizados en un cuerpo" (1.ª Corintios 12: 16). Sin duda alguna se refería al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

De una afirmación hecha por Pablo la Iglesia de Corinto se ha sacado la conclusión de que el bautismo y por tanto la membresía en la iglesia visible no es de gran importancia. El apóstol dijo: "No me envió Cristo a bautizar sinó a predicar el Evangelio" (1.ª Corintios 1: 17) pero la diferencia es manifiestamente errónea. Es inconcebible que Pablo tratara con esto de borrar de un plumazo el mandato enfático de Cristo de bautizar a los que vienen a ser discípulos suyos. La idea es que, consciente de que el principal propósito de su misión apostólica era enseñar, Pablo solía dejar el acto del bautismo a sus ayudantes. Es digno de ser notado que también Pedro, en vez de bautizar él mismo a Cornelio y a sus familiares y amigos convertidos, hizo de que otras personas practicaran el rito. Significativamente se dice que *les mandó bautizar* (Hechos 10: 48). En vista de la multitud de convertidos en la edad apostólica había esta conveniente división de tareas. De todos modos permanece el hecho de que en la Iglesia primitiva los primeros convertidos eran invariablemente bautizados bajo confesión de fe, y recibidos por dicho acto en la comunión de los creyentes.

El pasaje de Hechos 2: 47 nos presenta aún una enseñanza más significativa: "El Señor añadía cada día a la Iglesia los que habían de ser salvos". El Señor del cual se habla aquí es el Señor Jesucristo, la cabeza de la Iglesia. Por su Espíritu producía diariamente la fe salvadora en los corazones de los pecadores. Pero no quedaba ahí todo. Los que eran salvados de este modo eran "añadidos a la Iglesia". El Jefe Supremo, cabeza de la Iglesia, no sólo requería de estas personas que se unieran a El de un modo espiritual, sino que eran juntados a la Iglesia visible. Claramente, Cristo mismo hacía crecer a su Iglesia por medio del Evangelismo. De ahí se sigue

que la Iglesia Católica Romana yerra al enseñar que la membresía en la Iglesia es requisito indispensable para la salvación. La verdad del caso es que la membresía de la Iglesia ha de ser la normal y necesaria consecuencia de la salvación. Pero también los evangelistas protestantes están en un serio error si menosprecian la membresía de la Iglesia invitando a los pecadores solamente a acercarse a Cristo y a hacerse miembros de algún grupo que no es propiamente una iglesia, y no practica los sacramentos como tal.

Lo más significativo del caso es que el crecimiento de la Iglesia promueve la gloria de Cristo, cabeza de la Iglesia, y su rey. Como señala el autor de los Proverbios "En la multitud del pueblo está el honor del rey" (Proverbios 14-28). El vidente de Patmos se refería principalmente a la gloria de Cristo y de Dios cuando, refiriéndose a la Gloria del Cristo triunfante escribió: "He aquí una gran multitud que nadie podía contar de todas las gentes linajes y pueblos que etaban delante del trono y del Cordero, vestidos con ropas blancas y palmas en sus manos; y clamaban en alta voz, Salvación a nuestro Dios que está sentado sobre el Trono y el Cordero" (Apocalipsis 7: 9-10).

La Venida del Reino de Cristo

Significativamente, el Evangelio que Jesús predicó, se llama el "Evangelio del Reino" (Mateo 4: 23). No es menos significativo el que cuando Pablo volvió de su tercer viaje misionero, despidiéndose de los ancianos de Efeso les recordó que había predicado entre ellos el "Reino de Dios", e identificó ete mensaje con "El Evangelio de la gracia de Dios" (Hechos 20 24-25).

El término "*Reino de Cristo*" ha venido a ser usa-

do en más de un sentido. Los teólogos distinguen entre el Reino de su Gracia y el Reinado de su poder. El primero es representado por la Iglesia. Cuando Pablo escribió a los creyentes de Colosas que dieran gracias al Padre dijo: "El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas trasladado al Reino de su amado hijo" (Colosenses 1: 13). *La confesión de Fe de Westminster* define la Iglesia de Cristo como "El Reino del Señor Jesucristo" (XV-II). El Reinado del poder de Cristo se extiende sobre todas las cosas del Universo: "Toda potestad" me es dada en el cielo y en la tierra" —dijo— (Mateo 28; 18). En este sentido es ampliada la respuesta 191 del Catecismo mayor de Westminster.

Además, los teólogos hablan a menudo del "Reino de la gloria de Cristo"; por lo cual quieren significar el último reconocimiento universal de Cristo como rey, el día cuando todos los reinos serán puestos por estrado de sus pies (1.ª Corintios 15-23). Comentando la segunda petición del Padrenuestro, el Catecismo abreviado de Westminster, dice: "Oramos que el Reino de la Gracia sea promovido, y que el Reino de la gloria sea apresurado". (Respuesta 102). Pues bien, el Evangelismo tiene que ver con los tres referidos aspectos del Reino de Cristo. Un propósito significativo del Evangelismo es la declaración del Reino de la Gracia, por la conversión de los pecadores y su adición a la Iglesia. Porque Cristo tiene toda autoridad en el cielo y en la tierra, ha comisionado, como soberano, a su Iglesia para que hagan discípulos en todas las naciones, enseñándoles que guarden sus mandamientos. Capacita a la Iglesia para cumplir esta tarea, y controla los hechos de sus mismos enemigos hasta la Venida de su Reino con poder. Por tanto, como Cristo no volverá hasta que el Evangelio del Reino haya sido predica-

do en todo el mundo para testimonio a todas las naciones (Mateo 24: 14), el Evangelismo apresura, pudiera decirse, el día de la promoción del reinado de Cristo en gloria.

Estos puntos han recibido consideración en este capítulo o en otros anteriores y volveremos sobre ellos otra vez. Lo que debemos enfatizar aquí es una parte muy olvidada del propósito del Evangelismo. El de persuadir a los hombres a que reconozcan a Cristo como Rey en todos los aspectos de la vida humana.

Nuestra edad es una época de secularismo. La vida se divide en dos compartimentos, cada uno de los cuales parece herméticamente cerrado al otro: Lo religioso y lo secular. Cada día la vida humana está más divorciada de Dios. La religión consiste, cuanto más, en asistir a la Iglesia, practicar el culto de familia y las devociones privadas; pero no se la relaciona con los negocios, la política y la vida diaria. Este pecado prevalece en las naciones llamadas cristianas. Una interpretación exagerada de la separación de la Iglesia y el Estado es una de las más grandes fallas políticas del pueblo americano. Al desterrar la religión de las escuelas públicas se destruye rápidamente la fibra espiritual y moral del pueblo americano. El dicho de que: negocio es negocio, significando que no hay que hacer intervenir la religión en los asuntos humanos, es un error que conduce a una prevaleciente corrupción de costumbres.

¿Qué es el secularismo sino la negación de la enseñanza escritural de que Cristo es la cabeza de todas las cosas?" (Efesios 1: 22) Lo que las naciones a su modo llamadas cristianas deben enseñar al mundo, es que Cristo es Rey tanto como Salvador, y que su reinado no se extiende solamente sobre la Iglesia, sino sobre la sociedad en todas sus ramifi-

caciones, como por ejemplo, la política tanto nacional como internacional; la industria y el trabajo; la ciencia y la educación; la literatura y el arte. Ello es inevitablemente explícito en el encargo de Cristo a su Iglesia: "Enseñadles a que guarden todas las cosas que yo os he enseñado" (Mateo 28: 20).

Mucho ha sido dicho y escrito acera del Totalitarismo. Dcs tipos de Totalitarismo han estado luchando por la supremacía, por un lado el Estado Totalitario. Este sistema tiene una descarada expresión en Rusia y China; pero se extiende de un modo más sutil en una especie de estadismo mundial en otras naciones. Que las Naciones Unidas se conviertan en un super Estado, es solamente imaginario. Por el otro lado está la Iglesia totalitaria, representada, no solamente por la Católica Romana, sino por el Movimiento Ecuménico de los protestantes Modernistas. Que el Concilio Mundial de Iglesias, gravemente contaminado por el liberalismo teológico, se desarrolle en una iglesia inter-denominacional e internacional, no es nada imposible, sino más bien probable. El Totalitarismo, ni aún en este aspecto religioso, es mejor pue el otro. Ambos son inmensos males, y ¡ay de la humanidad si ambos hicieran causa común! Esto es, precisamente, según Apocalipsis 13, lo que ocurrirá en los días del Anticristo. La raza humana, tanto política como religiosamente, con la excepción de unos pocos que están escritos en el Libro de la Vida del Cordero, caerá bajo este Régimen.

Pero al lado de estos vanos intentos totalitarios hay un verdadero Gobernante y Señor, que es "cabeza de la Iglesia" (Colosenses 1-18) así como "Rey de Reyes y Señor de señores" (Apoc. 17-14). El tiene autoridad sobre todos los hombres y sobre todas las naciones, así como sobre toda la vida entera de

ellas. Su nombre es: El Cristo de Dios.

El reconocimiento universal de su Reinado totalitario, es un propósito esencial del Evangelismo.

Que toda tribu y nación
Sobre la tierra entera,
Reconozca su majestad,
Y coronado sea.

No olvidemos, empero, que solamente aquellos que han recibido a Cristo como a su Salvador, pueden honrarle como Señor y Rey. Su reinado presupone su crucifixión. Su reino está fundado sobre el Calvario. También en este sentido puede ser aplicado el famoso lema: "Sin cruz no hay corona". Los que proclaman a Cristo como rey, pero niegan su obra redentora realizada por su cruento sacrificio, están dando palos de ciego. El Reino de Cristo, divorciado de su muerte expiatoria, es un castillo que existe sólo en la imaginación de ciertos hombres.

Por otro lado todo aquel que cree en Cristo como su Salvador, está obligado a honrarle como Rey. No puede hacer otra cosa. Se gloriará tanto en la cruz de Cristo como en su corona.

La gloria de Dios

Todo creyente que estudia la Escritura reconocerá que el último propósito de todas las cosas es la gloria de Dioos. Nada puede ser más claro que esto. "Por El, para El y en El son creadas todas las cosas, al cual sea gloria por los siglos amén" (Romanos 11; 35).

La salvación de las almas, el crecimiento de la Iglesia de Cristo y aún la venida de su Reino, por importantes que sean actualmente, representan tan sólo medios para un fin más alto; el más alto de todos: La gloria de Dios.

Varios pasajes de la Escritura enseñan esto, explícita y enfáticamente. He aquí algunos:

La oración intercesora de Cristo de Juan 17 tiene, evidentemente, una nota de Evangelismo; pues, refiriéndose a sus discípulos el Salvador dice: "Como tu me has enviado al mundo, así yo los he enviado al mundo" (Juan 17: 18) y con no menos evidencia se destaca la gloria de Dios que aparece en dicha oración, nada menos que ocho veces. Por ejemplo, Cristo dijo: "¡Padre a los que me has dada quiero que donde yo estoy ellos estén también conmigo para que vean la gloria que me has dado" (Juan 17: 24). También dice: "Yo te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me diste que hiciese" (Juan 17: 4). Es evidente que el Salvador miraba la salvación de los hombres como un medio, en el gran propósito de glorificar a Dios.

En la conclusión de su carta a la Iglesia de Roma, Pablo relacionó del modo más directo su predicación del Evangelio al mundo gentil, con la gloria de Dios. Escribió: "Y al que puede confirmaros según mi Evangelio y la predicación de Jesucristo, por la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por la Escritura de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe; al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre, Amén".

Hablando de la exaltación de Cristo, el mismo apóstol inspirado afirmó que el reconocimiento universal de su señorío será "la gloria de Dios el Padre" (Filipenses 2: 11). "Cuando todas las cosas le fueren sujeta, entonces también el Hijo se sujetará a Aquel que sujetó a El todas las cosas, para que Dios sea el todo en todos". (1.ª Corintios 15: 28).

10

DIOS Y SU AGENTE PARA EL EVANGELISMO

Sin disputa alguna, la Iglesia cristiana fue el agente nombrado por Dios para la evangelización del mundo. Sin embargo, cuando hacemos esta afirmación, tenemos que medir bien el término "Iglesia". En ese contexto hay dos referencias las cuales, aunque inseparables, deben ser convenientemente distinguidas la una de la otra. La Iglesia como organización, obrando por medio de sus oficiales especiales, y la Iglesia como un conjunto de creyentes, cada uno de los cuales tiene un oficio general o universal, ya que todos son agentes ordenados por Dios para el Evangelismo.

Las siguientes líneas son una declaración escritural acerca de ambas instituciones.

La Iglesia como una organización

No todas las iglesias tienen el mismo grado de organización. Algunas ordenan a sus oficiales, otras no siguen semejante práctica. No todas las iglesias

tienen oficiales reconocidos para los mismos oficios; sin embargo evidentemente cada iglesia tiene cierta medida de organización. La Sagrada Escritura requiere esto. Era costumbre invariable en los viajes misoneros de Pablo organizar grupos de creyentes como iglesias. Pablo y Bernabé ordenaron diáconos en todas las iglesias "(Hechos 14: 25).

La biblia enseña claramente que el Evangelismo es tarea de la Iglesia organizada.

Los apóstoles, a quien la cabeza de la Iglesia dio el mandato misionero fueron el fundamento de la Iglesia organizada del Nuevo Pacto. Cuando Pedro, hablando en nombre de los doce, confesó que Jesús era el Cristo, Hijo del Dios viviente", el Señós le dice: "Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mateo 16: 18). La piedra a que se refería no era ni Pedro como individuo, ni era su confesión, sino la propia confesión de Pedro, como representante de los apóstoles. Y la "Iglesia" aquí mencionada, es una organización como se demuestra por el hecho de que el Señor asignara a los apóstoles las llaves del Reino de los cielos (Mateo 16; 19) autorizándoles así para establecer las condiciones de membresía en su Iglesia. Es evidente que, tanto históricamente como doctrinalmente, los apóstoles fueron el fundamento de la Iglesia en embrión. De ahí se sigue que, cuando Cristo encargó a sus apóstoles que hicieran discípulos *en todas las naciones*, dio este mandato a ellos y a la Iglesia organizada de tiempos sucesivos.

Pentecostés no es propiamente el origen de la Iglesia Cristiana. La Iglesia empezó a existir en el jardín del Edén; sin embargo grandes cambios tuvieron lugar en la Iglesia cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre ella. Uno de estos cambios fue, como se ha dicho, la transición del nacionalismo al

universalismo. Otro cambio íntimamente relacionado con el anterior fue: la separación de la Iglesia y el Estado. En la antigua dispensación la Iglesia y el Estado, aunque no estuvieran íntimamente identificados, eran aliados íntimos. Israel era una teocracia, podríamos decir un Estado-Iglesia, pero cuando la Iglesia vino a ser universal tenía que ser separada del Estado judío, y esto es lo que ocurrió. Por tal motivo desde Pentecostés la Iglesia tuvo que ser una organización distinta. Por esto no es equivocado decir que aunque Pentecostés no marque el nacimiento de la Iglesia cristiana como tal, marca el nacimiento de la organización Novotestamentaria de la Iglesia. Es la Iglesia en este sentido que, capacitada por el Espíritu Santo, testificaría de Cristo en Jerusalem, en Samaria y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1: 8).

Había una iglesia organizada en Antioquía de Siria y a ella fue mandado por el Espíritu Santo: "Separadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la cual les he llamado", y la iglesia obedeció. Significativamente se dice que Bernabé y Saulo fueron enviados como misioneros por la Iglesia y el Espíritu Santo. Cuando hubieron ayunado y orado y puesto sus manos sobre ellos les enviaron. "Así que enviados por el Espíritu Santo partieron" (Hechos 13: 2-4). Esto significa que Saulo y Bernabé fueron ordenados, divinamente y eclesiásticamente, como misioneros.

La anterior evidencia es incontrovertible. Qué la Iglesia es un agente organizado señalado por Dios para el Evangelismo tiene que ser reconocido. De aquí que sus oficiales tienen que interesarse en el Evangelismo, ordenando misioneros y enviando obreros a los campos de labor. Sin embargo esto no significa que sólo sus oficiales tienen que ser

activos en el Evangelismo. Bajo sus auspicios, enviados y controlados por la Iglesia, todos sus miembros tienen, por lo general, el deber de traer el Evangelio a los que no son salvos.

Debemos decir algo aquí acerca del término escritural "Evangelismo". Esta palabra ocurre tres veces en el Nuevo Testamento. Felipe es llamado el "evangelista". En Efesios 4: 11 leemos: "Y él dio a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas; y a otros pastores y doctores". En 2.ª Timoteo 4: 5 Pablo advirtió a su hijo espiritual "Haz la obra de evangelista". A la luz de estos pasajes pueden sacarse ciertas conclusiones.

El evangelista, no era un cuarto oficio en la iglesia apostólica en adición a los tres oficios de: anciano-presidente, anciano-maestro y diácono. Esto parece llevarnos a una curiosa conclusión por paralelos. Cristo la cabeza de la Iglesia tiene los tres oficios de Rey, Profeta y Sacerdote, y los tres mencionados oficios le representan en este triple aspecto. Un cuarto oficio en la Iglesia, relacionado con los tres, es difícilmente imaginable. Esta conclusión es confirmada con el hecho de que Felipe el evanlista fuera también diácono (Hechos 6: 5). Y Timoteo el evangelista, era, sin duda, un anciano o pastor (1.ª Timoteo 4: 14) (1.ª Tesalonicenses 3: 2). Es evidente que tanto el uno como el otro tenían un segundo oficio en virtud de ser ante todo evangelistas.

Generalmente el nombre de evangelistas era dado algunas veces a hombres que servían como predicadores itinerantes, los cuales, habiendo predicado el Evangelio en un lugar partían inmediatamente a otro. Felipe fue llevado por el Espíritu a predicar a Samaria, y de allí al camino que va de Je-

rusalem a Gaza, así como a Azoto (Hechos 8: 5 y 26; 4). De este modo el evangelista, al partir de una localidad determinada, daba lugar al anciano, pastor o enseñador. Esta debe ser la razón porque los enseñadores o pastores son nombrados inmediatamente después de los evangelistas; en Efesios 4: 11. El hecho es que la función de evangelista es puesta entre la función *temporal* de los apóstoles y profetas y la función *permanente* de los pastores y doctores.

A la pregunta de si los evangelistas debían servir exclusivamente en la Iglesia Apostólica o también a la Iglesia que les sucedería en todas las edades, la repuesta no es difícil de encontrar. Los evangelistas del tiempo apostólico ejercieron autoridad extraordinaria, muy semejante a la de los mismos apóstoles. Podían nombrar autoritariamente ancianos (Tito 1; 5) y ejercer la disciplina como individuos (Tito 3: 10). Evidentemente los evangelistas recibieron especial autoridad de los apóstoles con quienes estaban tan íntimamente asociados. Puede ser dichos que eran apóstoles delegados, y que su posición en la Iglesia como oficio, era solamente temporal. Si el término evangelista no puede ser empleado por tanto en la Iglesia hoy día, es otro asunto. Sacar esta conclusión nos llevaría un biblicismo insensato. Es verdad que al presente la Iglesia no tiene evangelistas en el sentido específico y especial que los tenía en la edad apostólica, pero esto no es ninguna razón para evitar el nombre. Por ejemplo: los predicadores ordenados que son enviados por una iglesia organizada a traer el Evangelio a los inconversos, pueden ser nombrados así. Tampoco puede negarse este título a obreros evangelísticos no ordenados; y en un sentido general

puede ser afirmado que cada creyente tiene el sagrado deber de ser un evangelista.

Pero este asunto es de poca importancia al lado de otro que tiene que ser considerado.

Desde la Reforma del Siglo XVI el Protestantismo ha enseñado que hay tres señales que distinguen la Iglesia de la falsa. Estas son: La sana predicación de la Palabra de Dios; la administración de los sacramentos según los preceptos de Cristo, y el fiel ejercicio de la disciplina eclesiástica. Pero a la luz de las demandas de la Palabra de Dios podemos decir que a estos tres principios tenemos que añadir un cuarto: La evangelización de los que no son salvos.

Este asunto merece seria consideración.

Puede preguntarse si hay alguna iglesia que descuide por completo el Evangelismo. Si así fuera, tal iglesia estaría negándose a si misma. Puede afirmarse que el Evangelismo no solamente corresponde a toda iglesia sana, sino que es su propia razón de ser. El Evangelismo es la esencia de la verdadera iglesia. Al hablar de un cuarto propósito deberíamos decir que no hay en realidad tal cuarto propósito, sino un perfeccionamiento de los tres anteriores. Una predicación sana es dar la palabra de Dios no adulterada, esto es, toda la Palabra. La Iglesia que falla completamente en la evangelización de los que no son salvos, no puede decirse que proclama todo el Consejo de Dios. El evangelismo es una parte y propósito de la sana predicación. La primera marca de la Iglesia es, por tanto, si puede o no hacer énfasis en esta verdad.

Otro asunto digno de consideración es que Pablo dijo al evangelista Timoteo: "Las cosas que tu has oído entre muchos testigos, esto manda tam-

bién a hombres que sean aptos para enseñar a otros" (2.ª Timoteo: 2; 2). Una deducción evidente de este pasaje es que la Iglesia debe proveer la educación de evangelistas, particularmente de los que tienen el propósito de consagrar su vida entera a la predicación del Evangelio a los perdidos. Muchas iglesias fallan en esto. Cada denominación tiene escuelas o seminarios para educar a pastores de iglesias establecidas, pero creemos que la principal atención debería ser dada a la preparación de evangelistas.

La Iglesia como un organismo

La Iglesia organizada es divinamente instituída: Dios mismo es su fundador. ¿No declaró el hijo de Dios "Sobre esta roca edificaré mi Iglesia? (Mateo: 16-18). Por esta razón los hombres deberían escrupulosamente evitar el privarla de sus prerrogativas. Entre estas no tiene prerrogativa más preciosa que la de evangelizar al mundo.

Y sin embargo, noo se sigue de ahí que todos los esfuerzos evangelísticos deben estar bajo la direccion y completo control de la Iglesia como un organismo. Como organizacinó obra por medio de sus oficiales, como un organismo obra por medio de sus miembros individuales.

Dios ha instituído oficios especiales en su iglesia. Pero la Escritura también enseña un oficio universal en el cual participan todos los creyentes. Cada creyente tiene el triple oficio de profeta, sacerdote y rey. Esta verdad está suscintamente declarada en 1.ª Pedro 2: 9: "Vosotros sois generación escogida, real sacerdocio, gente santa pueblo adquirido; para que anunciéis las virtudes de Aquel que os ha llamado de las tinieblas ao su luz admirable". La Igle-

sia es una realeza de sacerdotes y un sacerdocio de reyes. Es el deber de todo sacerdote y rey en el sentido espiritual, proclamar las excelencias de su Salvador. Esta es su función de profeta.

La historia de Eldad y Meldad, contada en Números 11, es muy interesante. Moisés no podía llevar la carga de juzgar a los hijos de Israel cuando andaban por el desierto. Al mandato de Dios fueron elegidos 70 ancianos para ayudarle. A un tiempo dado estos fueron juntados en el Tabernáculo y el Espíritu de Dios vino sobre ellos y profetizaron. Eldad y Meldad, sin embargo, a pesar de que eran de los setenta quedaron en el campo, y con gran sorpresa, el Espíritu de Dios vino sobre ellos y profetizaron también. Un joven corrió y contó a Moisés esta aparente irregularidad. El celoso siervo de Moisés, Josué hijo de Nun, exclamó: "Señor mío, Moisés prohíbeselo". ¿Qué hizo Moisés? ¿Reprendió a Eldad y Meldad? No hizo nada de esto, en su lugar dijo: "Ojalá que todo el pueblo de Dios fueran profetas y que el Señor pusiera su Espíritu sobre todos ellos" (vers. 29). Este era un deseo profético. Siglos más tarde el profeta Joel, anunció el cumplimiento de tal deseo. Dios habló por medio de Joel diciendo: "Acontecerá, después de estas cosas, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos verán visiones, vuestros jóvenes soñarán sueños y también sobre los siervos y las criadas, en aquellos días, derramaré de mi Espíritu" (Joel 2: 28-29).

Esta profecía fue cumplida el día de Pentecostés, cuando no sólo los apóstoles, sino todos los miembros de la Iglesia de Jerusalem que se hallaban reunidos fueron llenos del Espíritu Santo y empeza-

chos modos diversos debe esparcir la Buena Nueva de salvación donde no es conocida.

Se ha tratado sin éxito de trazar una línea de demarcación entre la actividad evangelística de la Iglesia como una organización, y el Evangelismo llevado de un modo propio por la Iglesia como un organismo. Los más prominentes teólogos evangélicos han llegado a la conclusión de que no es necesario ni posible; y sin embargo debe estipularse por lo menos una regla. Ya que la *Iglesia organizada* es instituída por Dios debe entregarse al Evangelismo; y porque las asociaciones de cristianos voluntarios, aunque legítimos y bien intencionadas son de origen humano, *pueden* emprender el Evangelismo. Estas últimas tienen que estar alerta para no suplantar a la propia iglesia como agente de Evangelismo.

En estos días cuando, hablando de un modo general, la Iglesia organizada no es tenida en la estima que se merece, ni aún por sus propios miembros, esta advertencia no es en modo alguno superflua. Ocurre muchas veces que campañas misioneras y de evangelismo son llevadas a cabo por iglesias o sociedades, independientes del control eclesiástico. Esto no debiera ser de un modo ordinario. Se sabe, incluso, que tales asociaciones han enviado muchas veces evangelistas ordenados por ellas. Bajo normales condiciones estas prácticas deben ser juzgadas como fuera de orden. La ordenación y envío de obreros ordenados, es claramente una perrogativa de la Iglesia organizada.

El que algunas veces la condiciones de una iglesia vengan a ser tan anormales que justifiquen estos procedimientos, no es de discutir. Cuando la iglesia de Inglaterra olvidó la labor misionera, mu-

chos de sus miembros se juntaron para formar sociedades misioneras. Emprendieron lo que la Iglesia falló en llevar a cabo en sus días.

Cuando alrededor del siglo XIX la Iglesia establecida de Holanda sucumbió bajo el Liberalismo teológico, algunos de sus miembros fundaron una organización para llevar a cabo misiones ortodoxas, y esa organización se sintió constreñida a recurrir a la ordenación de individuos verdaderamente evangélicos.

Cuando durante el primer tercio del presente siglo la iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos cayó víctima del Modernismo, hombres y mujeres fieles fundaron el Comité Independiente de Misiones Presbiterianas Extranjeras. Estas son medidas radicales, justificadas sin embargo por ocasiones de emergencia, y por lo tanto, más que dignas de elogio, han sido a veces realmente heroicas. Sin embargo debe reconocerse que son excepciones a la regla. Antes de tomar tales pasos hay que hacer todo lo posible para persuadir a la Iglesia organizada a que realice su deber y lo realice bien. Y cuando existe una Iglesia organizada capaz de llevar a cabo una verdadera obra de evangelismo, tales medidas deben suprimirse.

Ambas, la Iglesia como una organización como la Iglesia en calidad de organismo, son agentes ordenados por Dios para la evangelización. No tienen que tropezar la una con la otra, pues son dos aspectos de la misma oobra del cuerpo de Cristo. Armoniosamente deben trabajar para apresurar el día cuando todas la naciones vendrán y adorarán al Señor y glorificarán su nombre (Salmo 86-9).

11

LA IGLESIA Y LA TACTICA DEL EVANGELISMO

A menudo se oye decir que los paganos están hambrientos y sediento del Evangelio. Esta afirmación está muy lejos de la realidad.

Con toda seguridad Dios puede conceder a un pagano la gracia de la regeneración para aceptar por fe el Evangelio tan pronto como este le llega. Si así ocurre, debemos alegrarnos. Nadie tiene el derecho de restringir la soberana gracia de Dios negando tal posibilidad. Es posible que haya casos en que Dios dé un gran deseo de salvación a alguien que todavía está ignorante del Evangelio.

Es también verdad que los paganos tienen sus conciencias. A menudo su conciencia les acusa de haber ofendido a la Deidad; y tienen deseos de reconciliación. Este deseo puede venir a ser tan fuerte que, como medio de apaciguar a la Divinidad harán grandes sacrificios. Por ejemplo, una madre india puede arrojar a su bebé a las aguas del sagrado Ganges. En tales casos puede existir un fuerte anhelo de salvación según su propia luz.

Sin embargo suele ser olvidado por los que ligeramente afirman que los paganos están hambrientos y sedientos del Evangelio, que tan sólo por la gracia del Espíritu Santo puede alguien nacer otra vez, o querer ser salvo en los términos de salvación puestos por Dios en el Evangelio. Todos los otros encuentran ofensivo el mensaje de salvación por gracia. Esto es lo que declara la Biblia cuando dice que "Cristo crucificado es a los judíos tropezadero y a los gentiles locura (1.ª Corintios 2: 23). Tan grande es la depravación de los hombres no regenerados, que aunque no hay nada que necesiten más que el Evangelio, no hay nada que deseen menos.

De ahí se sigue que al considerar la táctica del Evangelismo, debemos suponer que hay en el hombre natural algún bien espiritual que hace su corazón enteramente fértil a la semilla del Evangelio. Sólo cuando el Espíritu Santo le ha dado un corazón de carne en vez del corazón de piedra (Ezequiel 11, 19), la simiente caerá en buena tierra y traerá fruto (Mateo: 13: 8-23).

¿En qué sentido pues debemos hablar de la táctica del Evangelismo? Lo que sigue es una respuesta a esta pregunta.

La naturaleza religiosa del hombre

El homgre fue creado a la imagen y semejanza de Dios (Génesis 1: 26): esto le distingue de las otras criaturas terrenas. Es lo que le hace ser un hombre. Uno de los aspectos de la imagen divina del hombre es lo que los teólogos llaman "*sensus divinitatis*" o sea, sentido de la divinidad. El hombre es consciente de la existencia de un Ser Supremo. Ha sido dicho que el hombre es incurablemente religioso. La

religión no es empero una enfermedad sino que pudiera mucho mejor ser dicho que es *"constitucionalmente religioso"*.

Cuando el hombre cayó en pecado, la imagen de Dios sufrió un incalculable daño; sin embargo no fue totalmente borrada; quedan vestigios de la misma. El hombre caído es todavía un ser humano. Todos los dones que Dios otorgó el principio y que debía haber usado tan sólo para la gloria de Dios, los emplea ahora en oposición a Dios; pues en vez de amarle le aborrece (Romanos 1: 30). Esto es, resumidamente, el cuadro de la total depravación humana.

Uno de los aspectos más prominentes de la imagen divina que han quedado en el hombre es su "sensus divinitatis; pero con toda seguridad, también este don ha sido corrompido; pues leemos que "cambió la verdad de Dios por mentira y sirvió a la criatura antes que el Creador" (Romanos 1: 25). Sin embargo, todavía posee una naturaleza religiosa. Esto es verdad de todo ser humano, incluyendo al más presuntuoso ateo". Era una gran verdad lo que se decía durante la guerra mundial. "No hay ateos en las trincheras". Aquí viene a tono la historia del ateo que debía ser ejecutado por asesinato, quien, aunque había negado a Dios y a la inmortalidad, cuando se encontró frente al instrumento de muerte oró diciendo: ¡Oh Dios si hay un Dios, salva mi alma, si tengo un alma"! En el oscuro continente de Africa no ha sido hallada ni una sola tribu desprovista de religión. El mismo comunismo ateo es en si una religión; Es la adoración del Estado.

Aunque pervertida, la naturaleza religiosa del hombre puede servir como punto de contacto a quien trae el mensaje del Evangelio. El misionero

Pablo hizo uso de ello en la pagana Atenas cuando dijo en el Areópago: "Varones atenienses en todo os veo excesivamente religiosos, pues pasando y mirando vuestros altares hallé uno con la inscripción "Al Dios no conocido". A este a quien vosotros adoráis sin conocer, a este os anuncio yo (Hechos 17: 22). Debe notarse aqui que la versión revisada ha corregido la antigua del rey Jaime (1). El adjetivo griego *"deisidaimón"*, puede significar tanto muy religioso, como supersticioso; pero no es razonable creer que al abrir Pablo su boca habría empezado por acusar a sus oyentes de excesivamente supersticiosos, pues habría sido una completa falta de táctica y podemos decir, como algunos pretenden, que habló con cierta ambigüedad. Lo más razonable es que trató de decir a sus oyentes atenienses que había observado que eran *muy religiosos*.

Verdad en las religiones falsas

En los últimos decenios, se ha dado mucha atención a la religión como ciencia. La historia de las religiones trata de reunir y coordinar hechos históricos. La Religión Comparada, pone en contraste una religión con otra; y la psicología o filosofía de la Religión, trata de estudiar el origen de las religiones. Algunas veces estos aspectos de la ciencia religiosa se reúnen bajo el título de Historia de la Religión o de las religiones". La Historia de la religión busca respuesta a la pregunta de como se originó el sentimiento religioso; pero esto no puede ser determinado sobre una base histórica. La religión fue originada en tiempos prehistóricos, por lo

(1) El lector español hallará lo mismo en la versión revisada de 1960, que corrige la antigua expresión de Cipriano de Valera.

tanto los historiadores han sido obligados a adoptar explicaciones psicológicas con respecto al origen de la religión. Por ejemplo ha sido dicho que de la reverencia al jefe de la tribu o del temor a las fuerzas sobrehumanas de la Naturaleza, dedujo al hombre el concepto de un Ser Supremo. Evidentemente, esta es una falacia. El único camino por el cual el conocimiento religioso ha llegado a los hombres prehistóricos es por revelación de Dios. O tenemos que aceptar el relato bíblico del origen de la religión o conformarnos con nuestra absoluta ignorancia sobre tal origen.

Sobre este asunto existen dos tendencias divergentes y opuestas. Tenemos la tendencia naturalista y la revelacionista o sobrenatural. La primera enseña que el hombre primitivo, de su propia iniciativa llegó a un conocimiento rudimentario de Dios y que en el curso de la historia, por medio de la recepción humana y la experiencia, el concepto fue purificado y ennblecido. Se ha dicho, por ejemplo, que el Monoteismo es todo un desarrollo posterior. Por esto se atreven a afirmar que el libro del Deuteronomio que insiste de un modo enfático en que hay un solo Dios (Deuteronomio, 6: 4) no puede haber sido escrito por Moisés, sino centenares de años después. La gran mayoría de modernos escritores de Historia de la religión, toma esta actitud, con excepción del notable escritor católico Wilhelm Schmidt de la universidad de Viena, quien en su obra monumental "*Origen de la idea de Dios*" ha demostrado por medios históricos que la primitiva religión del hombre fue monoteista, y que la historia politeista de las religiones, muestra una degradación, en vez de evolución religiosa.

La enseñanza de la Escritura sobre este asunto no ofrece lugar a dudas. El primer hombre fue

creado a la imagen del Creador y poseyó un verdadero conocimiento de Dios, así como justicia y santidad (Col. 3: 10, Efesios, 4: 24). Sólo cuando cayó en pecado el conocimiento de Dios fue corrompido y esta situación fue restaurada después por la revelación sobrenatural.

Con esto no debemos llegar a la conclusión de que todas las religiones, excepto el Cristianismo, son totalmente falsas y no contienen ningún átomo de verdad. Lo cierto es que son *esencialmente* falsas, y el Cristianismo es la única religión verdadera; volveremos sobre este asunto en otro lugar de este libro; pero por el momento basta decir que todas las religiones son falsas porque señalan a falsos dioses y falsos caminos de salvación. Sin embargo debe afirmarse que todas las religiones del mundo *son corrupciones de la verdadera religión original*, y que hay una gran cantidad de elementos de verdad en tales religiones. Habría sido demasiado extraño que todo punto de verdad hubiese desaparecido enteramente de ellas. Sabemos, de hecho, que Dios no ha permitido que tal cosa ocurriese.

Así hallamos que todas las religiones tienen dos creencias en común: La fe en un ser sobrenatural y la creencia en la inmortalidad del alma humana. A esto debe añadirse también que tienen dos prácticas en común, la oración y las ofrendas. El Cristianismo también tiene estas creencias y prácticas y las posee en su más pura forma, mientras que todas las otras religiones las han groseramente corrompido. Como un ejemplo concreto diremos que ni aún el monoteísmo Judaico puede ser identificado con el monoteismo del Cristianismo, pues el monoteísmo judaico no da lugar a la doctrina de la Trinidad. Sin embargo en una forma u otra las

creencias verdaderas, antes mencionadas, son comunes a muchas religiones de la humanidad.

El relato bíblico nos da un interesante ejemplo de como Pablo usó un elemento de verdad contenido en la religión falsa de Atenas. El apóstol dijo a los aeropagitas: "Dios no está lejos de cada uno de nosotros porque en El vivimos y nos movemos y somos, como también algunos de vuestros poetas dijeron, porque linaje de este somos también". Pablo estaba citando aquí a Arato de Soli, en Sicilia, un poeta de la tercera centuria antes de Cristo y también casi verbalmente a Clenato de Ason, en Mysia, discípulo del filósofo Zenon. Después de haber expresado su acuerdo con estos poetas paganos, Pablo procedió a apartar a los atenienses de su idolatría diciendo: "Por lo tanto, siendo linaje de Dios, no debemos estimar a la divinidad ser semejante a oro o plata, como escultura de artificio o de imaginación de hombres (Hechos 17: 27-29). Es muy remarcable la táctica que empleó aquí el apóstol Pablo. Se comprende que su exegesis de la frase "siendo pues linaje de la Divinidad" sería bastante diferente de la de los propios Arato y Clenato, sin embargo él halló una verdad, aunque pervertida, en la religión pagana, y de ahí hizo su punto de partida para la proclamación del único y verdadero Dios.

La Gracia común de Dios

La Biblia enseña enfáticamente, que la bondad de Dios y aún su amor se extiende a todas las criaturas racionales. "El Señor es misericordioso y piadoso, lento para la ira y grande en misericordia". "Bueno es el Señor para con todos". Así canto el salmista (Salmo 145: 8 y 9). Refiriéndose a la com-

pasión de Dios hacia la perversa ciudad de Nínive, Jonás testificó: "Yo sé que tu eres un Dios piadoso y misericordioso, lento para la ira y grande en misericordia y que te arrepientes del mal (Jonás, 4: 2). El Señor Jesús mandó a sus discípulos: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos que hace que su sol salga sobre buenos y malos y llueva sobre justos e injustos (Mateo 5: 34-45).

Es digno de notar que el más grande de todos los misioneros cristianos usó la Gracia común de Dios como punto de partida en la proclamación de la gracia salvadora al pueblo de Misia y Derbe, diciendo: "Dios no se ha dejado a si mismo sin testimonio, dándonos lluvia del cielo y frutos de la tierra, llenándonos los corazones de gracia y alegría" (Hechos 14: 17). Las bendiciones de la naturaleza derramadas sobre todas las naciones son una evidencia de la gracia común de Dios. La moral que restringe el pecado en las vidas de los hombres, y las virtudes efectivas en hombres no regenerados, son pruebas adicionales de esta verdad: Que como hemos señalado anteriormente, existen todavía vestigios de la imagen divina en el hombre caído, y no todo rasgo de verdad ha desaparecido de las religiones étnicas, es debido a la bondad de Dios. Y que aún los pecadores no regenerados hacen cierta clase de bien (Lucas 6: 32-33), no puede ser explicado de otro modo. El respeto que los chinos tienen para con sus progenitores, aún cuando ha degenerado a un culto abominable a los antepasados, es una virtud que ofrece al misionero cristiano un punto de contacto ¿Qué misionero entre los judíos o los mahometanos no sacará ventaja del monoteísmo de estas reli-

giones, aún cuando sean una desnuda y estéril fe? El fatalismo Islámico, aunque muy lejano de la doctrina cristiana de la predestinación divina contiene bastante verdad para que pueda ser usada por aquellos que evangelizan a los mahometanos.

La revelación de Dios en la Naturaleza

Tanto el orden material, como el espiritual, son revelaciones divinas y tienen en común el que ambas presentan los atributos del Creador. Por esto no es extraño que haya entre ellas analogías dignas de comparación. Difícilmente podría ser de otro modo.

Debemos tener en cuenta que el orden natural ha sido trazado de acuerdo con el orden espiritual: no el espiritual según lo natural. El hecho de que toda la Naturaleza sea una revelación de Dios (Juan 4: 24) no deja lugar a otra posibilidad. Cuando Jesús habló de si mismo como la Vid verdadera (Juan 5: 21) quería enseñar que El es el arquetipo original y que las ramas deben parecerse a El. La razón porque la Escritura habla de Dios como Padre, no es porque él se parece a los padres humanos, sino porque los padres humanos se parecen remotamente a Dios. La paternidad divina es desde la eternidad, antes de que existiesen padres humanos Dios era Padre. El famoso libro de Enrique Drumond, en su libro "La ley natural en el mundo espiritual" podría ser titulado con más razón "La ley espiritual en el mundo natural".

En su enseñanza, el Señor Jesucristo hace mucho uso de las analogías que existen en el mundo natural con respecto al espiritual. Esto es lo que enseñó por medio de parábolas. ¿Qué es una parábola sino un relato natural con un significado espiritual?

Cada una de las parábolas de Jesús enseña su particular lección. Todas sus parábolas juntas convienen en la interesante lección de que la revelación natural y la espiritual son ambas de Dios y análogas entre sí.

En su evangelismo el Salvador, usó la Naturaleza como punto de contacto. Bajo la figura del nacimiento introdujo a Nicodemo el asunto de entrar en el Reino de Dios (Juan 3: 3-6). Cuando vio la mujer samaritana al lado del pozo con su cántaro, le pidió de beber, antes de recomendar a ella el agua de Vida de la cual el que bebe nunca vuelve a tener sed (Juan 4: 7-14). Después de ordenar al paralítico de Bethesda que se levantara, tomara su lecho y andara; capacitándole para obedecer este mandato, le buscó y le dijo: "He aquí tú has sido sanado, vete y no peques más para que no te acontezca alguna cosa peor". (Juan 5: 1-14). Al curar al paralítico demostró que tenía poder para perdonar pecados (Marcos 2: 1-12). Primero abrió los ojos físicos del ciego de nacimiento, para darle después la vista espiritual por la fe (Juan 9: 1-38). Todos sus milagros de curación eran símbolos que testimoniaban la curación espiritual; y al levantar a los muertos mostró que El tenía la prerrogativa divina de dar vida a los muertos en sus delitos y pecados.

La tarea del Evangelismo es espiritual. Nada debe apartarle del cumplimiento de esta misión; sin embargo es buena táctica acercarse a quienes quieren evangelizar mostrándoles la existencia de Dios por medio de las obras de la Naturaleza. Hacerlo así facilitará mucho la tarea. También tiene que interesarse en todo su bienestar material. Yerran los que piensan que el evangelista sólo tiene que pensar en la salvación de las almas, prescindiendo de la salvación de los cuerpos. El evangelis-

ta tiene que mostrar su interés por la salud, las cosechas, los oficios y el modo de vivir de aquellos a quienes trata de evangelizar. Sobre todo tiene que procurar hacerse amigo de sus hijos, pues no hay instinto humano más fuerte que el amor paterno y materno. ¿Puede alguien dudar de que cuando Jesús abrazó a los infantes y bendiciéndoles dijo: "Dejad a los niños venir a Mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el Reino de Dios (Marcos 10; 14) tenía en su mente el propósito de llevar a las madres también a su reino?

Adaptación misionera

Es necesario decir que el misionero tiene que adaptarse al pueblo al cual quiere evangelizar. Tiene que hacer todas las renuncias necesarias a tal objeto, excepto a sus principios morales y espirituales. El misionero Pablo practicó ambas reglas de un modo admirable.

Cuando el Evangelista Timoteo iba a acompañarle en un viaje por el Asia Menor, Pablo lo circuncidó, a causa de los judíos que había en aquellos contornos; pues todos sabían que su padre era griego". (Hechos 16; 3). Por el otro lado, cuando los judaizantes pidieron que el evangelista Tito fuera circuncidado, el mismo apóstol, "no se rindió a esta sugerencia, ni por una hora" (Gálatas 2; 3-5). No hay inconsistencia en él. En el primer caso no se sacrificaba ningún principio, ya que Timoteo era judío por parte de su madre y se hizo lo más práctico en el caso. En el otro ejemplo se trataba de ceder a la pretensión de que los gentiles debían seguir los dictados de la Ley; y la verdad de la salvación por gracia y la libertad cristiana, venían a ser comprometidas al ceder a tal pretensión.

Hay varias opiniones acerca del porque el misionero escogido por Cristo para los gentiles cambió su nombre hebreo de Saulo que significa *pedido*, por el de Pablo que significa en griego *pequeño*. Algunos piensan que el cambio de nombre tuvo lugar con motivo de su conversión y que era una expresión de humildad. Otros se inclinan a creer que el apóstol empezó a llamarse Pablo desde que convirtió a Sergio Paulo, gobernador de Cipro; ya que el historiador Lucas empieza a llamarle Pablo desde este momento. Pero lo más probable es que el cambio de nombre fue simplemente un caso de adaptación misionera. Puesto que había sido enviado a traer el Evangelio al mundo gentil pensó que era más prudente ir con un nombre griego que con uno hebreo.

Algunos piensan que Pablo traspasó los límites de una conveniente adaptación cuando habiendo vuelto a Jerusalem de su tercer viaje misionero, siguió el consejo de sus amigos de practicar un voto ceremonial a fin de probar a los creyentes judíos que no había roto con las tradiciones de su nación (Hechos 21; 20-25). Lo cierto es que el tomar este voto le trajo serios percances. Si erró o no en este asunto, es difícil de determinar. El autor prefiere dar al apóstol el beneficio de la duda.

La Iglesia apostólica se enfrentó con un problema que es todavía motivo de contención en muchos campos misioneros. ¿Qué es necesario hacer con los polígamos paganos cuando se convierten al Cristianismo? ¿Es indispensable el despido de todas las esposas excepto una, como condición para la membresía de la iglesia? El Nuevo Testamento responde a esta cuestión. En Tito 1; 6 y 1.ª Timoteo 3; 2, 12 se da la regla de que, tanto los ancianos como los diáconos deben ser "maridos de una mujer". Esto

no puede significar que tengan que ser casados. Si Pablo hubiese querido decir esto lo habría declarado llanamente, sin hablar de *una* esposa. Tampoco es presumible que el apóstol negara el privilegio de ser oficiales de la iglesia a los miembros que hubiesen contraído segundas nupcias, pues en otro lugar el apóstol enseñó: "La mujer casada está sujeta al marido por la ley, entretanto que el marido vive; pero si muriese, libre es de la ley del marido. Así que viviendo el marido se llamará adúltera si fuere de otro varón, mas si su marido muriere libre es de la ley; de tal manera que no será adúltera si fuere de otro marido" (Romanos 7; 2 y 3). Seguramente esto se aplica a los maridos igual que a las esposas.

Sin duda alguna, aunque el Nuevo Testamento no sanciona la poligamia, y ningún miembro de la Iglesia apostólica podría casarse con más de una mujer; sin embargo, por vía de concesión, un convertido que tuviera ya varias esposas era recibido en la membresía de la Iglesia. En tal caso no podía tal miembro aspirar, ni ser elegido, para ningún cargo en la Iglesia. Esta concesión pudo haber sido hecha porque el despido de todas las esposas excepto una podría acarrear peores males que los que resolviera, haciendo más daño moral que bien. No obstante esta concesión no era sino una medida excepcional, y no se sigue de ahí que la misma debe ser hecha hoy día en todo campo de misión en todos los casos. Mucho depende de las circunstancias precisas de cada caso.

Pablo ha dado expresión enfática a su buena voluntad de acomodarse a aquellos que quería ganar para Cristo hasta el punto de decir: "Por lo cual siendo libre para con todos me he hecho siervo con todos para ganar a más. Heme hecho a los judíos

como judío, por ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no sea sujeto a la ley), como sujeto a la ley, por ganar a los que están sujetos a la Ley; a los que son sin ley, como si yo fuese sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino en la ley de Cristo) por ganar a los que estaban sin ley. Me he hecho a los flacos, flaco, por ganar a los flacos; a todos me he hecho a todo, para que de todo punto salve a alguno" (1.ª Cor. 9; 19-22).

¿Y qué puede ser dicho de la inmaculada condescendecia del Salvador mismo? Aquí tales términos como, adaptación, o acomodamiento, deben ser rechazados por inadecuados. El que era santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos (Hechos 7; 26), recibía a los pecadores y comía con ellos (Lucas 15; 2). Aquel que como Hijo del Hombre recibió del anciano de días: "Dominio, gloria y Reino, para que le sirvieran todas las gentes, naciones y lenguas", y cuyo dominio es "desde el siglo y para siempre"; anduvo a pie de un lugar a otro, "para buscar y salvar lo que se había perdido" (Lucas 19; 10). Y procuró "no ser servido, sino servir" y aún "dar su vida en rescate por muchos" (Mateo 20; 28). Aquel que era Dios verdadero "no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sinó que se despojó a si mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y estando en la condición de hombre se humilló a si mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Filipenses 2; 7 y 8).

12

DIOS Y LOS MEDIOS DEL EVANGELISMO

La teología habla de los medios de gracia. Dios ha tenido a bien dar medios para traer a los pecadores a la fe y también los emplea para edificar a los santos en esta fe. En el primer caso los medios son la Palabra de Dios dada en la evangelización y en el último caso son la Palabra de Dios y los sacramentos divinamente instituídos.

La fe y la Palabra de Dios

Es de suprema importancia mantener que la Palabra de Dios es el único e indispensable medio por el cual el Espíritu Santo obra la fe en los corazones de los hombres. Aunque esto no significa que la Palabra obra siempre aisladamente, sino que obra por otros factores concebibles ningún otro factor puede sustituir a la Palabra de Dios. A lo más son sólo auxiliares y subsidiarios a la Palabra.

La clave de la gran Comisión es que los hombres de cada nación deben ser hechos discípulos de Cristo enseñándoles la Palabra de Dios.

No es necesario puntualizar en detalle que en la edad apostólica el Evangelismo era realizado mediante la enseñanza y la predicación de la Palabra. Esto era invariablemente en todos los casos. En un sentido general el Evangelismo es traer el Evangelio, y el Evangelio mismo es la Palabra de Dios. Romanos 10: 13-17 afirma el caso de un modo sumario. Después de declarar: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo", el escritor inspirado prosigue diciendo: "¿Cómo invocarán a Aquel a quién no han creído? ¿Y cómo creerán en Aquel de quién no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quién les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz; de los que denuncian las buenas Nuevas!... Así que la fe viene por el oir y el oir por la Palabra de Dios". La tarea del evangelista es traer a los hombres la Palabra de Dios. Es poner a los hombres en frente de la Palabra de Dios.

El conocimiento de la Palabra de Dios es un prerequisito de la fe salvadora. Más que esto; es un elemento constitutivo de la fe salvadora. El creyente acepta la verdad revelada en la Palabra de Dios y se confía a si mismo para la salvación al Hijo de Dios; pero evidentemente, no puede hacer ninguna de estas cosas sin conocer el contenido de la Escricritura. Yerran gravemente los que ponen un precio a la ignorancia, sugiriendo que, a cuanto menos conocimiento de la Biblia, más sencilla y fuerte sera la fe. La antítesis del conocimiento y la fe es falso. La fe no es jamás un salto en las tinieblas, ni un juego de azar. Todo aquel que se confía al Salvador, lo hace a causa de su conocimiento de este Salvador, obtenido por medio de la Escritura Sagrada.

A la pregunta de cuanto conocimiento debe exigir el evangelista de aquel que desea unirse a la iglesia por medio de la profesión de fe, la respuesta no es difícil: Debe saber que Jesucristo es el Hijo de Dios, el único salvador por su muerte substitutoria y Señor de todos. Asimismo aquel que tiene que ser bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ha de tener algún conocimiento del Dios Trino. Y estando el Credo apostólico basado en la doctrina de la Trinidad, debe esperarse que podrá suscribir las enseñanzas básicas de la religión cristiana contenidas en esta confesión ecuménica. En cuanto a su propia persona, debe saber que es un pecador que necesita salvación, que no puede salvarse a si mismo y que la salvación es por la gracia del Trino Dios. La entrega personal a esta gracia es la esencia de la fe salvadora.

Debe hacerse una distinción entre aceptar las proposiciones escriturales respecto a Cristo, y la entrega de uno mismo a la persona de Cristo. Esta distinción es esencial. Es de comprender que aquel que acepta tales proposiciones, como la de que Cristo nació de la virgen María, murió por los pecadores en la cruz del Calvario, y se levantó de los muertos; y sin embargo no se confía a si mismo para la salvación a la persona de Cristo, tiene tan sólo una fe especulativa o histórica, tal como la que Pablo atribuyó al rey Agripa cuando le preguntó "si creía a los profetas"... e inmediatamente respondió: "Yo sé que crees" (Hechos 18-27). Esto es un caso de ortodoxia muerta. Sin embargo, no pensemos por un momento que es posible creer en la persona de Cristo sin creer lo que la Biblia enseña acerca de El. El conocimiento o sea, la fe histórica en su persona, es necesaria para dar lugar a la fe salvadora.

Con no poca frecuencia los evangelistas, cuando piden a los pecadores que crean en Cristo, confunden la esencia de la fe con la seguridad de la fe. Esto es un grave error. Aún cuando una cierta medida de seguridad acompaña inmediatamente la fe salvadora, no es esto un hecho inherente a la fe. Se puede poseer la esencia de la fe salvadora sin gozar siempre de completa seguridad. Puede haber personas que no sean capaces de decir en todo momento: "Yo sé que mi Salvador vive" (Job 19-25) y "Yo sé en quién he creído" (2.ª Timoteo 1-12) y sin embargo ser sinceros creyentes. Por lo tanto, el evangelista no debe insistir en que el candidato al bautismo cristiano esté completamente seguro de que porque Cristo murió para salvarle está indefectiblemente en el camino de la vida eterna. No debe preguntarle más, ni pedir más, que lo que Pablo pidió al carcelero de Filipos "Cree en el Señor Jesucristo" (Hechos 16-31). El exigir una completa seguridad de fe, puede dar lugar a declaraciones forzadas, y no del todo sinceras. La mirada de fe al Cristo crucificado, como la de los israelitas mordidos por las serpientes venenosas, es fe salvadora (Juan 3: 14-5). Evidentemente Naaman el siro, tenía poca seguridad de fe, cuando entró en las aguas del Jordán, sin embargo haciéndolo así, probó que tenía algo de fe, o siquiera de esperanza en su curación, y esta fe, aunque débil y pequeña, fue suficiente para limpiarle de su lepra (2.ª Reyes 5, 14). Jesús equiparó la fe en El con el acudir a El, cuando dice: "El que a Mi viene nunca tendrá hambre y el que en Mi cree no tendrá sed jamás" (Juan 6: 36). El acudir para salvación al Cristo de la Palabra Santa, es en si mismo un acto de fe.

La Palabra de Dios y la conducta ejemplar

Nadie tiene el derecho de decir que Dios no puede usar su Palabra para la salvación de los pecadores, si aquel que trae la Palabra no es el mismo una persona salva. Dios es soberano y también en este punto su soberanía debe ser respetada. Dios puso una magnífica y hermosa profecía mesiánica en la boca del impío Balaam (Números 24: 17-19) y el impío Caifás testificó de la muerte vicaria de Cristo (Juan 11: 44-51). Y Judas Iscariote fue uno de los doce enviados por Jesús a predicar el Evangelio. Dios puede emplear para la salvación de las almas el Evangelio de verdad, predicado por boca de un infiel o un hipócrita.

Sin embargo, el que enseña la Palabra de Dios a otro y no es hacedor de la misma, no tiene derecho a esperar la bendición divina sobre su enseñanza, porque lo que hace contradice lo que enseña. Las gentes tienen en tal caso toda razón para decirle: "médico cúrate a ti mismo", o arrojarle en la cara el refrán "Habla tan fuerte que no puede oir él mismo lo que dice". En tales casos puede traerse a la memoria la irónica advertencia de Ofelia a su hermano Laertes en la obra "Hamlet" de Shakespeare:

"No hagas como algunos pastores desgraciados
Mostrando el sendero al cielo lleno de espinas;
Mientras tu como un impío libertino
Andas por un camino de rosas.
Sin vigilar tus propios pasos"

Por el contrario, la vida del evangelista piadoso confirmará su mensaje dando testimonio elocuentemente a la verdad del mismo (1).

Por otro lado, no es justo llegar a la conclusión de que una vida santa y ejemplar puede tomar el lugar del Evangelio y hacerlo superfluo. Esta posición es tomada a veces con abuso, citando la historia de Francisco de Asis. Se dice que este famoso santo invitó a un monje joven a acompañarle a cierto pueblo con el propósito de predicar el Evangelio. Al llegar al poblado hallaron mucha pobreza y enfermedad. El aliviar aquella miseria les tuvo ocupados todo el día. Por la noche le preguntó el joven monje cuándo y cómo habían predicado el Evangelio. Francisco le respondió: "Lo hemos estado predicando todo el día". Si Francisco trataba de equiparar los hechos de misericordia con la Pala-

(1) Podemos citar como ejemplo a los piadosos evangelistas Valdenses que iban de lugar en lugar con el Nuevo Testamento escrito a mano, exponiendo sus vidas, en aquellos terribles tiempos de persecución, para traer desde los valles de Italia el conocimiento del puro Evangelio de Cristo a los pobladores del sur de Europa, y eran reconocidos por sus enemigos en los propios documentos inquisitoriales como personas de conducta ejemplar, que honraban la fe que predicaban. Así de Arnaldo de Brescia, el famoso Bernardo de Claraval se veía obligado a reconocer: «*Yo quisiera que Arnaldo de Brescia tuviera una doctrina tan sana como austera en su vida. Y si queréis conocerlo sabed que es un hombre que ni es comedor ni bebedor, sólo, como el diablo, está hambriento y sediento de la sangre de las almas*». (Más acertado habría sido decir, de la salvación de las almas).

Y de todos los Valdenses en general, escribía irónicamente un poeta de la época:

Qui non voglia maudir ni jurar ni mentir
N'occir, ne avoutrar, ne pendre de autrui
Ne s'avengear deli suo enemi,
Loz dison que es Vaudes e los feson morir.

bra de Dios como medio de gracia, estaba equivocado.

Los que mantienen que un ejemplo de santidad puede sustituir el Evangelio, no están en el terreno bíblico. Cuando Jesús envió a sus doce apóstoles a las ovejas perdidas de la casa de Israel, les encargó predicar, diciendo: "El Reino de los cielos se ha acercado" además de recomendarles "Curad a los enfermos" (Mateo 10: 7-8). Ellos no tenían solamente que curar sino también predicar. Esta era su primera y primordial tarea y obedecieron, "yendo por todas las ciudades, predicando el Evangelio y sanando toda enfermedad" (Lucas 9: 6). Cualquiera que conoce la vida misionera de Pablo, sabe que él consideraba la predicación del Evangelio su objetivo principal, y la curación de enfermos como algo subsidiario.

En ciertos pasajes del Evangelio parece insinuarse que el mensaje de Dios puede ser substituído por una conducta ejemplar. El apóstol Pedro exhorta a las esposas a ser sujetas a sus maridos para que "aquellos que no obedecen a la Palabra puedan ser ganados *sin palabra* por la conducta honesta de sus esposas" (1.ª Pedro 3: 1-2). Sin embargo debe ser observado, en tal caso, que es inconcebible que el marido de una mujer creyente no tenga conocimiento ninguno de la Palabra de Dios. La expresión *sin palabra* en este caso se refiere, no a la Palabra Divina, sino a las muchas palabras de la esposa, tratando de enfatizar aquella Escritura santa que el marido ya conoce. La idea es, que el tal énfasis debe ser dado, no por medio de palabrería sino por una conducta santa.

El pasaje de 2.ª Corintios 3: 3 es citado también como un ejemplo de que la vida cristiana es un sustituto al evangelio cristiano. El versículo dice:

"Siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros; escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tables de piedra, sino en tablas de carne del corazón".

Este pasaje ha sido interpretado como si la vida de cada creyente fuera una versión escrita por el Espíritu Santo del Evangelio de Cristo. A la luz del contexto esta idea no existe. Pablo había sido calumniado en Corinto. Aún dentro de la iglesia ponían en duda su apostolado. Y con esta idea en mente pregunta: "Necesitamos nosotros... cartas de recomendación a vosotros" y responde el mismo a la pregunta "Vosotros sois nuestras cartas, escritas en vuestros corazones, conocidas y creídas por todos los hombres" (2.ª Corintios : 1-2). Ampliando el concepto de la epístola podríamos glosar este pasaje así: "Vosotros, creyentes corintios, en vuestra condición de cristianos sois manifiestamente una epístola que Cristo me ha hecho escribir; sois mis colaboradores en el Evangelio, por la operación del Espíritu Santo en vuestros corazones". Aquí se dice que los cristianos corintios eran su carta de recomendación. Haciéndoles cristianos, por la predicación de Pablo aplicada por el Espíritu Santo en sus corazones, Cristo había recomendado a Pablo como su apóstol.

Paralela con este pasaje está la declaración de Pablo, dirigida también a los creyentes de Corinto: "Mi apostolado sois vosotros en el Señor" (1.ª Corintios 9: 12). Pero identificar esta simbólica epístola de Cristo, con el Evangelio, está fuera de lugar.

Está claro que aún cuando el evangelista tiene el sagrado deber de confirmar su mensaje con una conducta cristiana ejemplar, la vida santa no es un sustituto al evangelio hablado.

La Palabra de Dios y la experiencia religiosa

La experiencia es la misma esencia del Cristianismo. El nuevo nacimiento sin el cual ninguno puede ver el Reino de Dios, es una experiencia raras veces inconsciente. La convicción de pecado, el arrepentimiento hacia a Dios y la fe en Cristo producen un crecimiento en santidad. La fe en Cristo y el crecimiento en santidad, son todas ellas experiencias conscientes, a la vez que tan necesarias como lo es la regeneración. Sin embargo la substitución de la experiencia religiosa, (ora del evangelista o del evangelizado) por el Evangelio es un error muy serio. En la segunda mitad del siglo XVIII Alemania había caído bajo el racionalismo. Aquellas enseñanzas escriturales que no estuvieran de acuerdo con la razón humana, tales como la doctrina del pecado original, la muerte substitutoria, y la justificación por la fe, fueron desterradas del púlpito. Doctrinas como de la Trinidad y las dos naturaleas de Cristo, se les consideraba puramente especulativas. Este racionalismo trajo, a principios del siglo XIX una reacción conciliatoria por parte de Federico Schleiermacher un profesor de la universidad de Berlín, la cual ha ejercido una poderosa influencia por toda la cristiandad.

Es triste decir que la reacción del racionalismo de Schleiermacher estuvo viciada por su falso concepto de la Escritura. El consideró la Biblia no como la revelación objetiva de Dios al hombre, sinó como un relato de experiencias subjetivas de santos prominentes, y por consecuencia arguyó que el contenido de la predicación debe ser derivado de la conciencia religiosa del predicador, para identificarse con la conciencia religiosa de la congregación nutrida por la lectura de la Escritura, espe-

cialmente del Nuevo Testamento. Según Schleiermacher la predicación no es la explicación y aplicación de la Escritura, sino el propósito de impartir experiencias y conciencia religiosa del propio predicador, y el propósito de tal predicación no es la doctrina, sino la vida cristiana. De este modo Schleiermacher estuvo de acuerdo con el racionalismo en que el contenido de la predicación ha de ser obtenido subjetivamente, pero difería del racionalismo en que su punto de partida no era escéptico sino religioso.

El famoso teólogo berlinés, es conocido como el padre del Liberalismo teológico actual. Debido a su influencia la predicación liberal de nuestro tiempo ha substituído la palabra objetiva de Dios por la experiencia subjetiva religiosa. Este es el punto de vista de los evangelistas modernistas, y desgraciadamente no todo el evangelismo fundamentalista está libre de este error. No necesita probarse que tal menosprecio de la Palabra de Dios en el Evangelismo, es antibíblico. Constituyen el grande desafío al mandato solemne de Pablo a su hijo espiritual y colaborador en la obra del Evengelismo: "Te encargo por lo tanto delante de Dios y del Señor Jesucristo que ha de juzgar a los vivos y a los muertos en su aparición y en su reino: predica la Palabra, insta a tiempo y fuera de tiempo, redarguye, exhorta, enseña con toda paciencia y doctrina (1.ª Tim. 4: 1-2). Y es una atrevida negación de aquella otra afirmación escritural: "La Palabra de Dios es viva y eficaz y más penetrante que una espada de dos filos que penetra hasta los corazones y llega a partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón". (Hebreos 4: 12).

Se mantiene con frecuencia el punto de vista de

que algunos hombres han sido a veces traídos al Reino más bien por una experiencia notable de su vida, *con poca o ninguna referencia* a la Palabra de Dios. Por ejemplo, se dice que algunas personas han sido convertidas por alguna enfermedad seria, por algún accidente que amenazó de muerte sus vidas, o por la muerte de algún hijo muy querido.

Aún cuando siempre tiene que sostenerse que el nuevo nacimiento es el requisito al ejercicio de la fe salvadora, no tiene que negarse que Dios puede usar tales experiencias a tal fin de preparar psicológicamente a los pecadores para la recepción del Evangelio. Pero tales experiencias no son otros medios de gracia, en lugar de la Palabra de Dios.

La enseñanza de Jesús sobre este punto es muy clara. En la parábola del rico Lázaro, este sufre los tormentos del infierno viendo a Abraham de lejos y a Lázaro en su seno. Cuando su petición de que Lázaro sea enviado para aliviar sus sufrimientos, le es negada, presenta un ruego final. "Yo te ruego padre que lo envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, a fin de que no tengan que venir a este lugar de tormento. La respuesta de Abraham es: "A Moisés y a los profetas tienen, oíganlos". El rico insiste: "No padre Abraham, pero si uno puede ir de los muertos se arrepentirán", a lo cual Abraham responde categóricamente: Si no oyen a Moisés y a los profetas tampoco creerán si alguno se levantase de los muertos (Lucas 16: 23-31). "Moisés y los profetas" significan aquí la Biblia de aquel tiempo. Es difícil imaginar una experiencia más sobrecogedora que la visita de alguien levantado de los muertos. Por tanto este pasaje significa que la experiencia más impresionante no salvará jamás a quien rehusa atender a la Palabra de Dios.

La Palabra de Dios y la oración

Se habla a veces de la oración como un medio de gracia. Así debe ser considerada, pero no como un medio de gracia equivalente a la Palabra de Dios. La Palabra de Dios y la oración, son medios de gracia en un sentido diferente. Dios imparte la gracia salvadora mediante su Palabra como instrumento y también imparte la gracia salvadora en respuesta a la oración.

Para entender la diferencia entre estos dos medios no serán superfluas las consideraciones que siguen.

El orar, por la conversión de un alma, ya sea en China o en la vecindad y no hacer nada en favor de tal persona para llevarla al conocimiento del Evangelio de Jesucristo, es una abominación.

Por otra parte, ser diligente en la salvación de los perdidos y no orar a Dios que bendiga esta siembra de su Palabra en tales corazones para salvación, es una insensatez, ya que sólo Dios, por el Espíritu Santo, puede traer por medio de su Palabra, a los pecadores al arrepentimiento.

13

DIOS Y EL MENSAJE DEL EVANGELISMO

El mensaje del Evangelismo es un tema tan amplio, que se necesitaría un extenso volumen para tratarlo con justicia. Este capítulo se limitará a la consideración de su carácter teocéntrico, y por supuesto la consideración de esta única fase no será todavía completa.

Digamos desde el principio que el Evangelio es Cristo-céntrico, del mismo modo que es Teo-céntrico. Estos términos son sinónimos. Sin duda, esto no se aplica al Cristo de la Teología Moderna, según la cual Jesús de Nazaret fue divino tan solamente en el sentido en que todos los hombres lo somos, con la diferencia de que la chispa divina ardió en él más brillantemente que en cualquier otro ser humano. Pero si, se aplica, al Cristo de la Escritura, quien es la más alta revelación de Dios, y Dios de Dios. "Siendo el resplandor de su gloria y la misma imagen de su sustancia", (Hebreos 1: 3) podía declarar: "El que me ha visto ha visto al Padre", y "Yo y el Padre una cosa somos". (Juan 10: 30).

El Evangelio del Arrepentimiento

La Biblia habla a menudo del Evangelio como el Evangelio del arrepentimiento. Por ejemplo Juan el Bautista predicó "el bautismo de arrepentimiento para la remisión de los pecados" (Marcos 1: 4) y cuando Juan fue aprisionado "Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del Reino de Dios y diciendo: Arrepentíos y creed el Evangelio" (Marcos 1: 15).

Por una razón contundente el llamamiento al arrepentimiento debe venir ante todo del Evangelismo. Sólo el que es oprimido por el pecado conocerá la necesidad de un Salvador. Sólo el que se sabe a sí mismo culpable y manchado correrá al Calvario para perdón y limpieza.

A fin de que los pecadores puedan ser llevados al arrepentimiento, la ley de Dios que es "santa justa y buena" (Romanos 12) como Dios mismo lo es, debe ser predicado; pues por la ley es el conocimiento del pecado" (Romanos 3: 20). El que se contempla ante este espejo perfecto, sólo puede aborrecerse a sí mismo.

Hay dos clases de arrepentimiento totalmente diferentes. Pablo escribió: "Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse, pero la tristeza del mundo produce muerte". (2.ª Corintios 7: 10). Calvino comentó así este pasaje: "La tristeza según el mundo es cuando los hombres, a consecuencia de severas aflicciones, se sienten oprimidos por la pesadumbre; mientras que la tristeza según Dios es la de aquel que mirando a Dios reconoce su propia miseria por haber perdido su favor. La primera procede solamente del amor a uno mis-

mo y conduce a la muerte; la segunda está arraigada en la reverencia a Dios y resulta en arrepentimiento y salvación. Hay una gran diferencia entre arrepentimiento y remordimiento. Cuando Judas Iscariote traicionó al Señor, fue sobrecogido por el remordimiento y se colgó. Cuando Simón Pedro negó al Señor, lloró amargas lágrimas de arrepentimiento (Mateo 5: 35). El remordimiento puede apartar al pecador de Cristo. El arrepentimiento lo impulsa hacia él.

Hay una idea popular que el evangelista encontrará trabajo en disipar y es la de que el verdadero arrepentimiento puede venir demasiado tarde. La Escritura enseña totalmente lo contrario. Cuando dice que Esaú "no halló lugar para arrepentimiento, aunque lo buscó con lágrimas" (Hebreos 12: 17), el escritor sagrado se refería al arrepentimiento de Isaac su padre, no al arrepentimiento de Esaú. Esaú no consiguió hacer cambiar a su padre de propósito arrepintiéndose de su decisión de otorgar la primogenitura a Jacob para otorgarla a su hijo mayor. Este no consiguió tal arrepentimiento, o cambio de mente, de parte de Isaac, aunque lo procuró con lágrimas. Por consiguiente este incidente no tiene nada que ver con lo que estamos discutiendo.

Otro incidente en la historia bíblica se refiere más directamente a este tema. El ladrón crucificado a la derecha del Calvario había pecado durante toda su vida; era sólo cuestión de horas para su muerte, cuando se dirigió al Salvador. Pues bien, ¿fue rechazado a causa de su tardanza? Por el contrario, se regocijó de oir la consoladora promesa: "De cierto de cierto te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso". (Lucas 23: 43). Antes de que el día declinara su Salvador le había introducido por la

mano a la puerta del Cielo, donde los ángeles de Dios le recibieron ensalzando el poder redentor de la sangre derramada en el Calvario.

El arrepentimiento de corazón es indispensable para la salvación. Sin embargo el arrepentimiento no tiene ningún mérito Salvador. ¿Cómo podría tenerlo si es en si mismo un don de Dios? Cuando el apóstol Pedro refirió a los santos de Jerusalem la conversión de Cornelio, estos glorificaron a Dios, diciendo: "Que también a los gentiles les haya concedido Dios arrepentimiento para vida" (Hechos 11: 18).

Augusto M. Toplady tenía razón cuando escribió el conocido himno:

Anhelo ser salvo
¿Dónde hallaré salud;
Santidad, perdón, virtud;
Paz y vida en plenitud
Con la gloria eterna?

¡Corro a Cristo, Salvador.
Cristo víctima de amor;
A El me entrego, pecador.
¡Sólo Cristo salva!
¡Lágrimas son vanas!
Nunca pueden dar perdón,
Renovar mi corazón,
Ni quitarle un borrón.
¡Lágrimas son vanas!

El Evangelio de la expiación

El quid del Evangelio no es lo que Dios requiere de los pecadores. Esto es ciertamente un aspecto muy importante del Evangelio, pero no el centro del Evangelio. Como su mismo nombre indica, el Evangelio no es en su esencia un mandato, sino Buenas Nuevas. La buena nueva de lo que Dios ha

hecho por Cristo, para la salvación de los pecadores.

Supongamos que un criminal se encuentra en la cárcel encerrado en su celda. Un amigo visitante le llama y le dice: "Tengo buenas nuevas para usted". Con anhelosa espectación el prisionero pregunta: "¿Qué es? ¡dígalo enseguida!". Supongamos que la respuesta fuera: "Que seas una buena persona, que te portes bien". Esta respuesta pondría al ladrón furioso, considerándola una broma pesada. Sin embargo este es el único mensaje que algunos que se llaman evangelistas tienen para los pecadores. Las mejores recomendaciones morales no son buenas nuevas. Ni siquiera son nuevas de ninguna clase. Las buenas nuevas, para el pecador son lo que Dios ha hecho para librarle del pecado y del infierno. Esta provisión fue hecha en el Calvario. Cristo crucificado fue: "herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, el castigo de nuestra paz sobre El y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino, pero el Señor cargó en El el pecado de todos nosotros (Isaías 33: 5-y 6). Dios, al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros para que nosotros pudiéramos ser hechos justicia de Dios en El". (2.ª Corintios 5: 21). "Cristo nos redimió de la maldición que todos nosotros habíamos merecido por no continuar en todas las cosas que están escritas en la ley siendo hecho maldición por nosotros; como está escrito: "Maldito todo aquel que es colgado en el madero" (Gálatas 10; 3-13). La angustia del mismo infierno que los pecadores merecíamos, fue experimentada por él cuando clamó con gran voz: ¿"Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?"

Esta es la historia de la muerte de Cristo. Esta

es también la propia interpretación de Dios en cuanto a ella. Ambas cosas constituyen el mismo corazón del Evangelio. Por su muerte en la cruz el Hijo de Dios satisfizo plenamente por los pecadores la pena que merecíamos de parte de la divina justicia.

La Teología Liberal ha tergiversado seriamente, y falseado, la doctrina escritural de la expiación. Se nos dice que la muerte de Cristo tuvo como propósito reconciliar el hombre con Dios; pero no reconciliar a Dios con el hombre. Se dice que Dios, siendo amor, no tenía necesidad de ser reconciliado. Es verdad que el corazón de Dios no necesitaba ser ablandado por la sangre del Cordero, como aquella leyenda de un diamante que pudo ser derretido por medio de la sangre de un cordero; pues "Dios de tal manera amó al mundo que dio a su Hijo unigénito a morir por los pecadores. Pero nunca debe ser olvidado que según la propia revelación en la Sagrada Escritura el Dios de amor infinito es también un Dios de absoluta justicia y su ira no puede ser detenida. En el amanecer de la historia humana la justicia de Dios decretó que la paga del pecado sería la muerte (Génesis 2: 17) (Romanos 6: 23) y muerte eterna. Dios no puede apartarse de la senda de la justicia perfecta o se negaría a si mismo. (2: Timoteo 2: 13). De modo que antes que dejar el pecado sin castigo, lo castigó en la muerte de su amado hijo. Tampoco puede ser olvidado que todos los hombres son por naturaleza hijos de ira" (Efesios 2: 3) y que la ira de Dios está sobre los que no creen (Juan 3: 35) pero los creyentes, siendo justificados por su sangre", son salvos por ella de la ira que ha de venir (Romanos 5: 9).

Queda por mencionar un aspecto de alto significado, referente a la doctrina bíblica de la expiación. Aún los teólogos evangélicos a menudo la olvidan. Que fue necesaria la obediencia "activa" de Cristo para la salvación de los pecadores, tanto como su obediencia "pasiva". Las dos son inseparables, y aún cuando la terminología usada para distinguirlas puede no ser muy afortunada, sin embargo la distinción permanece. Por su obediencia manifestada en su pasión que culminó con su muerte, Cristo pagó la pena del pecado. Pero hizo mucho más para los pecadores. Por su perfecta obediencia a la ley de Dios durante su vida terrena, les alcanzó justicia y vida eterna. También esta fase positiva de su vida fue vicaria. "Por cuanto por la ofensa de uno vino el juicio sobre todos los hombres para condenarción, por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida". (Romanos 5: 18). "Así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituídos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituídos justos". Esto significa que Cristo por su redención no sólo pagó la deuda de los pecadores; sino que mereció, en favor de ellos, infinitas riquezas.

El Evangelio de la Gracia

La Biblia ha sido llamada el libro de la salvación. Esto es precisamente, distinguiéndose del libro general de la revelación. La Naturaleza y la Historia son revelaciones valiosas de Dios, aunque no tienen nada que decirnos acerca de la salvación del pecado y la muerte espiritual. En cambio la Biblia, nos dice lo que todos los hombres necesitan saber sobre tan trascendental asunto. Lo que la Es-

critura tiene que decirnos acerca de la salvación se resume en el término: "Salvación por gracia". Y la salvación por gracia es nada menos que la salvación de Dios. ¿Preguntas cómo el pecador puede ser salvo, por sus esfuerzos o por la gracia de Dios? El Evangelio da una respuesta clara. No es exagerado afirmar que el Evangelio enseña que la salvación es un ciento por ciento obra del Dios Trino.

Esto no significa que el pecador no tenga responsabilidad en el asunto de la salvación. Debe creer en Cristo, pues Dios le hace responsable por su incredulidad. Sin embargo, la fe salvadora es un don de Dios. No puede ser negado que en el proceso de la salvación el creyente tiene el deber de obedecer, hasta el punto que es exhortado a ocuparse de su salvación con temor y temblor. Pero cuando obedece este mandato lo hace porque Dios mismo es el que obra en él, y le mantiene obrando el querer y el hacer según su buena voluntad. (Filipenses 3: 12-13).

Dios el Padre salva

Desde la fundación del mundo Dios escogió en Cristo a todos los que tendrían que heredar la Vida eterna (Efesios 1: 4). Los escogió, no por algo bueno que vio en ellos, sino por su soberano amor. (Efesios 1: 5; Romanos 8: 29) les dio a su Hijo (Juan 17: 6). Su salvación está asegurada de tal modo que nadie puede arrebatarles de la mano de Cristo, porque son un don del Padre, y el Padre Celestial, mayor que todos es, y nadie puede arrebatarles de la mano de su Padre (Juan 10: 28-29). A los que amó desde la eternidad Dios predestinó para salvación. A los que predestinó a estos también llamó y a los que llamó a estos también justificó, y a los que justificó a estos también glorificó (Romanos 8: 30).

El Hijo salva

El mereció la salvación, tanto en el aspecto negativo como en el positivo. Pagó la deuda de los pecadores hasta el último cuadrante. En la cruz fue quebrantado por la maldición que ellos merecían. Fue abandonado por Dios, por haberse puesto en el lugar de criminales merecedores del infierno. Pero también, por su perfecta obediencia al Padre, mereció justificación para los pecadores, vida eterna y gloria. En consecuencia, nada queda como mérito propio. A cada cual le corresponde decir.

Ningún precio traigo a Ti
Mas tu Cruz es para mí.

Naturalmente, el Hijo de Dios no sólo *mereció* la salvación, sino que también *otorga* la salvación. Esta bendita verdad es a veces olvidada. Se ha dicho que Cristo, por su obra salvadora, hizo la salvación posible para todos; pero si un individuo dado será salvo o no depende del ejercicio de su propia voluntad. Esto es un serio error. Ello equivale a decir que la obra salvadora de Cristo, no salva. Niega el poder de la redención. Roba a Cristo su honor de Salvador haciendo al hombre su propio salvador, pues de él depende la salvación por gracia. La verdad del asunto es que la muerte redentora de Cristo salva a todos los que han sido designados para ser salvos, o sea a todos los que el Padre le ha dado (Juan 17: 9). Por esto son: Su pueblo; (Mateo 1: 21). Sus ovejas; (Juan 10: 11). Su Iglesia; (Hechos 20-28). Los elegidos de Dios (Romanos 8: 32, 33).

Dios el Espíritu Santo salva

El aplica la salvación a los pecadores, él les da corazones de carne, en lugar de corazones de piedra (Ezequiel 11-19). Son nacidos de nuevo; y su segundo nacimiento procede del Espíritu (Juan 3: 5 y 6). La fe salvadora es un fruto de la regeneración.

Pero la fe es un acto de hombre. Esta verdad debe ser enfatizada. Suponer que Dios obliga al pecador a creer es un absurdo. Lo que necesita ser puntualizado es que la fe es desde el principio, un don de Dios por el Espíritu Santo. Después de identificar el ir a El con el creer en El, en la declaración: "El que a Mi viene nunca tendrá hambre y el que en Mi cree no tendrá sed jamás" (Juan 6: 35), Jesús pasa a decir: "Nadie puede venir a mi si el Padre que me envió no lo trajere" (Juan 6: 44). Dios trae a los pecadores por su Espíritu. Las Escrituras nos cuenta la conversión de Lidia diciendo, no que ella abrió su corazón, sino que "El Señor abrió su corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía (Hechos 16-14). "Porque por gracia sois salpor, por la fe", dijo Pablo a los creyentes de Efeso: y añadió "y esto no de vosotros, sino un don de Dios" (Efesios 2: 8). El hecho de que la expresión "esto" pueda ser aplicado tanto a la fe, como a la salvación por gracia mediante la fe prueba que la fe es un don divino. El mismo apóstol escribió a la Iglesia de Filipos: "A vosotros es dado por Cristo, no solamente que creais en El sino que sufrais por El" (Filipenses 1: 29). Tanto la fe como la prueba son considerados aquí como dones de Dios. Ello es confirmado por la enfática declaración de Pablo: "Por tanto os hago saber... que nadie puede llamar a Jesús, Señor, sinó por el Espíritu Santo". (1.ª Corintios: 1).

Ahora bien: ¿Debe decirse a los no creyentes que la fe es un don de Dios? Por supuesto. La verdad tiene que decirse tal como es. Ocultar esta verdad sería una irresponsabilidad. Permitirles tener la idea de que ellos pueden creer de su propia voluntad, aparte de la gracia regeneradora del Espíritu Santo, es peor que una irresponsabilidad. Significa animarles a creer que son amos de su propio destino, capitanes de sus propias almas. Sin embargo, que la fe es un don de Dios, no es la única verdad que tiene que ser señalada al pecador perdido. Esta verdad tiene que ser completada por otra. En la teología cristiana hay muchas verdades complementarias que tienen que ser enfatizadas con el mismo vigor. Debe hacerse saber enfáticamente al pecador que tiene que creer y que, en el caso de que no crea, la ira de Dios está sobre él.

No puede imaginarse una situación peor que aquella en que se encuentra el pecador impenitente. Debe creer en Cristo, pues si no lo hace será condenado. Sin embargo, no puede creer por sí mismo. Debe estar bien enterado de ambas cosas. Si se le hace presente que la salvación es por el Espíritu Santo, mirará fuera de sí y se abandonará sin reserva a la Gracia de Dios. Y precisamente este es el acto de fe salvadora (1).

Cierto hombre que había sido paralítico por 48 años yacía impotente entre la multitud al lado del estanque de Bethesda y desesperaba de que pudie-

(1) Creemos que este párrafo del Dr. Kuyper es iluminador acerca de la doctrina de la Elección. Al pecador que es evangelizado nunca debe ponérsele ante el temor de no ser uno de los elegidos. Desde el momento que Dios ha hecho que la buena nueva del Evangelio haya llegado a él, es porque puede ser salvo, si obedece mediante la fe; y obedecerá si es escogido. *Nota del Trad.*

ra ser curado. Jesús le dijo: "Levántate, toma tu lecho y anda": *Observad que fue mandado al paralítico una cosa que por ningún medio podía hacer* y no podemos pensar que él no estuviera bien persuadido de su completa incapacidad. Pero también sabía que su única esperanza para ser curado, radicaba en hacer aquello que se le ordenaba. Consciente de su situación se olvidó de sí mismo y de su incapacidad, fijando los ojos en Jesús y esto fue todo. Por fe fue hecho sano (Juan 5: 1-9).

Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así el Hijo del Hombre tuvo que ser levantado en la cruz del Calvario a fin de que *todo aquel* que habiendo sido mordido por la venenosa serpiente, el diablo, y sin esperanza de ninguna clase, pudiera mirándole, librarse por gracia de perecer y obtener la vida eterna (Juan 3: 14-15).

Este es el Evangelio de la gracia salvadora, y este debe ser el mensaje del Evangelismo. Aquel que responda al mismo con fe podrá cantar:

No fui yo que lo escogí
Esto, Dios mío, no podía ser.
Mi corazón aún te rehusaba
Cuando tu me escogiste a mí.

Tu del pecado que me afeaba
Me has limpiado y hecho libre,
Desde mucho tiempo lo habías ordenado
Para que yo pudiera vivir para tí.

Este amor soberano me llamó;
Me enseñó y mi mente abrió.
El mundo me habría engañado
Ocultándome las glorias celestiales.
Por tanto ningún mérito tengo delante de Tí.
Por tu rica gracia; yo sentí sed de tu amor.
Y sé, que si te amo;
Es porque tu me amaste primero.

El Evangelio del Nuevo Nacimiento

Se ha dicho que el mensaje central del Evangelismo debe ser el mandato "naced de nuevo". Por supuesto la Biblia no contiene tal orden. La afirmación de Jesús a Nicodemo: "Os es necesario nacer otra vez" (Juan 3: 7) está en indicativo, no en imperativo". Jesús habló del nuevo nacimiento como de una experiencia indispensable, pero no como un deber que debe ser realizado. Asimismo la advertencia de Pablo a la Iglesia de Efeso: "Despiértate tu que duermes y levántate de los muertos" (Efesios 5: 14), no debe ser considerado como un mandato a los muertos espiritualmente; al pecador para que venga a la vida. Está claro que todo el pasaje es una exhortación dirigida a creyentes. Observad que dice: "Vosotros que en otro tiempo érais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" (vers. 8). Estos santos vivian en un ambiente malo. Peor que esto; habían sido influenciados por este ambiente, y necesitaban que se les exhortara a "no tener comunión con las obras infructuosas de la carne", (vers. 11). Eran cristianos somnolientos, por tanto el apóstol les exhorta a despertar de su sueño y a levantarse de entre sus vecinos muertos espiritualmente. Esto está enfatizado en el versículo 14.

La razón porque las Escrituras no mandan a los irregenerados que nazcan ellos mismos a la vida, es evidente: Están espiritualmente muertos; muertos en delitos y pecados (Efesios 2, 1). No solamente es es una prerrogativa divina traerlos a la vida, sino que Dios Todopoderoso ejerce esta prerrogativa. Ellos son completamente pasivos. De hecho esta es su única parte en el proceso de salvación. A cada paso sucesivo pueden empero venir a ser activos. La resurrección de Lázaro puede ilustrar este pun-

to "Jesús mandó a Lázaro, "ven fuera" (Juan 1). No le mandó *"resucita"*. Por la palabra de poder de Cristo, resucitó, y entonces el Lázaro salió de la tumba.

Entonces ¿no debe declararse al pecador que debe nacer otra vez? Evidentemente Jesús no lo hace. Lo que dijo a Nicodemo, fue sin duda condenando la religiosidad externa que existía entre los judíos de su tiempo. Ellos eran inclinados, por ejemplo a lavarse, y a practicar ordenanzas externas para agradar a Dios y alcanzar por sus esfuerzos la vida eterna (Mateo 19; 16 y Lucas 10: 23).

Tanto Nicodemo como su generación tenían necesidad de que se les dijera que la entrada en el Reino de Dios solamente era posible por medio de un cambio radical de corazón. ¿Quién negará que la presente generación necesita lo mismo? El nacimiento de padres creyentes, el sagrado rito del bautismo, la membresía en una iglesia visible, las maneras respetables, el humanitarismo, aún el privilegio de predicar en el nombre de Cristo (Mateo 7: 22-23); por más que sean valiosos privilegios no constituyen a nadie ciudadano del Reino de los Cielos. Sin este segundo nacimiento espiritual, que solamente Dios puede efectuar, nadie puede llegar a la gloria de Dios.

A fin de evitar confusión es necesario distinguir entre la regeneración y la conversión. Con toda seguridad el término *nuevo nacimiento* puede ser usado en varios sentidos. Puede designar todo el proceso de la salvación, la conversión y la vida de santificación incluída. Es en este sentido que se usa en 1.ª Pedro 1-21, donde los creyentes son descritos como "nacidos de nuevo, no de simiente corruptible, por la Palabra de Dios". Ordinariamente, sin embargo, la religión cristiana emplea este término

para significar la transición instantánea, de la muerte espiritual a la vida, que inicia el proceso de salvación. El nuevo nacimiento, o la regeneración, en este sentido, debe ser distinguido de la conversión. En la regeneración el pecador es pasivo, en la conversión viene a ser activo. Según las palabras de Jesús: "El viento de donde quiera sopla y oyes su sonido, mas ni sabes de donde viene ni a donde va, así es todo aquel que es nacido del espíritu" (Juan 3: 8), la regeneración tiene lugar en el subconsciente, pero la conversión es una experiencia consciente del hombre. La regeneración es efectuada instantáneamente por el Espíritu Santo. Esto significa, no es realizada precisamente por la Palabra, aunque sin duda la predicación de la Palabra tendrá como objeto disponer para la nueva vida; pero la conversión es obrada por Dios, por medio de la Palabra. En terminología teológica la regeneración es efectuada *cum Verbo* la conversión *per Verbum*. Y la conversión es una consecuencia, una manifestación del nuevo nacimiento:

Debe hacerse mención aquí de lo que popularmente es llamado: *"El Evangelio para todo el que quiera"*. El Evangelio cristiano es ciertamente esto. Una y otra vez la Escritura nos dice que todo aquel que crea en Cristo será salvo, y es innecesario decir que la voluntad humana participa en el acto de la fe. La última invitación en la Biblia dice: "El que tenga sed venga, y el que quiera tome del agua de la vida de balde" (Apocalipsis 22: 17). Sin embargo que ningún portador del Evangelio olvide que el mundo de hombres irregenerados es un mundo que *no quiere*. Declarar a tal clase de mundo que cualquiera puede echar mano de la Vida Eterna, y esperar que los hombres respondan, es tan inútil como proclamar a los muertos enterrados

dentro sus nichos, que cualquiera puede levantarse. El hombre ha sido concebido y nacido en pecado (Salmo 51: 5). La mente natural es enemiga de Dios y no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede (Romanos 8: 7). Al hombre natural se aplica bien la declaración de Jesús a sus enemigos. "Y no quereis venir a Mi para que tengais vida" (Juan 5: 40). Por esto dice San Pablo: "No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Romanos 9: 16). Pero Dios tiene esta misericordia. Por la operación de su Espíritu en los corazones de los hombres, hace a estos querer. En consecuencia, aquí y allí, por todas partes hay quienes, por la gracia de Dios, quieren. Esta verdad y solamente esta ha significado al Evangelio "para todo aquel que crea".

También debe decirse que la prueba de la regeneración no es la perfección absoluta, sino que tras una profunda convicción de pecado que lleva a la persona a correr al Calvario y arrodillarse a los pies del crucificado con el clamor "Lávame oh Salvador o perezco" sigue una larga vida de lucha entre el viejo hombre y el nuevo, tan gráficamente descrita por el apóstol en su confesión. "El bien que quiero no hago, y el mal que no quiero esto hago" (Romanos 7: 19) pues el hombre interior se deleita en la Ley de Dios (Romanos 7: 22) porque el Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Romanos 8: 16) y que somos sellados por el Espíritu Santo que habita en nosotros para nuestra herencia celestial (Efesios 1: 13 y 14). De manera que podemoos estar seguros de que: "El que empezó en nosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Filipenses 1: 6).

El Evangelio del Reino

En los capítulos precedentes se ha hecho referencia repetidamente al Evangelio del Reino. El Reino a que nos referimos es llamado en muchas ocasiones el Reino de Dios, el Reino de Cristo, el Reino de los Cielos, y tiene muchos aspectos.

El Señor Jesucristo predicó dicho Evangelio en siete parábolas del Reino relatadas en Mateo 13. En el Sermón del Monte proclamó la "Ley o Carta del Reino" (Mateo 5: 6 y 7). Las ocho bienaventuranzas, con las cuales empieza el sermón, describen otras tantas características de cada ciudadano de este Reino (Mateo 5: 3-12). Y el Apóstol Pablo hizo una lista de las bendiciones del Reino en estas palabras: "El Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo, por el Espíritu Santo" (Romanos 14: 7).

Es de gran importancia que Cristo sea predicado, no sólo como salvador, sino también como rey. Lo que ha sido dicho acerca de este asunto no debe ser repetido aquí, pero tenemos que tratar ahora de una verdad relacionada con el Reino.

Por varias décadas los Fundamentalistas y los Modernistas han estado peleando acerca de si el mensaje del Evangelio es para la salvación individual o social. Muchos pensadores fundamentalistas, conscientes de que la sociedad está como una casa incendiada, muestran interés tan solamente en el rescate de individuos del fuego; no en apagarlo. El predicador Modernista por el contrario, trata de extinguir el fuego, y espera hacerlo en beneficio del individuo que, según él, es producto de su época. Esta es la gran diferencia en el Evangelismo actual.

El Fundamentalista tiene razón al decir que la salvación es primariamente un asunto personal. Sin embargo, a veces no va bastante lejos: olvida las enseñanzas de carácter social contenidas en la Palabra de Dios. Por ejemplo: Jesús tuvo mucho que decir acerca del matrimonio y el divorcio (Mateo 5: 27 a 32) (Lucas 16: 18) y sobre el deber de los ricos hacia los pobres (Lucas 16: 19-25); y el apóstol Pablo añadió enseñanzas acerca de la actitud del cristiano con las autoridades (Romanos 13: 1-7); la relación entre patrones y empleados (Efesios 6: 5-9) (Colosenses 3: 22-4: 1); sobre la esclavitud (Carta a Filemon). En el Evangelismo, el tema central del Evangelio debe tener, por supuesto, el primer lugar, pero sus consecuencias esenciales no deben ser olvidadas.

La falta en el Evangelio social que predica el Modernismo; no es que trata de remediar los males de la sociedad; sino que trata de hacerlo en un sentido totalmente opuesto al Cristianismo bíblico. Prescindiendo de la evidente verdad que la sociedad nunca puede ser mejor que los individuos que la constituyen, trata de mejorar al individuo por medio de mejoras en la sociedad. Rescatar al hombre de las consecuencias del pecado como son la pobreza y la enfermedad, antes que obtener su redención del pecado por medio de la sangre de Cristo. Trata de salvar al individuo por lo que se llama regeneración de la sociedad; no por el nuevo nacimiento sobrenatural obrado por el Espíritu Santo. Trata de quitar a los hombres de los barrios sucios, en vez de quitar la suciedad de los corazones de los hombres. Olvida la profunda verdad tan bien expresada por un predicador evangelista llamado Carlos Spurgeon. "Llevad un ladrón al cielo y la

primera cosa que hará será tratar de vaciar los bolsillos de los ángeles".

Hay otra diferencia entre el evangelio individualista del Fundamentalista y el evangelio social del Modernismo.

Cristo es tanto Salvador de los hombres como Señor sobre todas las cosas. Su señorío presupone su carácter de Salvador. "Porque se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, Dios puso todas las cosas debajo de sus pies, para ser cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia" (Efesios 1: 22).

A vía de ilustración, el Evangelio debe ser dibujado como un cono. La parte inferior representa la redención o expiación substitutoria, la superior el reinado universal de Cristo. Muchos fundamentalistas enfatizan la parte inferior pero olvidan la superior. Proclaman el Evangelio, el verdadero evangelio, el evangelio básico; pero debe ser reconocido: un Evangelio truncado.

Los Modernistas exaltan la parte superior del cono, pero la divorcian de la parte inferior. Sin embargo la parte superior cae si no está apoyada en la inferior. Cristo no es rey si no es Salvador. Esto hace del Evangelio del Modernismo un castillo en el aire. Como indica S. Pablo, resulta un Evangelio diferente, que no es otro Evangelio (Gálatas 6: 7). En el Evangelismo cristiano genuino, la cruz de Cristo y la cruz del cristiano permanecen juntas. Lo que Dios ha juntado que no lo separe el evangelista.

Un Evangelio comprensivo

¿Qué es el Evangelio? El Evangelio tiene muchas facetas; ninguna de las cuales debe ser olvidada por el mensaje del Evangelismo.

Es una *historia*, la historia de Jesús y su amor, la historia del nacimiento virginal del Hijo de Dios; su santa vida terminando en su muerte redentora, con la cual puso el Padre su sello de aprobación, levantándole de los muertos; su ascensión al cielo y su intercesión a la diestra de Dios; así como la venida del Espíritu Santo sobre su Iglesia. Esta historia está saturada de sobrenaturalismos; por cuya razón los teólogos liberales la desechan, y la comunmente llamada nueva Ortodoxia la convierte en un mito o la pone fuera de la historia actual. La Biblia lo relata todo como una historia clara y positiva.

Es una *doctrina*. La interpretación de esta historia, particularmente la doctrina de la persona divina de Cristo y de su muerte expiatoria. La moderna incredulidad aborrece tal doctrina pero para el creyente es sabiduría de Dios.

Es también una *invitación*. El ofrecimiento sincero de salvación por parte de Dios a todos aquellos a quienes llega el Evangelio. Entiéndase bien que esta invitación es incondicional. Dios no dice meramente al pecador "te daré la vida eterna si tú te arrepientes y crees". Para más seguridad declara: "Te invito ardientemente a que te arrepientas y creas, a fin de que puedas tener vida". Pues Dios no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2.ª Pedro 3: 9).

Es asimismo una *promesa*. La promesa de vida eterna por parte de Dios a todos los que confían para salvación en el Cristo divino y su obra redentora. Dios dice "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo" (Hechos 16: 31).

Es un *llamamiento*. El urgente y amante llamamiento a los pecadores a que acepten su oferta y

complementen su invitación. Dios lucha con ellos diciéndoles: "Volveos, volveos de vuestros malos caminos ¿por qué moriréis? (Ezequiel 33: 11). Dios les ruega, y Cristo intercede, para que sean reconciliados (2.ª Cor 5: 20).

Es una *demanda*. Dios pide que los hombres que crean en Cristo. Aquí se juntan la ley y el Evangelio. El Evangelio se convierte en ley. Cuando los judíos pedían a Jesús: "¿Qué haremos para que obremos las obras de Dios? El Señor replicó: Esta es la obra de Dios: Que creais en Aquel a quien El ha enviado" (Juan 6: 28-29).

Es finalmente un *mandato*, Dios manda a todos que confíen en el Cristo Salvador; y también que le acepten con gratitud como rey de sus vidas. Esto no es un apéndice al Evangelio, sino una parte integrante del mismo. En la gran Comisión, Cristo insistió con sus discípulos a que enseñaran a los hombres a observar todas las cosas que El les había mandado. Creer en Cristo y obedecerle no son dos actos diferentes, sino dos fases de un mismo acto.

Confiar en Cristo como Salvador y reconocerle como Señor, son inseparables. El último es el ácido de prueba del primero. Esto debería ser hecho claro, al pecador, antes de invitarle a que haga una decisión en respuesta al Evangelio. "Yendo ellos uno le dijo: "Señor, te seguiré dondequiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen sus cuevas y las aves de los cielos nidos, mas el Hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza". "Y dijo a otro: *Sígueme*. El le dijo: Señor, deja que vaya primero y entierre a mi padre. Jesús le dijo: "Deja que los muertos entierren a sus muertos y tu ven sígueme, y anuncia el Reino de Dios". Otro le dijo: "Te seguiré, Señor, pero déjame que me despida primero de los que están en casa. Y Jesús le dijo:

Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el Reino de Dios" (Lucas 9: 57-62). Antes de entrar en el discipulado, que cada cual se examine si está dispuesto a cumplir las demandas del mismo recordando las palabras de Jesús: "Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene no puede ser mi discípulo" (Lucas 14: 33).

Un Evangelio exclusivo

Tiene que admitirse que hay elementos de verdad en otras religiones que no son la cristiana. Sin embargo debe insistirse en que el Cristianismo es la única religión verdadera entre todas las otras religiones falsas. El Dios del Cristianismo es el solo Dios. Aunque El se ha revelado a sí mismo más realmente en el Nuevo Testamento que en el Antiguo, es idéntico en ambos. El primero y más prominente mandato de su ley dice: "No tendrás dioses ajenos delante de Mí (Exodo 20: 3, Deuteronomio 5: 7). El gran mandamiento de toda su ley declara: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente" (Deut. 6-5 y Mateo 22:37). Es un Dios celoso que no tolerará a otro. El salmista exclamó: "Tu solo eres Dios" (Salmo 86: 2). A los creyentes de la idólatra Corinto, el apóstol escribe: "Aunque haya otros dioses en el cielo y en la tierra, como hay muchos dioses y muchos señores, empero solamente hay un Dios, el Padre que rige todas las cosas y nosotros en El" (1.· Corintios 8: 5-6). El hombre adora o bien al Creador o a la criatura (Romanos 1: 25). Sólo el creador es Dios; todos los otros dioses son ídolos.

El único Dios verdadero se ha revelado a si mismo, sobrenaturalmente e infaliblemente en la pala-

bra escrita conocida por el nombre de Biblia; y en la palabra personal que es su hijo el Verbo de Dios. Los libros sagrados tales como el Zend-Aventa del Zoroastrismo, el Veda del Brahamanismo, el Tripitaka del Budismo y el Koran del Mahometismo, no pueden compararse con la Biblia. Buda, Confucio y todos los fundadores de religiones humanas, no son sino mortales, pecadores y falibles, que no pueden ser comparados con el Hijo de Dios.

Jesucristo es el único Salvador. El mismo lo declaró majestuosamente: "Yo soy el camino, la Verdad y la Vida, nadie viene al Padre sino por Mi" (Juan 14: 6). Pedro, lleno del Espíritu Santo dijo al Sanedrín judío: "En ningún otro hay salud, porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en quien podamos ser salvos" (Hechos 4: 12). Porque es un Salvador perfecto no hay necesidad de otro. Es "poderoso para salvar eternamente a los que por él se allegan a Dios; y viviendo siempre para interceder por ellos" (Hebreos 7: 25). Todos los otros salvadores son pretendidos salvadores.

El camino cristiano de salvación es el único camino. Todas las otras religiones enseñan la salvación por el esfuerzo humano. El Cristianismo sólo enseña salvación por la gracia de Dios. Todas las otras religiones dicen: "Haz y vivirás". El Cristianismo declara: "Vive y harás". De ahí sigue que el Pelagianismo tanto el antiguo como el moderno, es pagano; como pagana la jactanciosa cuarteta de William E. Henley que dice:

No importa cuan estrecha sea la puerta
ni cual larga la lista de deberes;
Yo soy señor de mi destino
Y el capitán de mi alma.

En cambio es bien cristiano el clamor de Cristina G. Rosetti

No hay otro cordero
No hay otro nombre
No hay otro en el cielo, la tierra y el mar
No hay otro refugio para el culpable pecador
No hay otro, fuera de Tí.

Es triste decir, que no toda la Teología Cristiana ha mantenido con completa consistencia la enseñanza escritural de la salvación por la gracia del Trino Dios. Puede ser dicho sin ningún titubeo que la Teología Reformada excede en este punto de doctrina cristiana a todas las demás. Su gloria es que atribuye a Dios toda la gloria para la salvación del pecador.

Sin embargo, esto no es un cuadro perfecto. Aunque confuso en su mente —y todo humano pensamiento adolece de imperfección— el corazón de todo cristiano verdadero confía en el fondo sólo en Dios para su salvación. El Catecismoo abreviado de Westminster define la fe en Jesucristo como "una gracia salvadora por la cual recibimos la salvación y permanecemos en ella, cuando nos es ofrecida por medio del Evangelio" (Respuesta 86). Esta es la esencia de la fe salvadora y cada cristiano la tiene. No hay un solo hijo de Dios que ante la cuestión de a quien debe el ser un creyente, a si mismo o a la gracia de Dios, no responda con agradecida humildad, dando todo crédito y toda alabanza al Espíritu Santo.

Un Evangelio ofensivo

Aún cuando el Evangelio cristiano, en conjunto, desagrada al hombre natural, le es especialmente ofensivo en dos aspectos.

Uno de ellos es en su indudable enseñanza de que la salvación es solamente por la Gracia de Dios, y sólo por Gracia. Nada puede ser más humillante para el hombre que decirle que él no merece en modo alguno la salvación y está totalmente incapacitado para salvarse a si mismo. Merece solamente el infierno eterno; y si tratara de contribuir en la más minima parte a su vestido de justicia sería eternamente perdido. Su fe es en el don de Dios, y sus buenas obras fueron preparadas de antemano por Dios (Efesios 2: 8-10).

El otro aspecto del Evangelio cristiano que ofende, y aún enfurece al hombre natural, es su exclusivismo. Esto hace que declare intolerante y fanático a quien lo profesa con fidelidad.

Sin embargo, este Evangelio ofensivo debe ser proclamado sin el menor compromiso, ni adulteración. La verdad debe ser expuesta, aunque siempre con compasión, paciencia y amor. Pues el Cristo de este Evangelio, aunque es roca de tropiezo para los judíos y locura para los griegos" a los que son llamados, tanto judíos como griegos, les es: "Poder de Dios y sabiduría de Dios" (1.ª Corintios 1: 23-24).

14

DIOS Y EL CELO PARA EL EVANGELISMO

El celo en otra edad

Los reformadores y las iglesias de la Reforma a menudo han sido acusadas de completa, o casi completa indiferencia para el Evangelismo. Aunque parezca extraña esta acusación ha sido levantada contra ellos, no tan sólo por los escritores católico-romanos sino también por los protestantes. Es verdad que el entusiasmo protestante para las misiones alcanzó su más alto nivel en los siglos XIX y XX, pero la antedicha acusación debe ser considerada a la luz de diversos hechos.

Los reformadores estaban empeñados en una valerosa y difícil campaña que tenía por objeto la evangelización de Europa. Su programa era intensivamente de misión local, y debemos declarar, enfáticamente, que la labor misionera local no es menos digna que las misiones extranjeras. La Biblia había sido trasladada a la lengua del pueblo, y cuando la Iglesia Romana había sustituído el Evangelio por ritos y ceremonias, el Protestantismo se

esforzó en la predicación del Evangelio. Jóvenes de todas partes del continente, así como de las Islas Británicas, acudieron a los pies del Calvino y fueron enseñados a proclamar la Palabra de Dios. Además, el reformador de Ginebra llevaba a cabo una intensa correspondencia, verdaderamente cosmopolita, en favor del Evangelio. En una carta dirigida a Gran Bretaña dice: "Dios ha creado el mundo entero para que fuera el escenario de su gloria, por la difusión de su Evangelio".

En lo que se refiere a misiones extranjeras las iglesias de la Reforma sufrieron dos serias dificultades: En primer lugar, estaban envueltas en una terrible lucha para su propia existencia, y en segundo lugar muchas de las tierras recientemente descubiertas, Africa y América, estaban bajo el control de naciones católico-romanas, como España y Portugal; que eran intolerantes al Protestantismo.

En vista de estas dificultades, es verdaderamente admirable cuan activo fue el Protestantismo en la evangelización de naciones extranjeras. Ya en el año 1555 Calvino y el gran hugonote francés almirante Coligny, organizaron una misión al Brasil. El mismo Calvino proveyó cuatro misioneros para este proyecto. A este número fueron añadidos otros 8 sostenidos por los calvinistas residentes al otro lado de Ginebra. Debido a la persecución católico-romana cinco de estos misioneros fueron muertos y el resto tuvieron que ser repatriados a Europa.

En 1559 Gustavo Vasa, llevó el Evangelio a Laponia. En 1567 Wenceslao Budovatz, un calvinista húngaro, empezó misiones en la mahometana Turquía y escribió una "Defensa de la Religión Cristiana" para los mahometanos. El sínodo de Dort, que redactó los cinco grandes puntos del Calvinismo,

se preocupó seriamente de las misiones extranjeras, en los años 1618 al 1619. En 1622 se estableció en Leyden un Seminario Reformado para la educación de misioneros. Aunque empeñados en su guerra de independencia contra España, el protestantismo holandés envió misioneros a la India y a Ceilan.

A petición de los pastores ingleses y escoceses, el Parlamento creó la "Sociedad para la propagación del Evangelio en Nueva Inglaterra". En 1646 esta sociedad nombró a Juan Elliot como su primer misionero y este estableció 17 estaciones misioneras para los indios de norteamérica. Hacia la mitad del siglo XVII aparecieron dos empresas misioneras holandesas y ambas continúan trabajando hasta el presente día. La *De Conversion Indorum* por Juan Hoornbeek y *De Plantatione Ecclesiarum* por Gijbertus Voetius. La Misión Danesa de Halle, entró en la India en 1706. El luterano Tomás V. Weston empezó sus labores en Laponia en 1727.

El anterior bosquejo, incompleto como es, da sin embargo evidencia concluyente de que las iglesias protestantes de Europa, estuvieron activamente empeñadas en misiones extranjeras, mucho antes de que Guillermo Carey, a menudo citado como fundador de las misiones modernas, embarcara para India en 1793.

En vista de estos hechos es difícil acusar a las iglesias de la Reforma de que han tenido poco o ningún interés por el Evangelismo. Una posible explicación de este hecho puede ser la poca simpatía de los acusadores por la teología de la Reforma. Que un autor católico-romano José Schmidlin tuviera prejuicios contra esta teología puede entenderse; pero que un escritor protestante tan respe-

tado como Julio Richter, lo haga, no puede comprenderse.

Que la Reforma fue un intenso movimiento doctrinal, como lo prueban las "Noventa y cinco tesis de Lutero" y las "Instituciones de la Religión Cristiana", de Calvino; no es tenido en cuenta, por lo general, como debería ser. Y la doctrina de la Predestinación, suscrita tanto por Lutero como por Calvino, ha sido mal interpretada como un impedimento para la labor misionera. No se ha considerado el hecho de que, tanto en su "Institución" como en sus "Comentarios", Calvino manifestó una profunda preocupación por la extensión del Evangelio a todas las naciones y pueblos. Comentando la Gran Comisión, dice: "El Señor manda a los ministros del Evangelio a lugares distantes a esparcir la doctrina de la salvación, por todas partes del mundo".

Se ha dicho, con verdad, que la Reforma no fue sino un descubrimiento de Pablo. Ciertamente, lo fue como también de la doctrina de la soberana Elección divina, pero no podemos olvidar que Pablo fue también el vaso escogido por Dios para llevar su nombre a los gentiles. (Hechos 9: 15).

Celo sin conocimiento

Mas de un historiador ha contrastado los períodos en los cuales la Iglesia Cristiana estaba empeñada en sus controversias doctrinales con aquellos otros en los cuales se ha dedicado a la difusión del Evangelio. Por regla general los que hacen este juego de contrastes reprenden a la Iglesia por lo primero, y la alaban por lo segundo.

Prácticamente, todos somos o por lo menos pretendemos ser, celosos para el Evangelismo; y muy

pocos toman un vivo interés por la doctrina cristiana. Aún más, hay quienes se atreven a defender la idea de que, es tiempo de que el Protestantismo, que en el pasado se dividió en muchas denominaciones por motivo de divergencias doctrinales, entierre tales diferencias. Se insiste especialmente en que los misioneros protestantes no deberían turbar con ellas a los nativos en los campos donde trabajan, sino presentar un frente unido. El Movimiento Ecuménico moderno, que se caracteriza por el más bajo denominador teológico posible, ha tenido su origen en los campos de misión.

Aún concediendo que sería imprudente pedir a los paganos de Africa que tomen partido en cada diferencia doctrinal que ha dividido a los protestantes hasta ahora, y que resultaría insensato reproducir en aquel continente negro todas las denominaciones protestantes que existen, debemos decir que esta actitud, en Norteamérica, merece una vigorosa condena.

¿Cuándo va a abandonar el Protestantismo el gastado y desorientador, aunque no completamente falso "slogan", de que el Cristianismo no es una doctrina sino una vida? Por supuesto el Cristianismo es una vida; pero también, con toda certeza, es una doctrina. Para usar una antigua, aunque francamente inadecuada ilustración: La ortodoxia es lo que los huesos son para el cuerpo humano. Los huesos solos no constituyen el cuerpo. Separados del resto del cuerpo son un esqueleto. Del mismo modo la ortodoxia, sin la vida cristiana es, según frase de Santiago: "fe sin obras". La fe sin obras es muerta. (Santiago 2: 26). Pero los huesos también son parte esencial del cuerpo humano. Un cuerpo sin hueso no sería un cuerpo. Del mismo modo un Cristianismo sin doctrina no sería Cristianismo. Y

no vayamos a pensar que los huesos de un cuerpo vivo están muertos, ellos comparten la vida del cuerpo entero. Así también la doctrina cristiana es vital. Para cambiar el ejemplo y llevarlo más adelante diremos: Que la Verdad, es el mismo corazón del Cristianismo.

Se conviene generalmente en que el Evangelismo tiene por objeto llevar la Palabra de Dios. Pero ¿qué significa esto? Significa aquello en lo cual convienen tanto los modernistas como los llamados "Neo-ortodoxos: de que se tiene que predicar a Cristo "la Palabra viva", de quien da testimonio una Biblia falsa y falible; o tiene que mantenerse la posición tradicional de la Iglesia Cristiana de que es necesario proclamar la Palabra de Dios, infalible e inerrable a la vez que la "Palabra personal" o sea el Cristo de las Sagradas Escrituras?

Todos comprenden que la tarea del Evangelista es predicar a Cristo; pero ¿qué Cristo? Evidentemente la respuesta a esta pregunta entra en el terreno de la doctrina. ¿Ha de ser el Cristo del Modernismo? ¿un Cristo que no existió desde la eternidad como segunda persona de la Trinidad; cuya historia, según lo tenemos en los cuatro Evangelios es en gran parte mitología; que no nació de una virgen, cuyo cuerpo volvió al polvo hace muchos siglos, y que solamente era divino en el sentido en que todos los hombres lo somos, y por tanto no debe ser adorado, o en el mejor de los casos fue un hombre, elevado por sus virtudes al solio de la divinidad, o ha de ser el Cristo de la Biblia, acerca de cuya persona y naturaleza después de discutir por siglos, finalmente, en el año 451 el Concilio de Calcedonia hablando en nombre de la Iglesia Cristiana declaró que es: "perfecto en Divinidad y también perfecto en su humanidad, "esto es" el

Hijo unigénito de Dios, el Verbo de Dios, en quien sus dos naturalezas, divina y humana existen inconfundidas, invariables, indivisibles e inseparables?"

Todos comprenden también que el evangelista tiene que proclamar la salvación; pero ¿qué salvación? Por los propios esfuerzos del pecador o por la gracia de Dios? El cristianismo se enfrentó con este dilema ya en el siglo V. Fue debatido ardientemente por Agustín, obispo de Hipona, en Africa, y el monje británico Pelagio. La posición de Agustín era bíblica, de aquí que la Iglesia cristiana la adoptara.

Pero la Iglesia halló dificultades en mantener esta posición consistentemente. La herejía del mérito de las buenas obras se introdujo en la Cristiandad, y que el pecador es salvo por sus méritos humanos, en adición a los méritos de Cristo, vino a ser la enseñanza oficial de la Iglesia. Este error doctrinal fue refutado por la Reforma. El Protestantismo insistió en que los méritos de Cristo constituyen el único fundamento de la salvación. Y esta verdad es la esencia del Evangelio.

Es bien claro que la Iglesia histórica no perdió su tiempo y energías cuando estuvo empeñada en controversia doctrinal; antes por el contrario, bajo la guía del Espíritu de Verdad (Juan 16; 13) sostuvo el Evangelio. Si hubiese fallado en defender el Evangelio contra la corrupción herética, la Iglesia hoy día, no tendría un Evangelio para proclamar. La Iglesia actual tiene, por lo tanto, el mismo deber solemne de mantener la pureza de la doctrina. La práctica de esta obligación no tiene que interferirse con el Evangelismo, pero es esencial al mismo. El Evangelismo cristiano, se mantiene o cae con su doctrina.

Nunca pisó la tierra otro evangelista más celoso que el apóstol Pablo; sin embargo, estuvo empeñado en controversias doctrinales; y no lo hizo de un modo suave. Agresivamente declaró: "Aunque nosotros mismos, o un ángel del cielo, os predicara otro Evangelio que el que os hemos predicado, sea maldito". (Gálatas 1-18). Era celoso en favor de la doctrina pura *porque* era celoso para el Evangelismo. Su celo por una cosa impulsaba la otra. Eran ambas una sola pieza.

El celo por el Evangelismo, divorciado de interés por la doctrina cristiana, es celo sin conocimiento (Romanos 1-2).

Es un falso celo el que se manifiesta con olvido del adoctrinamiento necesario en los miembros de la Iglesia, particularmente de los niños. La predicación doctrinal es impopular hoy día. Los miembros de las iglesias prefieren que se les diga desde el púlpito lo que tienen que *hacer*, más que lo que tienen que creer. La mayoría de ellos no tienen interés en la teología, y los pocos que la tienen, se creen ellos mismos doctores en teología. Sus pastores suelen dejarles en sus propias ideas. Hubo un tiempo cuando los hijos del Pacto eran instruídos por sus pastores en las verdades de la religión cristiana. Hoy día apenas se intenta. Un misionero de Arabia, durante su periodo de vacaciones en América, censuró a un auditorio de americanos, todos amigos de la obra misionera, diciéndoles que hacían menos por la educación religiosa de sus propios hijos que lo que estaban haciendo para la educación de los niños mahometanos. La iglesia que descuida el adoctrinamiento de las generaciones futuras, pronto no tendrá misioneros para enviar. Por lo menos misioneros celosos para declarar el único Evangelio verdadero.

El celo orientado hacia la Teología

La acusación de que el interés teológico es incompatible con el celo evangelístico, ha sido hecha, mayormente, contra los adherentes a la Teología Debemos conceder que no todos los que no todos los que profesan la fe Reformada son celosos para las misiones. Aún cuando admitamos también que los Moravos, Pietistas y los Metodistas han tenido celo misionero, puede fácilmente demostrarse que la fe Reformada, propiamente comprendida y creída de corazón, conduce al celo evangelístico.

Un resumen de lo dicho anteriormente aclarará este punto.

La Soberanía divina es el principio fundamental del Cristianismo. Puede asegurarse que el Calvinista lucha por la soberanía de Dios más que otros cristianos. Ahora bien; esta Soberanía se hace prominente en tres aspectos: El de la voluntad única de Dios: su voluntad secreta o de decreto; voluntad revelada o preceptiva; y lo que suele ser llamado su voluntad de deseo. Desde cualquiera de estos puntos de vista, la consideración de la voluntad soberana de Dios, sólo puede engendrar celo en la difusión del Evangelio.

Desde la eternidad Dios eligió en Cristo a ciertas personas para la vida eterna (Efesios 1-4). Que nadie confunda esta verdad con el fatalismo teológico o el determinismo filosófico. Dios escogió en amor; por consiguiente Dios no fuerza a los elegidos al cielo. El ordenó que los tales serían salvos por el Evangelio y no por otro medio. De ahí se sigue que la Elección, demanda Evangelismo; y también que la Elección garantiza los resultados del Evangelismo. Si se dejara a los pecadores, totalmente depravados como son, el responder de su propia

voluntad a la fe del Evangelio, nadie respondería. Como es Dios que escogió a algunos de ellos. El concederá a los elegidos, la gracia de creer. Esto ha sido dicho en capítulos precedentes; pero debe ser repetido aquí con énfasis especial.

La gran Comisión es un mandato del Dios soberano. Evidentemente, cuanto más seriamente se toma el hecho de la Soberanía divina, tanto más se siente un creyente obligado a cumplir este mandato. De entre los cristianos nadie como el Calvinista se ve obligado a decir: "Me es impuesta necesidad, y ¡ay de mi si no predicara el Evangelio!" (1.ª Corintios 9-16).

También es un mandato soberano de Dios, para todo aquel que oye el Evangelio, el creer en Cristo. La verdad de que nadie puede creer a menos que Dios no lo traiga por la gracia irresistible del Espíritu Santo (Juan 6; 44), no quita nada a la obligatoriedad de este mandato; ni hay nada irrazonable en él. Si Dios requiriera del hombre algo que no pudiera hacer, como por ejemplo alterar la órbita de la tierra alrededor del sol, sería irrazonable e injusto. Pero cuando Dios requiere del hombre que ponga su confianza en su Creador, pide tan sólo aquello que podía hacer originalmente. Y aún cuando el hombre, en su estado caído, no sea capaz de ello, tiene que culparse a si mismo, tan sólo, por esta pérdida. El derecho de Dios no es afectado de ningún modo. Por esto el pecador *debe* creer, o perecerá eternamente. ¡Qué incentivo no es este para insistir en este mandato a los perdidos!

El cristiano Reformado, no rehuye las paradojas bíblicas. Ciertamente no cae en el irracionalismo de la neo-Ortodoxia, pues rechaza, con todas sus fuerzas, la enseñanza de que la Verdad se contradice a si misma. Pero encuentra de un modo

inequívoco que en la Escritura hay a veces dos verdades que no pueden ser reconciliadas en el tribunal de la razón humana, y en tal caso sujeta gustosamente su lógica a la Palabra divina. Una de estas más remarcables paradojas bíblicas es la de que Dios, que escogió soberanamente, de entre la raza caída, a un cierto número de personas para la Vida eterna; ofrece, sin embargo, a todos los hombres la vida eterna asegurándoles de que nada le complacerá más que su aceptación de tal oferta.

Dios asegura a los pecadores, en todo lugar, que El "quiere que todos los hombres sean salvos" (1.ª Tim; 2-4). Esto es también una expresión de la Soberanía de Dios, y su proclamación es un reconocimiento de la tal Soberanía. Así lo declara, apasionadamente, el Calvinista.

Todo el mundo sabe que el apóstol Pablo fue el más grande misionero que ha tenido la Iglesia cristiana en todos los tiempos. Aunque él admitía ser "el menor de los apóstoles", y aún: "indigno de ser llamado apóstol", podía testificar: "Por la gracia de Dios soy lo que soy y su gracia no ha sido en vano para conmigo; sino que yo he trabajado más que todos ellos "(1.ª Cor. 15; 9-10). Pero también es notorio, para todo lector de sus epístolas, que el mismo apóstol fue el campeón de la Soberanía de Dios. El hecho de que el más grande maestro de la Soberanía divina, fuera al mismo tiempo su más prominente misionero, no es nada accidental, sino que, según todas las reglas de la lógica, así tenía que ser.

Otra enseñanza distintiva de la fe Reformada es la del "Pacto de la Gracia". Como de la doctrina de la Elección, también ha sido dicho de esta verdad, ser contraria al celo misionero. Sin embargo, entendida propiamente, esta doctrina no es menos efec-

tiva en engendrar celo evangelístico que la de la Elección. El Pacto de la Gracia, no tiende al particularismo y la separación, sino que sostiene, como medio no como fin, la idea universalista. Dios ordenó a Abraham salir de su tierra y de su parentela y de la casa de su padre a fin de que en él pudieran ser benditas todas las familias de la tierra (Génesis 12; 1-3). Es tan amplio el concepto del Pacto de la Gracia que puede decirse que este Pacto está doquiera el Evangelio es proclamado. Y como el Pacto de Dios en la concesión de gracia salvadora implica lazos familiares, el evangelista puede tener mayor seguridad de que sus trabajos en el Señor no serán en vano (1.ª Cor 15; 58), pues sabe que, no sólo tendrán fruto en el presente, sino que continuarán llevándolo de generación en generación.

También esto ha sido dicho antes, pero debía dársele aquí un énfasis especial.

La fe Reformada provee el más fuerte y noble motivo para el Evangelismo. El amor por los perdidos, es, por cierto, un motivo alto y digno; pero no es el último motivo. La razón final, y el motivo más compulsivo, debe ser el amor para el adorable Señor y Dios.

La fe Reformada presenta el mas puro y más inclusivo mensaje de evangelización. Enfatiza con inequívoca consistencia la enseñanza escritural de la salvación por la gracia de Dios. En este significativo punto está en completa oposición al Modernismo; pero también sobrepasa al Luteranismo en su concepto sinergístico de salvación; y al Arminianismo, que hace a Dios dependiente de la aceptación personal de la salvación. El concepto Reformado presenta, de cierto, "todo el Consejo de Dios" (Hechos 20; 27). Aunque aparentemente contradictoria, esta verdad está en perfecta armonía con las

enseñanzas de la Elección divina particular, y con el amor divino universal; pues incluye ambas cosas.

La fe Reformada presenta el más alto propósito para el Evangelismo, que es: No simplemente la salvación de las almas; ni el crecimiento espiritual de la Iglesia; tampoco la venida del reino de Cristo. Todos estos propósitos del Evangelismo son importantes, aún más diremos: de inestimable importancia; sin embargo ellos no son sino medios para el cumplimiento de aquel fin por el cual todas las cosas vinieron a existir y continúan existiendo y para el cual Dios hace todo lo que hace, ya que en ello culminará un día toda la historia de la humanidad y continuará por edades sin fin, y esto es: La gloria de Dios.

En resumen: De entre todos los cristianos, el cristiano Reformado debe ser el más celoso para el Evangelismo. Si es realmente —no tan sólo nominalmente— un cristiano Reformado, así deberá ser.

15

DIOS Y EL METODO DEL EVANGELISMO

Generalmente hablando, el método del Evangelismo debe ser determinado por los principios del mismo. Sobre este punto creo que no hay lugar para diferencia de opinión. Sin embargo, no debe deducirse de ahí que cada detalle del método envuelve un principio. Con frecuencia el modo de proceder es determinado adecuadamente por algún sistema expeditivo. En otras palabras: Hay *"adiaphora"*, esto es, cosas que puedan tener la aprobación divina sin haber sido ordenados divinamente. Negar esto es no comprender el hecho evidente que las condiciones y circunstancias varian grandemente según los lugares. La testarudez no es buena teologia. Dios, sin duda, es un Dios de ley y de orden, pero también es un Dios que admite variedad. No hay dos hojas en todos los árboles del mundo que sean exactamente iguales; y aún cuando hay un sólo camino de salvación, que es Cristo, no hay dos personas que al andar por él hayan tenido experiencias completamente idénticas. La variedad tiene también su lugar en el método evangelístico.

Este capítulo tiene que ver, tan solo, con el método evangelístico en aquello que se encuentra íntimamente relacionado con principios evangelísticos. En otras palabras, los métodos que vamos a considerar tienen importancia teológica.

La procedencia de la Iglesia organizada

La Iglesia Cristiana es un agente ordenado por Dios para el Evangelismo. Esta verdad se aplica primariamente a la Iglesia como organización. A los apóstoles, que fueron el primer núcleo organizado en en el mundo, les dio Cristo el mandato de hacer discípulos en todas las naciones (Mateo 28-19). El día de Pentecostés la Iglesia organizada fue capacitada por el Espíritu Santo para realizar esta tarea (Hechos 2). Fue la iglesia de Antioquía de Siria la que, bajo la dirección del Espíritu, envió a Bernabé y a Saulo como misioneros (Hechos 13: 1-4).

De ahí no se sigue que los creyentes individuales no pueden ser testigos del Evangelio, deben serlo, con toda seguridad. Ni se sigue de ahí que grupos de individuos cristianos representando la Iglesia como un organismo, más que como organización, no puedan emprender esfuerzos evangelísticos. Pueden y deben hacerlo, bajo ciertas circunstancias. Sin embargo, existe el hecho de que, según la Escritura, la Iglesia organizada es el primer agente del Evangelismo, y ello trae varias implicaciones definidas. He aquí cuatro de las tales:

En primer lugar, la Iglesia organizada debe realizar labor evangelística. La actividad evangelística es una señal de la verdadera Iglesia, por lo tanto la Iglesia organizada no debe dejar enteramente la realización de esa tarea a sus miembros individuales, ni a las asociaciones voluntarias de sus hijos.

En segundo lugar, las asociaciones voluntarias de creyentes, no deben, en circunstancias normales, sustituir a la Iglesia, autorizada como agente del Evangelismo. Lo que más pueden es suplementar la obra de la Iglesi. Los comités misioneros, y los evangelistas independientes de control eclesiástico, solamente deben ser organizados cuando la Iglesia falla en realizar la tarea asignada por Dios, y todos los esfuerzos para persuadirla han fracasado.

En tercer lugar, los concilios eclesiásticos tales como El Concilio Nacional de Iglesias de Cristo, y el Concilio Internacional de Iglesias Cristianas, para nombrar solamente dos de tales organizaciones; no son iglesias. Un Concilio de iglesias no es una Iglesia, ni debería permitírsele ser una super-Iglesia. Por esta razón tales organizaciones tienen que abstenerse de usurpar las funciones que pertenecen propiamente a las iglesias constituídas, y una de las mayores funciones es la del evangelismo.

En cuarto lugar, la razón porque Dios ha asignado la obra del evangelismo principalmente a la iglesia organizada, es porque el resultado ha de ser, convertidos que deben unirse a la Iglesia. El propósito del evangelismo no es meramente la salvación de almas individuales, sino la adición de almas salvas a la Iglesia. Hablando de un modo general, es más de esperar que el evangelismo realizado por la Iglesia organizada contribuirá al crecimiento de esta, que el evangelismo llevado a cabo por sociedades voluntarias de creyentes.

La prioridad del evangelismo Educativo

Hay dos métodos de evangelismo en contraste, el evangelismo de masas y el evangelismo personal. No es necesario defender uno de estos con exclusión del otro. Pueden complementarse el uno al otro. Lo

que tiene que hacerse observar de un modo prominente es que sea cualquiera de estos dos métodos que se emplee, siempre la instrucción, enseñanza y educación debe tener prioridad.

Sobre la necesidad del evangelismo personal todos estamos de acuerdo. Asimismo con el evangelismo de masas, en la edad presente. Evidentemente hay argumentos de valor contra el evangelismo de masas, como es concebido y generalmente llevado a cabo hoy día.

Históricamente, el llamamiento del evangelismo de masas ha apelado, por lo general, a la voluntad y devoción de los creyentes. Esto se refiere al evangelismo predicado por Wesley y Withefield; hasta cierto punto al de Jonathan Edwards, y de un modo más seguro al de Dwight L. Moody, Charles G. Finney, Billy Sunday y Gipsy Smiths de tiempos más recientes. Hubo justificación en otros tiempos con respecto a este llamamiento urgente. Es que los evangelistas antes nombrados podían contar con cierta medida de conocimiento de las enseñanzas básicas del Cristianismo en las gentes que los escuchaban. Este supuesto ya no es válido hoy día, ni siquiera en países nominalmente cristianos, como Inglaterra y Estados Unidos de América. Hoy día las masas del pueblo están casi totalmente ignorantes de la historia bíblica, y de la doctrina bíblica; así como de las enseñanzas morales de la Biblia. Por consiguiente, la predicación evangelística debe ser hoy día, antes que todo, instructiva. El pueblo necesita ser enseñado en la Palabra de Dios. La frase tan repetida por Billy Graham en sus sermones "La Biblia dice" es evidentemente un esfuerzo para remediar tal ignorancia. Pero es un esfuerzo débil si se tiene en cuenta los límites de un sermón.

Hay otra razón más para dar énfasis hoy día al evangelismo educativo. Por ignorantes que sean las personas, y lo son mucho actualmente acerca de la religión cristiana, no puede negarse que la educación secular, aunque gravemente falta de solidez filosófica está mucho más extendida que hace medio siglo. El nivel general de la inteligencia ha aumentado, esto puede afirmarse, incluso de algunos países paganos. En los Estados Unidos casi todo el mundo está obteniendo estudios superiores. Nuestros colegios son incapaces de alojar a toda la juventud que trata de educarse. Esto hace que exista cierto desprecio hacia el evangelismo emocional. Existe una creciente y justa demanda a que el evangelista pruebe lo razonable de la religión cristiana. Esta demanda debe ser respondida por una apologética, razonable y bíblica. Existe la idea, en las mentes de muchos bien intencionados cristianos, de que el llamamiento a alguna manifestación inmediata, es una parte esencial e indispensable del evangelismo de masas. Pero hay una seria objección a tal procedimiento y es que apela demasiado a la voluntad y al emocionalismo. Tras de él aparece una falacia teológica. Se supone que el hombre irregenerado tiene capacidad, de su propia y libre voluntad, para aceptar a Cristo por la fe; y que es tarea del evangelista apelar por medio de una poderosa invitación, a la voluntad y emociones del hombre natural para "hacerle levantar".

En la parábola del sembrador, que podría ser en más razón denominada parábola de los terrenos, Jesús llama la atención al peligro en que se halla envuelto el evangelismo de masas tradicional. Dice el Señor: "Lo sembrado en pedregales, es el que oye la Palabra y luego la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, antes es temporal; que venida la tri-

bulación o la persecución por causa de la Palabra, luego se escandaliza" (Mateo 13: 20-21). El gozo es una emoción; el gozo repentino suele ser generalmente emocional. Evidentemente Jesús tenía en mente a la persona afectada solamente emocionalmente por el Evangelio, pero que no ha experimentado nunca en su corazón y su mente ningún cambio por la Palabra y el Espíritu de Dios. Por supuesto, no se refiere el Salvador al don del Espíritu Santo y el nuevo corazón. Sin embargo no puede tampoco significar que el don del Espíritu Santo, que es un corazón nuevo; y la aplicación de la Palabra de Dios en los corazones, dejará a los verdaderos convertidos, fríos y sin emoción alguna; pero la primera emoción no debe ser gozo, sino tristeza por el pecado, arrepentimiento hacia Dios y escape al Salvador crucificado. El gozo seguirá después.

¿Tenemos que condenar entonces el evangelismo de masas como tal? En ninguna manera. Hay claros ejemplos en el Nuevo Testamento de esta clase de Evangelismo que fue bendecido por Dios. El sermón pentecostal de Pedro fue predicado a millares, y consiguió tres mil convertidos de una vez. Pero no debe olvidarse el hecho de que el auditorio de Pedro consistía, mayormente, de judios dispersos que poseían buenos conocimientos de las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento, y a estos se dirigió el sermón de Pedro, refiriéndose a pasajes bíblicos que conocían. Aunque Pedro se dirigió en este sermón a los corazones de sus oyentes, como todos los predicadores deben hacer, no podemos olvidar que fue un sermón educativo. El apóstol probó por los profetas que Jesús de Nazaret, el que había sido crucificado, resucitado y ascendido a los cielos, era el verdadero Mesías; e informó

a sus oyentes de que aquel Jesús es quien había derramado sobre ellos el don del Espíritu Santo (Hechos 2: 14 a 40).

El Evangelismo de masas tiene que ser estimulado por obvias razones. Por la razón obvia de que el Evangelio tiene que ser llevado, tan pronto como sea posible, a tantos como sea dable alcanzar. El evangelista que tiene el privilegio de dirigirse a grandes masas, puede sentirse agradecido por tal oportunidad. Pero su mensaje debe ser de buena clase. Aunque apele al intelecto de los hombres, a sus voluntades, emociones e imaginaciones, tiene en primer lugar que enseñar la Palabra de Dios. Por desgracia no puede afirmarse que el evangelismo, en muchos casos, cumpla el propósito de la gran Comisión, que es de enseñar a las personas a guardar las cosas que Jesús ha mandado. Por esto hay hoy día una urgente necesidad de evangelismo educativo.

El evangelismo de masas tendría que preparar el camino para el evangelismo personal. Al predicar a grandes multitudes, el evangelista, deber dar oportunidad de un modo u otro a aquellos que quieran conocer más acerca del camino de Salvación a que lo expresen. Es asunto de suprema importancia que aquellos que expresan tal deseo sean realmente instruídos después.

De este modo el evangelismo personal sería el resultado del evangelismo de masas. Sin embargo el evangelismo personal no depende del evangelismo de masas, tiene un lugar por si mimo. En la Biblia ocupa un lugar muy prominente. La historia del proceder de Dios con Caín (Génesis 4: 9-15); de la reprensión de Nathan a David (1.° Samuel 12: del 1 al 14); la predicación del Señor a Nicodemo (Juan 3); la conversión de la mujer samaritana (Juan

4: 29); la del eunuco etiope (Hechos 8: 26-39); la del centurión romano, Cornelio (Hechos 10); del carcelero de Filipos (Hechos 7: 25-34); y del esclavo Onésimo, que hallamos en la carta de Filemon, son unos pocos de entre numerosos ejemplos. La razón, es concluyente. La conversión es una experiencia eminentemente personal. Nada puede ser más personal. Y debe ser notado que el evangelismo personal, ordinariamente obtiene una mejor oportunidad para y por medio de una enseñanza efectiva, que el que se hace ante las masas.

Cada iglesia debería tener una clase, presidida por el pastor, para la instrucción de candidatos que desean conocer el camino de salvación; y si alguna vez hay muy pocos de los tales, debe recordarse que no es trabajo perdido el instruir a un solo, pues "Hay gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente" (Lucas 15: 7).

Lo que debe abarcar el método adecuado

¿Cuál es el método más adecuado para el Evangelismo? Dicho en pocas palabras: El evangelista no solamente tiene que traer el evangelio de salvación del pecado y la muerte eterna, sino también instruir a las personas en los beneficios de la cultura cristiana, entre los tales puede referirse a la salud, cuidado médico, hospitales, escuelas, hogares, mejores métodos de agricultura, justicia y decencia entre las relaciones humanas. El problema de la paternidad necesita ser puesto actualmente en esta lista.

Hay que comprender lo que significa la verdadera cultura, pues se ha incluído en ella mucho que es indigno de tal nombre. Por ejemplo, los métodos del control de nacimientos, no pueden llamarse cultura cristiana; y todo lo que es contrario a la verdadera religión, tiene que ser excluído. Sin embargo la cultura, propiamente enseñada, es una gran bendición.

Como fue señalado bajó el título: "Dios y la táctica del Evangelismo", Jesús empleó este método cuando con sus milagros de sanidad preparó a los hombres para la recepción del Evangelio. Mandó a sus discípulos usar el mismo método cuando les instruyó, no solamente para que predicaran el Evangelio, sino para que curaran a los enfermos (Lucas 9: 2). Además, es un hecho innegable, que había mucha cultura en los países paganos, como por ejemplo Egipto, Babilonia, Roma, Persia y Grecia. El disfrute de tal cultura y no solamente después de la religión cristiana. Esto es verdad asimismo al introducir la religión cristiana entre los pueblos atrasados en los países atrasados paganos o entre los habitantes de los suburbios en las grandes ciudades. La conversión les permite disfrutar de un modo más pleno de los beneficios del Cristianismo.

Después de haber concedido gustosamente que hay un uso más adecuado del método inclusivo debe hacerse una seria advertencia. No es poco común para los partidarios de este método el pervertirlo. Los beneficios de la cultura son puestos de relieve a expensas del Evangelio. Dicho brevemente. La cristianización cuyo fin último es el Evangelismo, es substituída por la civilización.

No es superfluo insistir en lo que debe ser evidente, que Evangelización debe ser evangelización.

La primordial tarea del Evangelista es traer el Evangelio. Al hacer esto debe hacer uso de varias ayudas, pero cualquier ayuda que emplee debe ser subsidiaria a la realización de su tarea. La difusión del Evangelio es su único propósito. Y el Evan gelio son las Buenas Nuevas de lo que Dios ha hecho en Cristo para salvar a los hombres perdidos de la culpa del pecado y del poder de la corrupción moral para impartirles justicia y santidad a fin de calificarles para su servicio en la tierra; escapar del infierno y entrar en la perfecta bendición del cielo.

Los medios modernos de transporte y comunicación

Aunque es innecesario decirlo debe recordarse al lector que el mundo de hoy día es en muchos aspectos totalmente diferente del de Pablo, en otras palabras, es mucho más pequeño. Comparativamente hablando Tokío está hoy día mucho más cerca de Nueva York que Roma de Jerusalem en los días de Pablo. Los medios modernos de transporte especialmente el Jeep, lo han transformado todo y los modernos medios de comunicación como la radio han prácticamente anulado las distancias. No todos los cristianos aprecian tales inventos como debieran; algunos parecen recelosos acerca de ellos, pero no deben ser así. Consciente o inconscientemente el hombre está cumpliendo con duro esfuerzo el mandato recibido de Dios de subyugar la tierra y todas sus fuerzas inherentes (Génesis 1: 28). Tales inventos como los antes mencionados representan el descubrimiento por parte del hombre de aquellas leyes de la naturaleza dadas por Dios desde un principio, de la creación.

Aunque es posible también y aún verosímil que según el mito imaginario Frankestein de la señora

Schelley, la raza humana podría descender hacia su propia destrucción por medio de sus inventos, no debe ser olvidada la verdad que Dios quiere que su Iglesia haga un uso diligente y eficaz de los medios modernos de transporte y comunicación para la más pronta extensión del Evangelio a las partes más remotas de la tierra, apresurando así el día de la vuelta triunfal de Cristo (Mateo 24: 14).

Esto también demanda una profunda teología.

La Iglesia indígena

Indígena significa simplemente nativo y no es ninguna expresión peñorativa cuando lo aplicamos a ciudadanos de países civilizados.

En décadas recientes muchos han insistido en que muy pronto cuando la Iglesia ha nacido en un país extranjero por la predicación del Evangelio, el misionero encargado debe trasladarse a otro país y dejar la nueva iglesia nativa organizada navegar por sí misma. Uno de los más ardientes abogados de esta política fue Juan Livingston Newius, que trabajó como misionero presbiteriano en China y Japón desde el año 1854 hasta su muerte en 1893. El método empleado por él y que algunas veces lleva su nombre, fue pronto adaptado por los misioneros en Corea y obtuvo grandes éxitos. El método indígena de Newius para la obra misionera insisten cuatro puntos particulares: "Sostenimiento propio, gobierno propio, educación propia y propia propagación por la iglesia nativa".

No es difícil encontrar argumentos válidos para este método. He aquí algunos de ellos.

En cuanto al sostenimiento propio, por regla general no es sano, para una iglesia nativa permanecer financieramente dependiente de una iglesia

o de varias que la sostengan desde un país cristiano remoto. Más que una gracia que se recibe, todos los creyentes deben ser enseñados que el Cristianismo es un sacrificio requerido para obtener su fruto en la eternidad. Y si la Iglesia nativa se sostiene a si misma, los fondos que gasta el misionero que fue instrumento para su fundación pueden servir para el mayor entendimiento del Evangelio.

En cuanto al gobierno propio puede llamarse la atención al hecho de que cuando Pablo y Bernabé volvieron a Antioquía de su primer viaje misionero, visitaron los lugares donde la semilla había llevado fruto y "ordenaron ancianos en cada iglesia" (Hechos 14: 23). Esto significaba una gran medida de gobierno propio. Puede ser también argüido con toda razón que cada iglesia local o particular, en vez de ser una pequeña parte del cuerpo místico de Cristo es una manifestación de este cuerpo en su totalidad, o hablando en términos teológicos, una "*Ecclesia completa*". De este principio se sigue que ninguna iglesia debe señorear sobre otra. En cuanto a educación propia, cada convertido debe comprender claramente el hecho de que sólo tiene una pequeña iniciación en el conocimiento que debiera tener y que por tanto mediante diligente estudio de la Palabra de Dios en privado o en colaboración con otras es su deber "crecer en la gracia y conocimiento de nuestro Señor Jesucristo" (2.ª Pedro 3: 18). Asimismo que el pastor nativo no tiene mayor deber de discutir y ganar personas de fuera que el enseñar a su rebaño la Palabra de Dios".

En cuanto a propagación propia, que cada miembro o iglesia nativa debe ser enseñada que comparte el sacerdocio universal de los creyentes, por tanto tiene un solemne deber de confesar a Cristo delante de los hombres (Mateo 10: 32-33). Y

mostrar las virtudes de aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable (1.ª Pedro 2: 9). Si la membresía de la Iglesia nativa es fiel a este respecto, el misionero que les ayudó a encontrar la verdad estará en posesión de seguir el ejemplo de Pablo, quien, según su propio testimonio se esforzó en predicar el Evangelio donde Cristo no había sido nombrado, no fuera que edificara sobre fundamento ajeno. (Romanos 15: 20) y así la difusión del Evangelio será acelerada. También en muchos casos se encontrará que un evangelista nativo tiene más influencia con sus vecinos no salvados de la que pudiera tener un misionero extranjero.

Algunos sucesos de actualidad en el mundo proveen un fuerte argumento en favor del método indígena. Ahora que los misioneros cristianos son desterrados de la China Comunista es muy de desear que las comunidades cristianas nativas en aquel país hayan aprendido la práctica del sostén propio, gobierno propio, educación propia y propagación propia. Lo que ha sucedido en aquel país puede suceder en otras partes.

La enseñanza escritural de la preservación o perseverancia de los santos, ha sido usada para exagerar el método indígena. Se arguye que puesto que es cierto que Dios, que empezó una buena obra en los nuevos convertidos, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Filipenses 1: 6), el misionero que ha sido el instrumento en traerles a la fe puede partir ya en cualquier momento. La doctrina de la eterna seguridad de los creyentes es ciertamente muy preciosa; sin embargo la anterior argumentación debe ser juzgada como simplista. No tiene en cuenta la verdad de que la salvación no es meramente una experiencia momentánea, sino un proceso de toda la vida y falla en hacer justicia al

hecho evidente de que al hacer que sus hijos perseveren en la fe y crezcan en santidad, Dios emplea su palabra como medio. ¿No intercedió Jesús por sus discípulos diciendo: "Santifícalos en tu Verdad"? (Juan 17: 17). De ahí se sigue que puede ser una ventaja espiritual para los miembros de una iglesia nativa, recién organizada, el que el misionero continúe por algún tiempo enseñando la Palabra de Dios.

Aunque por lo general puede hacerse mucho bien, bajo el método antes expuesto, el principio de la iglesia indígena, si puede llamársele principio no puede tener validez universal ni en todas las circunstancias.

Las iglesias nativas pueden continuar teniendo necesidad de ayuda financiera por un período de tiempo indeterminado. En este momento las iglesias del sur de Corea son un ejemplo. Una iglesia establecida en una colonia de leprosos sería otro ejemplo.

En la edad apostólica, el gobierno propio de las iglesias gentiles no fue sin limitaciones. Cuando los judaizantes con su insistencia en favor de la circuncisión de los convertidos gentiles al Cristianismo, crearon un serio problema en aquellas iglesias, el asunto no fue dejado a su discreción, sino que fue traído al Concilio de Jerusalem, compuesto de "ancianos y apóstoles" para que diesen su fallo (Hechos 15). Y, por extraño que parezca la Iglesia de Corinto tuvo que ser exhortada, y lo fue perentoriamente por el apóstol Pablo, a que excomunicara a un miembro que vivía en pecado de incesto (1.ª Cor 5). Sucesos recientes en la historia mun-

dial han probado que no toda tribu o nación africana es capaz de tener un gobierno civil propio. La aserción de que cada iglesia nativa es, desde el mismo instante de su fundación, capaz de ir adelante en su propio gobierno sin ninguna ayuda no puede ser garantizada.

Nadie osaría decir que el misionero Pablo dejó a las iglesias que había fundado la tarea de educarse a sí mismas. Por el contrario él continuó educándolas con sus visitas y sus epístolas. En su 2.ª carta a los Corintios, que probablemente fue escrita en el año 57, unos 5 años después de su primera visita a aquella ciudad, expresó la esperanza de predicar el Evangelio en las regiones más allá de ellos, y dijo: "Cuando vuestra fe haya crecido" (2.ª Cor. 10: 15-16). Aún desde su prisión en Roma trabajó con todas sus fuerzas en la tarea de edificar a las iglesias en la fe, y continuó haciéndolo hasta el día de su martirio.

Con respecto a la propia propagación, cuando los evangelistas nativos se dirigen por su cuenta a esta tarea necesaria, pueden en algunos casos hallar de mucho valor el consejo y guía de los misioneros.

Ultimamente se oye decir que a las iglesias de convertidos recientes no debería pedírseles adoptar credos históricos de la cristiandad, sino ser animados a fijar su propia versión de la doctrina cristiana. Es difícil imaginar otro consejo peor. Solamente puede ser dado por aquellos que están faltados de todo sentido histórico o que son hostiles a la verdad que es en Cristo. ¿Dede la Iglesia cristiana de hoy ignorar prácticamente la historia entera del

Cristianismo? ¿No tiene el pasado lecciones que enseñarles? y ¿No son aquellas grandes confesiones el *Credo Niceno, el Credo Apostólico, la Confesión de Ausburgo, los 39 artículos de la Iglesia de Inglaterra, los Cánones de Dort y la confesión de Wesminster*, productos de la Guía dada a la Iglesia histórica para hallar la Verdad por el Espíritu de Verdad por Cristo Jesús? (Juan 16: 13). Burlarse pues de esta guía es un pecado grave.

16

DIOS Y LA COOPERACION EN EL EVANGELISMO

La Iglesia y el Estado

El antiguo y espinoso problema de la relación entre la Iglesia y el Estado surge frecuentemente en la práctica del Evangelismo. En las misiones extranjeras está poniéndose más agudo por la natural razón de que el misionero tiene que ver con dos gobiernos, el suyo propio y el de la gente entre los cuales trabaja, y este último en muchos casos no ha sido influenciado por las tradiciones cristianas.

Lo que sigue no pretende ser la última palabra en este intrincado problema, sino unas breves declaraciones sobre principios teológicos acerca del asunto.

La posición tomada algunas veces de que la Iglesia, a causa de su carácter espiritual, tiene que rehusar todo contacto con los gobiernos civiles, es totalmente insostenible. Representa la idea anabaptista en sus peores tiempos. No puede divorciarse de este modo lo espiritual y lo natural o humano.

Ambas son creaciones divinas, y el Dios único se ha revelado en ambas esferas. Lo natural sirve como fondo necesario a lo espiritual. Por ejemplo: Dios hizo el Pacto natural con Noé, y le garantizó la continuidad de la raza humana (Gén. 8: 21-22). Subsecuentemente empero Dios estableció con Abraham el Pacto de la Gracia, por el cual garantizó la continuidad de la Iglesia (Génesis: 17-7), o sea del pueblo de Dios sobre la tierra. Lo último presuponía a lo primero, y aún lo requería. Por tanto, podemos decir que, tanto el Estado como la Iglesia son instituídos divinamente. "Que toda alma se someta a las potestades superiores, pues no hay poder sinó de Dios: y los poderes que son, de Dios son ordenados" (Romanos: 13: 1).

Tanto los predicadores, como los políticos, se glorían en proclamar la *absoluta* separación de la Iglesia y el Estado. Esta frase es una irresponsabilidad. Los que la usan no se han tomado el trabajo de pensar seriamente en el asunto, pues es evidente por si mismo, que no hay dos esferas en la vida humana completamente independientes la una de la otra. Cuando el Estado toma una decisión de carácter moral, como ocurre a veces, es deber de la Iglesia iluminar al Estado sobre sus deberes, con la Palabra de Dios. Por ejemplo, si el Estado proclama una ley que pide de los ciudadanos alguna violación de la Ley Moral de Dios, ¿quién negará a la Iglesia el derecho, y aún el deber, de protestar?

Por otra parte, el Estado tiene que velar por los derechos de las Iglesias. Por ejemplo en lo que se refiere a sus propiedades. Y pocos negarán que es una tarea asignada por Dios al Estado el proteger a la Iglesia en el ejercicio de la libertad religiosa, contra perturbadores o burladores.

Naturalmente, la relación adecuada entre la

Iglesia y el Estado, no es un problema de fácil solución en todos sus aspectos. Sin embargo, hay ciertas conclusiones sobre este problema, en relación con el Evangelismo, que son incontrovertibles.

En primer lugar, que el Estado no puede practicar el Evangelismo. Es una tarea asignada indudablemente por Dios a la Iglesia. Las funciones propias del Estado son totalmente otras; por ejemplo el castigo de los delincuentes y la promoción de los que hacen bien (Romanos 13: 3-4). En una palabra, el mantenimiento de la justicia en las relaciones humanas. Aquí se aplica el principio de las dos soberanías. Hablando estrictamente, solamente Dios tiene la soberanía; pero el Dios soberano ha asignado autoridad —o sea una soberanía relativa— a la Iglesia, y otra al Estado en sus respectivas esferas de la vida humana. Y del mismo modo que la Iglesia no puede inmiscuirse en la soberanía del Estado, el Estado no debe inmiscuirse en la soberanía de la Iglesia.

Cuando el rey Saul, antes de entrar en batalla con los filisteos, usurpó la función sacerdotal de ofrecer a Dios el sacrificio, Dios le rechazó como rey sobre Israel (1.ª Samuel 13-14). Cuando Uzzías trató de quemar incienso en el Templo, lo que era una prerrogativa tan sólo de los sacerdotes como representantes de la Iglesia, en la antigua Dispensación. Dios le hirió de lepra (2.ª Crónicas 6-21). Y cuando Carlomagno, fundador del sacro Imperio-Romano, obligó a naciones enteras a aceptar el bautismo con la punta de la espada, fue más allá de los límites que Dios ha ordenado a los gobiernos civiles. Por otra parte, tampoco la Iglesia tiene que pedir permiso al Estado para predicar la Palabra de Dios. Hacerlo así constituye una ignominiosa rendición por parte de la Iglesia a la soberanía que Dios le ha

dado. Sería una repugnante substitución del Estado en vez de Cristo como jefe de la Iglesia y un reconocimiento imperdonable del Totalitarismo estatal. Esto es muy importante hoy día porque existe esta pestilente tendencia. Es una idea herética la de que los hombres poseen las libertades básicas que se denominan: de reunión, de palabra, de prensa, de religión y de culto, por gracia del Estado. De ningún modo. Estas libertades han sido dadas por Dios, y son por lo tanto inalienables. Fue Dios quien otorgó a la Iglesia el derecho, así como el deber de predicar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Habiendo recibido este derecho del Rey de reyes, la Iglesia no tiene que suplicarlo a los magistrados civiles.

Tampoco la Iglesia debe llegar a tal grado de degradación que se convierta en un instrumento del Estado. Esto ha ocurrido en el pasado, especialmente en el período anterior a la Reforma. Como réplica a Roma, que enseñaba la supremacía de la Iglesia sobre el Estado, las iglesias de la Reforma llegaron al extremo opuesto, o sea al Erastianismo, que considera la Iglesia como una fase del Estado, y por tanto pone a la Iglesia bajo su dominio. Este es el caso con las iglesias del Estado establecidas en muchos países europeos. No fue hasta el siglo XIX cuando empezaron a florecer las iglesias libres; y hasta el presente no han logrado todavía sustituir a las iglesias estatales. Mucho daño ha resultado de esto en la obra de las misiones, ya que por esta causa el destino de las misiones se vio ligado a las maniobras políticas de países extranjeros. En una palabra, las misiones extranjeras fueron consideradas, y a veces vinieron a ser de verdad, órganos políticos.

Un remarcable y triste ejemplo de los males que esto ha producido puede verse en el levantamiento boxer de la China, en el año 1900. Debido a la intervención de otros gobiernos en los asuntos internos de esta nación se levantó una intensa oleada de odio contra los extranjeros por todas las provincias del norte de China, y muchos misioneros fueron asesinados.

Es deber del Estado proteger a sus ciudadanos, incluyendo la iglesia en el ejercicio de la libertad religiosa. Acerca de esto hay casi completa unanimidad en el Protestantismo actual (1).

En su forma original la Confesión de Fe de Westminster, que fue un producto del período de la Reforma, adoleció de un fuerte sentido estatal. En 1788 debido, en parte, a la influencia del gran bautista americano Rogelio Williams, los presbiterianos de América quitaron ese error de su principio doctrinal. Ya no se asignó a los magistrados civiles el deber de "tener cuidado de que la unidad y la paz sea preservada en la Iglesia; que la verdad de Dios sea guardada pura y entera; que todas las blasfemias y herejías, sean suprimidas, así como todas las corrupciones y abusos del culto; que la disciplina sea mantenida y todas las ordenanzas de Dios sean debidamente fijadas, administradas y observadas". Ni pudo ya decirse con referencia al Estado: "Tiene poder la autoridad civil de convocar sínodos, estar presente en ellos, y procurar que todo lo que se acuerde sea conforme con la voluntad de Dios". En cambio se pudo insistir en esta antigua declaración.

(1) Aunque con notable y lamentable retraso, la Iglesia Católica parece haberse sumado a este sentir general de nuestro siglo en el Concilio Vaticano II celebrado en los años 1964-1965.

que en parte chocaba con las anteriores, y que era ya una previsión del concepto de Libertad Religiosa: "Como padres de la nación, es deber de los magistrados civiles proteger a la Iglesia de nuestro común Señor, sin dar preferencia a ninguna denominación de cristianos sobre las restantes, de modo que todas las personas eclesiásticas, cualesquiera que fueren, puedan gozar de plena e indisputada libertad en el desempeño de cada una de sus sagradas funciones, sin violencia ni peligro". (Confesión de Fe de Westsminster XXIII, 3).

Que esta actitud es escritural, no admite duda. Se halla implícita en la afirmación de Pablo en Romanos 3: 13-4: "Porque es ministro de Dios para tu bien". Como una ilustración de este punto, podemos ver como el mismo Pablo apeló a su ciudadanía romana. En virtud de ella pudo llevar a cabo libremente su labor misionera por todas partes del Imperio, y por lo menos en tres ocasiones, cuando sufrió violencia e injusticia, insistió en sus derechos.

Ante los magistrados de Filipos Pablo protestó enérgicamente: "Azotados públicamente sin ser condenados, siendo ciudadanos romanos ¿nos echan de la prisión encubiertamente? No; sino vengan ellos mismos y sáquennos". (Hechos 16: 37). Cuando la guarnición romana de Jerusalem que le custodiaba recibió órdenes de su capitán de que Pablo fuese examinado por azotes, se encaró con el centurión y le dijo: "¿Te es lícito azotar a un ciudadano romano sin ser condenado? Lo que puso temor en el centurión y evitó la prueba por azotes (Hechos 22: 24-29). Finalmente, cuando Festo, procurador de Judea, queriendo agradar a los perseguidores judíos, sugirió que Pablo fuese llevado a Jesusalem en vez de Cesarea, el apóstol rehusó la injusta proposición e hizo uso de su privilegio como ciu-

dadano romano de apelar al Emperador (Hechos 25-11). En la providencia del todo sabio Dios, esta apelación tuvo como resultado la entrada del Evangelio en la capital del mundo.

Los escritos de Pablo tienen un pasaje que se refiere directamente a este punto. En 1ª Timoteo 2: 1-4 el apóstol exhorta a que se hagan "rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres: por los reyes y por todos los que están en autoridad". El apóstol afirma que tales oraciones de los cristianos conducirán a que "vivamos quieta y reposadamente, con toda piedad y honestidad". Pero no se detiene aquí, sino que declara que Dios se agrada de la intercesión de su pueblo por sus gobernantes, y que la consecuencia del vivir pacífico contribuirá al cumplimiento del deseo divino de que: "todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad". En resumen, este pasaje enseña que si los magistrados civiles gobiernan del modo debido, ello promoverá la extensión del Evangelio.

Quedando pues establecido que es una función del Estado, asignada por Dios, el proteger a la Iglesia y a sus miembros en la práctica del Evangelismo, debemos llegar a algunas conclusiones concretas.

Según la ley internacional, cada nación es su propio juez respecto a quién pueda entrar en su territorio y quién no. Por tanto, aun cuando la Iglesia de Cristo no necesita pedir permiso a ningún gobierno de la tierra para predicar el Evangelio, es natural y propio que solicite a un gobierno extranjero la admisión de sus misioneros, y es razonable que la Iglesia pida la ayuda del gobierno de su propio país en favor de esta gestión.

¿Significa esto que no es posible ninguna clase de cooperación entre los Cristianos y por ejemplo los Budistas, Confucionistas, Taoístas, Shintoístas y Mahometanos? La respuesta debe ser negativa. En virtud de la gracia común de Dios a todos los hombres, los cristianos pueden cooperar con los adherentes de otras religiones en cuestiones seculares, para el bien y la justicia, tales como la lucha contra el analfabetismo, el adelanto de la medicina y la justicia social. Es aún concebible que puedan luchar codo con codo en oponerse a un déspota totalitario que pretenda privar a todos de la Libertad religiosa. Pero cuando se llega al Evangelismo, no existe mensaje común con el cual coincidir. Aquí se aplica la prohibición absoluta que el apóstol dirigió a los miembros de la iglesia de Corinto que aún no habían roto con las prácticas del culto pagano: "No os juntéis en yugo desigual con los infieles, porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: "Habitaré y andaré entre ellos y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré y seré a vosotros por padre y vosotros me seréis hijos e hijas, así dice el Señor todopoderoso" (2.ª Cor. 6: 14-18).

Muchos estudiantes de religión son inclinados a decir que el Judaísmo y el Cristianismo tienen un origen común, puesto que ambos honran el Antiguo Testamento como libros sagrados. Dicen que, puesto que el mensaje religioso que ambos proclaman, tiene mucho de común; deben por tanto, por todos

los medios, juntar sus esfuerzos para la evangelización del mundo. Esta argumentación ignora el hecho crucial de que el Judaísmo ha rechazado a Jesús de Nazaret como Mesías, y es este hecho lo que hace una religión falsa. Puesto que Cristo es la más pura revelación del Dios, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, el Judaísmo ha vuelto sus espaldas al único Dios verdadero; se ha burlado del único Salvador de la humanidad; enseña la salvación por la justicia humana. Por tanto, la cooperación del Cristianismo con el Judaísmo, en el aspecto religioso o de Evangelismo, es imposible.

Ortodoxia y Heterodoxia

Si el Protestantismo y el Catolicismo Romano pueden colaborar en el Evangelismo, es casi tan sólo una pregunta teórica. En la práctica Roma ha desechado siempre semejante colaboración, y se ha opuesto firmemente al Evangelismo protestante. Hoy día creen algunos que ha llegado el tiempo cuando la pregunta se hará actual. Si esto ocurre, el Protestantismo tendrá que definir antes si hay que mirar a Roma como una iglesia verdadera o falsa. La estimación valiente en sus días, pero cuidadosa, de Calvino acerca de Roma debe ser citada aquí: "Aunque nos negamos a conceder el nombre de Iglesia al conjunto de papistas, no negamos que hay iglesias entre ellos... los llamo iglesias por cuanto el Señor ha preservado maravillosamente algunos restos de su pueblo en esta sociedad. Aunque esparcidos y extorsionados, son todavía símbolos que quedan de la verdadera Iglesia; restos cuya eficacia, ni el engaño del diablo, ni la humana pravedad pueden destruir. Pero aun cuando, aquellas marcas de la verdadera Iglesia que debiéramos po-

humano que fue hecho divino. Carl Barth concibe la reconciliación entre Dios y el hombre, no tanto como la satisfacción de la justicia divina por el sacrificio voluntario de Cristo en la cruz, sino como un puente echado entre Dios Creador y el hombre su criatura, cuando el Verbo se hizo carne. Barth apunta *también*, aunque *tímidamente*, la peligrosa enseñanza de la salvación universal.

Es *notoriamente* conocido que, tanto el antiguo como el nuevo Modernismo son extremadamente influyentes en el Concilio Nacional de Iglesias de Cristo de los Estados Unidos de América, y en el Concilio Mundial de Iglesias. Las altisonantes declaraciones de estos concilios "Jesucristo, Divino Señor y Salvador" y "Nuestro Señor Jesucristo, Dios y Salvador" son dejados a una amplia línea de interpretaciones. Por ejemplo Juan Knox del Union Teological Seminary de Nueva York considera la alegación de que Jesús es Dios, como un mero símbolo.

En el Evangelismo la cooperación de los cristianos evangélicos con los oponentes de las enseñanzas cardinales de la Religión Cristiana, está excluida. Aún más, está prohibida; no sólo por la condenación de Pablo de todo predicador de un Evangelio falso (Gálatas 1: 8-9); sino también por el mandato del apóstol Juan: "Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no le recibais en casa ni le digais bienvenido" (2.ª Juan 10). Por supuesto no puede ser evitada toda relación entre creyentes e incrédulos, pues para esto los creyentes tendrían que salir del mundo (1.ª Cor. 5: 10); pero como dice Meyer en su comentario sobre el Nuevo Testamento: "No meramente la recepción hospitalaria, sino también la relación amistosa tiene que negarse al falso maestro cuando viene como un hermano cristiano". En esta edad de "tolerancia religiosa" la Iglesia Cristiana

necesita recordar este exclusivismo prescrito por el apóstol del amor.

Evangélicos y evangélicos

Un cristiano evangélico puede ser definido como una persona que sostiene las enseñanzas fundamentales del Cristianismo histórico. Esta declaración implica la posibilidad de colaboración entre los evangélicos de diversas denominaciones en el Evangelismo. La necesidad de tal colaboración proviene, empero, de algo más evidente que la idea de que los que proclaman el mismo Evangelio deben presentar un frente unido. El antiguo dicho "la unión hace la fuerza" contiene ciertamente algo de verdad. Desde el punto de vista humano parece razonable esperar que el impacto del Evangelio será reforzado por la unidad de aquellos que lo proclaman.

Sin embargo la extensión que puede darse a tal cooperación presenta problemas que requieren estudio.

¿Deben todas las iglesias evangélicas unirse en un Concilio Mundial de Iglesias y asignar la tarea de evangelizar al mundo a este Concilio? Concretamente ¿deberían tales organizaciones como la "National Association of Evangelicals" la World Evangelical Fellowship" el "American Council of Christian Churches" y el "International Council of Christian Churches", fundirse y tomar en sus manos la evangelización del mundo, que actualmente llevan a cabo las denominaciones adheridas a estos cuatro organismos mundiales evangélicos?

Aunque es lamentable que estos Concilios mundiales de iglesias evangélicas compitan unos con otros, hay serias objecciones a este tipo de cooperación. La primera es que una fusión tal crearía una super-Iglesia. La verdad es que un Concilio de

Iglesias no es en sí mismo una iglesia, y Dios ha encomendado la proclamación del Evangelio, específicamente a Su Iglesia.

Si cada denominación evangélica se considerara a sí misma como la única Iglesia verdadera de Jesucristo, debería, por supuesto, tratar de reproducirse en cada campo misionero del mundo. Pero este no es el caso. A pesar de todas las diferencias que existen entre ellas, las iglesias evangélicas, hablando de un modo general, se reconocen unas a otras como verdaderas iglesias. Esto no significa que quieran relegar toda diferencia al limbo de las cosas insignificantes. Por ejemplo, una iglesia que practica el bautismo infantil por convicción, no meramente por la fuerza de la tradición, insistirá en que los hijos de los creyentes no sólo *pueden* sino que *deben* ser bautizados en virtud de su inclusión en el Pacto de la Gracia. Una Iglesia bautista, por el contrario sostendrá, como principio, el bautismo tan sólo de creyentes adultos. Esta diferencia no podrá menos que repercutir en el Evangelismo. El evangelista paido-bautista bautizará a los hijos de los convertidos, y el bautista hará lo opuesto. Es inevitable que cierta medida de denominacionalismo tiene que existir en los campos misioneros, aun entre los evangélicos.

Sin embargo, todas las iglesias evangélicas pueden cooperar en actividades evangelísticas, como por ejemplo: Traducción de la Biblia a diversas lenguas; distribución de la Palabra de Dios; apoyo común ante las autoridades civiles en diversas cuestiones, y para facilitar la admisión de misioneros en países extranjeros; apoyo y cooperación para mantener abiertas las estaciones de radio a la predicación ortodoxa, etc. En tales asuntos deben trabajar unidas hombro con hombro.

Las iglesias que se honran unas a otras, considerándose verdaderas manifestaciones del cuerpo de Cristo, deben también practicar cierta medida de comunión eclesiástica. Esto significa que deben respetar sus mutuos esfuerzos evangelísticos, absteniéndose de interferencias enojosas entre ellos. De un modo positivo, deben ayudarse mutuamente.

Pero tenemos que considerar aquí el más serio obstáculo que existe a la cooperación, sin restricciones, entre los propios evangélicos. Hay entre ellos ciertas diferencias doctrinales que afectan de un modo directo a la presentación del Evangelio, y que no son insignificantes. Entre estas diferencias tiene te con la del Arminianismo. Ambas sostienen plenaque mencionarse la de la fe Reformada en contraste con la del Arminianismo. Ambas sostienen plenamente que la oferta divina de salvación es perfectamente sincera de parte de Dios hacia toda persona a la cual llega el anuncio del Evangelio; y que nada agrada más a Dios que la aceptación de esta oferta con plena fe. También concuerdan que el pecador está obligado a creer en Cristo, y que si falta a esta obligación perecerá por su propia falta, y no por culpa de parte de Dios. Sin embargo, hay apreciables diferencias. El Arminiano enseñará que Dios se propuso salvar por la muerte de su Hijo a cada pecador; el Calvinista insistirá en que Pablo nunca se dirigió a los pecadores en esta forma, y que no podía hacerlo, porque ello implicaría que la pobre criatura puede tergiversar los planes del Todopoderoso. El Arminiano dirá a los hombres no regenerados que tienen la capacidad para creer en Cristo, y que si la ejercitan, de su libre voluntad, serán nacidos de nuevo; el calvinista insistirá en que el hombre irregenerado, muerto en sus delitos y pecados (Efesios 2: 1), no vendrá, ni puede venir a Cristo

por la fe, excepto que Dios lo atraiga por la irresistible gracia regeneradora del Espíritu Santo (Juan 6: 44). Que nadie califique estas diferencias como de menor importancia, ni las ridiculice. Sobre este asunto, Benjamín B. Warfield dice en: *"El plan de la salvación"*. Este asunto es fundamental y tiene que ser tratado claramente. ¿Es Dios, el Señor quien nos salva, o somos nosotros mismos? ¿Nos salva Dios o simplemente nos abre la puerta de salvación y deja a nuestro propio criterio el andar o no por ella? De ahí parten todos los caminos entre el Cristianismo y el Autosoterismo.

A pesar de la gravedad de este punto tenemos motivos para no desanimarnos. En sus oraciones mensajes y cánticos, los evangelistas de tendencia arminiana frecuentemente confiesan la completa dependencia de Dios, en el asunto de la conversión. Notables arminianos han podido y pueden cantar el conocido himno:

Que el movió mi alma a buscarle, buscándome a mi.
No fui yo que te encontré, bendito Salvador!
Sino que yo fuí hallado por Tí.
Busqué al Señor y supe después

Gracias sean dadas a Dios que hay numerosos evangélicos, esparcidos en diferentes denominaciones, que están plenamente de acuerdo sobre el Evangelio de Jesucristo. Que estos colaboren con celo, y de todo corazón, en la extensión de las buenas nuevas de la Gracia de Dios.

17

DIOS Y LA EFECTIVIDAD DEL EVANGELISMO

La comunicación del Evangelio

Recientemente ha surgido una nueva ciencia, o hablando con más propiedad, se ha dado un nuevo nombre a una ciencia antigua. Lo que hace tiempo se llama retórica, y después elocución, es conocido hoy día bajo el nombre de *comunicación*, esto es la ciencia de traer un mensaje, ya sea por la palabra hablada, por escrito, o por la acción o mímica.

Es difícil precisar cuanto de esta ciencia de *la comunicación* conocían tales predicadores evangelísticos como Wesley, Whitefield, Edwards, Spurgeon, Moody, Sunday y Meyer, pero ciertamente eran maestros en este arte. Esto es también un hecho en el caso del evangelista Billy Graham y de P. H. Eldersveld, de la "Back-to-God Hour"; el programa por radio de la Iglesia Cristiana Reformada. Podríamos decir quizá que *la comunicación* es en primer término un don, en segundo lugar un arte, y en el más remoto sentido, también una ciencia.

ra aquel día" (2ª Tim. 1-12). Debe también tener una verdadera pasión por las almas perdidas, que le impele a buscarlas como Dios las busca, y rogarles en nombre de Cristo, "Reconciliaos con Dios" (2ª Cor. 5, 20). Debe tener, finalmente, un supremo amor al Salvador que le amó primero hasta el punto de poder exclamar:

¿Y qué podré yo darte a Ti
a cambio de tan grande don?
Mi ser entero, amor y fe
Toma ¡oh Dios! mi corazón.

Puesto que el predicador es un pecador salvado por gracia, debe poder proclamar el amor de Dios con más elocuencia que los ángeles.

Una tal comunicación del Evangelio de Dios, tiene que ser forzosamente medio de bendición, con plena eficacia.

El don de la conversión

El término *comunicación* tiene todavía un sentido más extenso que aquel en que se emplea en el anterior argumento. Se dice que los oradores, los escritores y actores, tienen que comunicar sus *convicciones* a la gente a las cuales se dirigen. Puede decirse enfáticamente que la comunicación, en este sentido, excede el poder del más elocuente y piadoso evangelista. Es tarea del evangelista comunicar el Evangelio a los hombres; pero impartir al hombre la fe en el Evangelio es una prerrogativa de Dios.

La fe salvadora no es un don del evangelista al oyente inconvertido, "es el don de Dios" (Efesios 2: 8). Ningún evangelista ha jamás impartido fe en Cristo a una sola alma; esto tan sólo puede ser obrado en los corazones humanos por el Espíritu Santo, pues "nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por

el Espíritu Santo (1.ª Cor. 12: 3). Ningún pecador ha sido jamás convertido por un evangelista, pues el autor de la conversión es Dios. La Escritura relata la conversión de Lidia y dice: no que ella abrió la puerta de su corazón por dentro, ni que los convincentes razonamientos, y el elocuente llamamiento del gran apóstol de los gentiles ablandaran su corazón; sino que enfatiza que, "el Señor abrió su corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía" (Hechos 16: 14).

Es comprendiendo la realidad de la completa dependencia de Dios por parte del evangelista para dar efectividad a sus labores que el más célebre misionero escribió: "¿Quién es Pablo y quién es Apolos? ministros por los cuales habéis creído, y esto según el Señor dio a cada uno. Yo planté, Apolos regó, pero Dios da el crecimiento. Así que ni el que planta ni el que riega es algo sino Dios que da el crecimiento" (1.ª Cor. 3, 5-7).

Es una profunda enseñanza de la Sagrada Escritrua el que la última razón que puede darse al hecho de que una cierta persona venga a la fe, reside en la "elección soberana de Dios desde la fundación del mundo". En la frase de Jesús "muchos son llamados pero pocos escogidos" (Mateo 22: 14) queda implícito que, de los muchos que son llamados por el Evangelio, los pocos que creen, lo hacen porque fueron divinamente escogidos a este propósito desde la Eternidad. Asimismo Lucas, dijo, refiriéndose al resultado de la predicación de Pablo y Bernabé a los gentiles de Antioquía de Pisidia: "Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna" (Hechos 13: 48). Dios los ordenó e hizo efectiva su elección impartiéndoles la fe salvadora.

En una calle de Londres un borracho tropezó con Spurgeon. En el acto preguntó al predicador si

no le reconocía, cuando Spurgeon respondió negativamente, el borracho replicó: "Pues usted debe conocerme, pues yo soy uno de sus convertidos". A lo que respondió rápido el gran predicador: "Cierto, usted puede ser un convertido por mi predicación; pero si fuera convertido por Dios, no se hallaría en la condición en que se encuentra".

Es una frase errónea, aunque parezca muy acertada, la de: "Predicad, como si todo dependiera de vosotros, y orad como si todo dependiera de Dios". El que predica como si todo dependiera de si mismo. procede sobre una falsa base, y el que ora como si todo dependiera de Dios, también asume una posición falsa. Es mucho más recomendable la advertencia de William Carey, el misionero bautista a la India: "Esperad grandes cosas de Dios; emprended grandes cosas para Dios".

El evangelista debe, de cierto, trabajar con todas sus fuerzas; pero en completa dependencia sobre el Espíritu Santo en cuanto a los resultados. Si así lo hace, su dependencia no podrá hallar otra expresión que la oración ferviente. Y aquí también se cumple: "La oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho" (Santiago 5: 16).

En muchos casos el evangelista presenta el Evangelio a pecadores muertos espiritualmente. Va sin decirlo que el muerto no puede resucitarse a si mismo, y también es evidente que ningún hombre puede dar vida a los muertos; solamente puede hacerlo aquel que habló a Ezequiel en una visión y le dijo, refiriéndose al valle de los huesos secos: "He aquí yo hago entrar espíritu en vosotros y viviréis. Y pondré tendones sobre vosotros y haré subir sobre vosotros carne y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu y viviréis y sabréis que yo soy

Jehová" (Ezequiel 37: 5-6). Expresado de otra manera. La incredulidad es un asunto del corazón, o sea la más interna disposición del ser humano. La persona inconvertida tiene un corazón de piedra; no puede substituirlo de su voluntad por un corazón de carne, ni tampoco puede hacerlo el evangelista. Darle un nuevo corazón es prerrogativa de Dios, Espíritu Santo, quien prometió a su pueblo idólatra: "Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo sobre vosotros y quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne" (Ezequiel: 11-19). Sólo aquella persona que ha pasado por el cambio radical de corazón que la Sagrada Escritura llama nuevo nacimiento, abrazará el Evangelio con fe, pues "el hombre natural no recibe las cosas que son del Espíritu de Dios, antes le son locura y no las puede entender, porque tienen que ser discernidas espiritualmente" (1.ª Cor. 2: 14).

De esta verdad, que la efectividad del evangelista depende totalmente en Dios, se sigue una conclusión inevitable: Que pertenece a Dios toda la gloria por cada conversión genuina. Que ningún convertido se ufane de su propia conversión; que ningún evangelista se alabe por la conversión de aquel a quien trajo al conocimiento del Evangelio. Toda jactancia es excluida. "El que se gloria gloríese en el Señor" (1.ª Cor 1: 31). Toda verdadera conversión es de Dios, por Dios y para Dios. A El sea pues la gloria para siempre (Rom. 11: 36).

A veces, los frutos del evangelismo, no son tan evidentes como el evangelista desea y ruega a Dios que sean. Puede parecerle que está sembrando sobre pedregales y que ninguna semilla de las que siembra, caerá en buena tierra y entonces viene el desánimo; pero el que se esfuerza celosamente.

en traer su mensaje, y sus métodos están en armonía con la Palabra de Dios, nunca tendrá motivo para desanimarse; por el contrario, debe confiar en Dios en cuanto a los resultados.

Sólo el Dios omnisciente puede, con toda seguridad, conocer los resultados del Evangelio. Tan sólo El puede contar los convertidos. Cuando mediante el evangelismo de masas, muchos millares han profesado fe en Cristo, tan sólo el que escudriña los corazones y los riñores de los hombres (Apoc. 2: 23) puede juzgar cuantos de ellos poseen la fe verdadera y permanente. Cuando Roberto Morrison, el padre de las misiones protestantes en China, después de 28 años de esfuerzos misioneros pudo contar tan sólo 10 almas convertidas, Dios sabía a cuantos corazones más llegaría la buena obra que el Espíritu Santo había empezado a realizar.

Dios ve las cosas del mañana como si hubiesen ocurrido ayer. Por tanto el Hijo de Dios podía decir: "Uno siembra y otro siega" (Juan 4: 37). Cuando por la dirección de la divina providencia alguien dejó un tratado en cierta casa de Inglaterra, Dios había dispuesto que Ricardo Baxter (1615-1691), convertido por la lectura de aquel tratado escribiría *El reposo eterno de los santos;* y Felipe Doddridge (1702-1791) movido por la lectura de aquel tratado escribiese: *El nacimiento y progreso de la religión en el alma",* y que William Wilbelforce, (1759-1833), bajo el impulso de este libro, escribiese su obra *"Cristianismo práctico",* y que Thomas Chalmers (1780-1847), fundador de la iglesia libre de Escocia, profundamente influenciado por este último libro viniera a ser uno de los más grandes predicadores de su tiempo; cuyos sermones serían publicados dos años después de su muerte en 25 volúmenes.

Cuando Dios cambió a Saulo, ante las puertas de Damasco, sabía que por las labores de este solo convertido millones serían traídos al Reino de Dios, hasta el final de los tiempos. Aún más, cuando su propio Hijo muriendo la muerte de un criminal, terminó su misión terrestre en lo que parecía un completo e ignominioso fracaso, Dios sabía que por su levantamiento en la cruz atraería una multitud que nadie podría contar, de todas las gentes, linajes y lenguas (Juan 12: 32).

La Palabra de Dios abunda en promesas grandes y preciosas para aquel que trabaja en la obra del Evangelio, por esto se dice: "Andará sembrando y llorando el que lleva la preciosa semilla, mas volverá a venir con regocijo trayendo sus gavillas" (Salmo 126: 6). Y Dios asegura: "Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volvera a mi vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié" (Isaías 55: 10-11).

Por esto el evangelista es amonestado a mantenerse firme, inconmovible, creciendo en la obra del Señor siempre, ya que sabe que su trabajo para el Señor no es en vano (1.ª Cor. 15: 58). Porque Dios es fiel, y su consejo permanecerá (Isaías 46: 10), el evangelista puede sentirse plenamente seguro de que todos los que son ordenados para vida eterna creerán y serán salvos" (Hechos 13: 48).

Con Dios como conductor, no hay lugar para el desánimo. Hay lugar tan sólo para una fe fuerte, una esperanza firme y un ardiente amor.

18

DIOS Y LA RESISTENCIA AL EVANGELISMO

Dios y Satanás

La historia de la raza humana es una historia de conflicto: Conflicto entre la simiente de la mujer y la serpiente. (Génesis 3: 15), la Iglesia y el mundo; Cristo y el Anticristo, Dios y Satanás.

Desde la caída, Satanás ha hecho todo lo posible para detener la difusión del Evangelio y hacerlo inefectivo en aquellos lugares donde llega.

Uno de los más profundos misterios de la historia es que Dios permita a Satanás oponérsele tan vigorosamente. Que el Dios Todopoderoso lo permite no hay duda alguna. "El hace según su voluntad, en el ejército de los cielos y entre los habitantes de la tierra, y nadie puede escapar de su mano o decirle ¿qué haces?" (Daniel 4: 35). De ahí sigue que Satanás no puede moverse sin el permiso de Dios. Que Dios es todo sabio, también es indiscutible. Que en su sabiduría El permita a menudo realizar a Satanás lo que a nosotros, seres humanos, nos parece una catástrofe para su Reino, es eviden-

te. Este hecho es un misterio inescrutable, acerca del cual sólo podemos exclamar: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y conocimiento de Dios! ¡cuán incomprensibles son tus juicios, e inescrutables sus caminos!" (Romanos: 11-33).

En ciertas ocasiones, Dios nos concede ver una ráfaga de su poder y sabiduria trayendo las obras de Satanás en favor de su Reino. Un ejemplo evidente lo tenemos en la historia de la Iglesia Primitiva. El apedreamiento de Esteban trajo una grande persecución contra la Iglesia que estaba en Jerusalem, y "todos fueron esparcidos por todas las régiones de Judea y Samaria excepto los apóstoles", pero "los que fueron esparcidos iban por todas partes predicando la Palabra" (Hechos 8: 4). La persecución resultó una bendición disfrazada, pues contribuyó al esparcimiento del Evangelio. Este hecho, fue tan repetido en la historia sub-siguiente de la Iglesia, que dio lugar a la frase: "La sangre de los mártires es semilla de la Iglesia".

El más significativo ejemplo del poder y sabiduría de Dios usando las mismas obras del diablo para promover los intereses de su glorioso Reino la tenemos en la muerte expiatoria de Jesucristo. Satanás entró en Judas Iscariote y le indujo a traicionar al Señor (Lucas 22: 3). Llenos de odio satánico los líderes religiosos judíos pidieron la crucifixión de aquel que consideraban su rival. ¿Y quién puede negar que Poncio Pilato estaba bajo el influjo de Satanás cuando, a pesar de hallarse convencido de la inocencia de Jesús le entregó a la voluntad de sus enemigos? Así fue perpetrado el más enorme crimen de todos los tiempos, el asesinato oficial de aquel que era a la vez, el Hijo de Dios y el más perfecto hombre que ha pisado este suelo. Pero Dios lo usó para la salvación del mundo. De

hecho lo planeó desde toda la eternidad, pues se le llama "el Cordero de Dios, muerto desde la fundación del mundo" (Apoc. 13: 8).

Ejemplos como estos nos enseñan a confiar en el infinito poder y sabiduría de Dios, cuando sus relaciones con el archi-enemigo, sobrepasan nuestro finito entendimiento.

Dios y los gobernantes anti-cristianos

Los gobiernos humanos son a la vez una bendición y una maldición. Son necesarios para el mantenimiento de la justicia en las relaciones humanas. Sin ellos, el pecado correría con mayor desenfreno, mucho más que ahora. Los gobiernos humanos promueven el castigo del pecado. Cuando en el jardín del Edén el hombre se rebeló contra la ley perfecta de Dios, uno de los castigos de su falta fue el que Dios le sujetara a la ley extraordinariamente imperfecta de sus compañeros, pecadores como él. Sin duda al final de los tiempos el gobierno del hombre por el hombre probará ser un gran fracaso. Aún ahora el curso del mundo señala claramente en esta dirección.

Así no es extraño que una y otra vez, a través de la historia, el Evangelio haya sufrido la oposición de los gobiernos. Lo más extraordinario es que, con frecuencia, por no decir comunmente, estos gobernantes civiles resistieron al Evangelio cristiano en nombre de la religión. Podemos citar unos pocos ejemplos:

El Sanhedrin judío prohibió a los apóstoles predicar a Jesús (Hechos 4: 18), motivado por su celo religioso, en este caso celo por el Judaísmo. La historia de la Iglesia Primitiva presenta numerosas y violentas persecuciones ordenadas por los empera-

dores romanos. Pretendiendo ser divinos, no toleraban la adoración del Nazareno en vez del César.

En 1194, Alfonso II de España publicó un edicto ordenando que todos los que, de cualquier modo, hubiesen ayudado o protegido a los Valdenses, o aún escuchado su predicación, deberían ser castigados con la confiscación de todos sus bienes por delito de *lesa majestad*. Ese decreto fue dado en apoyo de una encíclica papal.

En el período de la Reforma el Protestantismo fue puesto fuera de ley por los gobiernos Católicoromanos. Pensad en la Inquisición española y la matanza de San Bartolomé en Francia. Viniendo al presente siglo el gobierno japonés exigió de sus súbditos, dar culto, en los santuarios Shintoistas, al emperador de la nación como descendiente de la diosa Amaterasu. Este culto era requerido como un acto, tanto religioso como patriótico, pues ambos son inseparables en el Shintoísmo. Para decirlo con una agudeza: El Japón adoraba al Japón.

Hoy día los Estados anti-cristianos están haciendo todo lo posible para la supresión del Evangelio. Esto tiene lugar en la Rusia comunista, y entre las naciones satélites de ella, y más violentamente, según parece, en la China comunista. También esto se hace en nombre de una religión, pues el Comunismo, a pesar de su pretendido ateísmo, es una religión. Así lo clasificaron con razón los señores Henry Nelson Wieman y Walter Marschall Orthon en su extenso volumen "The Growth of religions". El Comunismo —dijeron— es una religión extremadamente fanática.

En vista de los mencionados hechos no es extraño que algunos cristianos se sientan inclinados a enseñar que Dios ha abdicado temporalmente su gobierno de este mundo en favor de Satanás, que

es el dios de este siglo, y que Cristo no reinará hasta un próximo Milenio. Sin embargo esto es un gran error. El que ordenó a los bárbaros del Norte hacer polvo del férreo Imperio Romano; el que con el aliento de su boca aniquiló la supuesta Armada Invencible española; el que desbarató los planes de Hitler, haciéndole cometer inexplicables errores, y puso en derrota al Japón, en la segunda guerra mundial; es Dios verdadero. Por fe sabemos que: "el que mora en los cielos se reirá —de los gobiernos enemigos de la tierra— el Señor se burlará de ellos. Entonces hablará a ellos en su furor y turbarálos con su ira", porque "he puesto mi rey sobre Sion, monte de mi santidad y le daré por heredad las gentes y por posesión suya los términos de la tierra" (Salmo 2: 4-8). Y aquel que con fe observa las señales de los tiempos en los acontecimientos del mundo, puede persuadirse de esta verdad.

Dios y las falsas religiones

Diecinueve siglos han pasado desde que Cristo ordenó a su Iglesia hacer discípulos en todas las naciones, sin embargo menos de una tercera parte de la población terrestre lleva hoy día el nombre de cristiano. Según el Almanaque Mundial del año 1961, la población del globo es de unos 2.800.000.000 de almas. Si juntamos el Catolicismo romano, las Iglesias Ortodoxas y el Protestantismo, dan un total de unos 900.000.000 de cristianos: y sólo Dios sabe cuantos de estos cristianos lo son tan sólo de nombre. Esto deja en números redondos 1.900.000.000 de adherentes de falsas religiones.

Las anteriores estadísticas no toman en cuenta las sectas. Para nombrar algunas tan sólo podemos decir que en los Estados Unidos hay aproximada-

mente 176.000 espiritistas, 260.000 Testigos de Jehová y más de 1.600.000 Mormones. Estos también promueven religiones falsas.

Debemos mencionar aquí el hecho, desconcertante, de que una parte del Protestatismo, no solamente en este país sino en todo el mundo, ha capitulado ante el Modernismo. Reconocemos que es difícil definir el Modernismo, pues hay diferentes tipos y grados del mismo; pero podemos hacer, sin duda alguna, la afirmación de que aquel Modernismo que niega la inspiración de la Biblia y los milagros; sobre todo el del nacimiento virginal de Cristo y su resurrección corporal; la Trinidad, la eterna y esencial Deidad de Cristo; su muerte expiatoria para satisfacer la divina justicia; la deidad y personalidad del Espíritu Divino, y la salvación por Gracia mediante la fe, en vez de los humanos esfuerzos; no es una religión genuinamente cristiana. Y si el Cristianismo es la única religión verdadera, este Modernismo, tiene que ser contado necesariamente como una religión falsa.

No debe ser desestimado, en este lugar, el hecho de que algunas de las religiones falsas están levantándose. Los misioneros de naciones asiáticas dicen que se está experimentando un poderoso despertamiento del Budismo. No es menos alarmante la difusión del Mahometismo. No sólo hay en el mundo dos veces más mahometanos que protestantes, o sea 429.000.000 de los primeros contra 213.000.000 de los segundos, sino que una oleada Islámica, de grandes proporciones, está invadiendo extensos territorios del Asia y Africa.

De nuevo nos hallamos confundidos. Si Dios es Dios ¿cómo es que en ese aspecto externo, el Cristianismo, la única religión verdadera, es tan flaca

e impotente y las religiones falsas son tan fuertes e influyentes? Una respuesta parcial a esta pregunta la tenemos en la conquista del Oriente pagano de Europa por las primitivas misiones cristianas, y la derrota del Mahometismo en la batalla de Tours en el año 732. Cuando el Islam estaba amenazando apoderarse de toda Europa Dios dijo: "Hasta aquí irás y no pasarás". Europa fue salvada para el Cristianismo. El Dios que hizo esto en el pasado, es un Dios vivo todavía. Pero la última respuesta (lo vean o no así los hombres con su corta visión) es el hecho de que el Señor Dios Omnipotente reina (Apoc. 19: 6). Y es El quien ha asegurado a los suyos: "He aquí que yo crío al herrero que sopla las ascuas en el fuego y que saca la herramienta para su obra, y yo he creado al destruidor para destruir. Toda herramienta que fuere fabricada contra tí no prosperará y tu condenarás toda lengua que se levantare contra tí en juicio" (Isaías 54: 16-17).

Dios y el incrédulo

Tiene que ser considerado otro aspecto del misterio a que hacemos frente en este capitulo. Si Dios es poderoso para salvar y "no quiere que ninguno perezca sino que todas procedan al arrepentimiento" (2.ª Pedro 3: 9) ¿cómo es que hay quienes desechan el Evangelio en su incredulidad y por tanto perecen eternamente?

En un sentido muy real no es nada extraño el hecho de que muchos hombres perezcan, "porque han pecado y están destituídos de la gloria de Dios" (Mateo 3: 23). Por naturaleza todos son "muertos en delitos y pecados" (Ef. 2, 1), todos merecen la muerte eterna. Que tales hombres perezcan no es

extraño. Lo que es una maravilla de la gracia divina es el que algunos, de todos ellos, sean salvos. Es una verdadera manifestación de la gracia maravillosa del Señor el que de entre la caída raza humana Dios, desde la eternidad haya escogido a ciertas personas para vida eterna; y en el curso del tiempo imparta a las tales, muertas como están, la vida espiritual, que les capacita para recibir a Cristo por la fe y así ser salvos.

La Biblia enseña, de un modo inequívoco, que Dios no eligió a todos los pecadores para la vida eterna. Las mismas palabras "escogió" y "elegidos", excluyen este pensamiento. El, soberanamente, escogió a algunos, y soberanamente dejó a otros. Con su gracia eligió a algunos para salvación y decretó, con justicia, dejar a otros sufrir el resultado natural de sus propios pecados. Pues, ¿no tiene potestad el alfarero para hacer con el barro de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? y ¿qué, si Dios queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria la mostró para con los vasos de misericordia la cual preparó de antemano para gloria? (Rom. 9: 21-23-36).

En perfecta armonía con las Escrituras los *Cánones de Dort* declaran que: "Algunos reciben el don de la fe de parte de Dios, y otros no lo reciben, según procede del decreto eterno de Dios... Según el cual, El, misericordiosamente, ablanda los corazones de los elegidos, por obstinados que sean, y les inclina a creer; mientras que a los no elegidos los deja a su justo juicio por su maldad y terquedad. Y aquí se despliega especialmente la profunda misericordia, y al mismo tiempo justa discriminación entre hombres igualmente envueltos en

la ruína" (I, 6).

Sin embargo, la soberanía de Dios, tal como está expresada en el Decreto de reprobación, no quita nada a la responsabilidad humana. Dios no fuerza a los reprobados al infierno; estos perecen porque no quieren venir a Cristo para que tengan vida (Juan 5: 40). Dios no es autor de la incredulidad en aquellos que perecen, como no es autor de la fe en aquellos que son salvos. Como Judas Iscariote que negó al Señor conforme al "determinado consejo y ancipado conocimiento de Dios" (Hechos 2: 23), estos réprobos llevan sobre sí la plena responsabilidad por sus malas obras, y por lo tanto van a "su propio lugar" (Hechos 1: 15). Así que los reprobados perecen a causa de su propia y voluntaria incredulidad. Que nadie piense que puede ocurrir que alguno de los no elegidos desee venir a Cristo por la fe, pero encuentre su camino bloqueado por el decreto divino. En cada caso, el reprobado ama la muerte más bien que la vida (Proverbios 8: 36).

Esto advirtieron también los teólogos de Dort, y por lo tanto dijeron: "No es falta del Evangelio, ni de Cristo que se lo ofrece, ni de Dios, que les llama por el Evangelio y les confiere diversos dones, el que sean condenados aquellos que son llamados mediante el ministerio de la palabra y rehusan venir y ser convertidos. La falta radica en ellos mismos. *(Cánones de Dort III, 4-9)*.

Que sea claramente entendido y enfáticamente afirmado: Cuando un pecador es salvo: toda la gloria pertenece a Dios; cuando un pecador es perdido, el pecador es quien tiene toda la culpa.

Aquí hay un misterio, es verdad. Que ningún hombre pretenda mezclarse en él. La paradoja de la soberanía de Dios desplegada en el decreto eter-

no de reprobación por un lado, y por el otro la plena responsabilidad del incrédulo por su incredulidad, tiene que quedar sin ningún intento de mitigarlo. Pablo hizo frente a la paradoja cuando después de haber declarado respecto a Dios: "por lo tanto tiene misericordia del que tiene misericordia y al que quiere endurece", presentó la objección del incrédulo: "¿Por qué, pues inculpa? me dirás ¿Por qué quien puede resistir a su voluntad?" ¿Procuró el apóstol hallar una solución a este problema por el mismo tan claramente expuesto? No lo intentó de ningún modo. Sólo recordó al objetante, que él es hombre y Dios es Dios. He aquí lo que dice:

"Mas antes ¡oh hombre!, ¿quién eres tú para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó; por qué me hecho así?" (Rom. 9: 20). Lo que hizo Pablo fue apelar a la soberanía de Dios. En efecto, dijo al incrédulo: Porque Dios es soberano tiene el perfecto derecho de endurecerte; y precisamente por la misma razón, tiene el mismo derecho de hacerte responsable por tu propio endurecimiento de corazón. En resumidas cuentas: Dios es Dios.

En estos términos Pablo, estableció lo que se llama la Teodicea Paulina. Pero una Teodicea extraordinariamente similar se halla en los discursos del Hijo de Dios. Después de haber reprendido Jesús a las ciudades donde había realizado sus admirables obras, por su falta de arrepentimiento, diciéndoles que en el día del juicio sería más tolerable el castigo a los de Sodoma y Gomorra que a ellos, declaró a renglón seguido: "Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a los niños. Así Padre, porque así agradó en tus ojos" (Mateo 11; 20-26).

En su Evangelio, el apóstol del amor también hizo frente a la paradoja que estamos considerando, y firmemente rehusó poner sus extremos de acuerdo. Cuando muchos de los judíos rechazaron a Cristo, Juan exclamó: "Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos no creían en El, para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías que dijo: "Señor ¿quién ha creído nuestro anuncio? ¿y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: "Cegó los ojos de ellos y endureció su corazón; para que no vean con los ojos y entiendan con el corazón y se conviertan y yo los sane. Isaías dijo esto cuando vio su gloria y habló de El" (Juan 12: 36-41). Pero también el evangelista Juan mantuvo la plena responsabilidad de aquellos incrédulos recordando las palabras de Jesús: "El que me desecha y no recibe mis palabras, tiene quién le juzgue: la palabra que yo les he hablado, ella les juzgará en el día postrero" (Juan 12: 48).

Que a Dios es debida toda la gloria por la salvación de los pecadores, está enfáticamente enseñado en la Biblia entera. ¿Es Dios también glorificado con la salvación de los réprobos? Sin tratar de igualar la gloria de Dios revelada en dos extremos tan distantes, puede responderse a esta pregunta tan sólo con una afirmación inequívoca: Todo lo que Dios decretó, lo ha decretado para su gloria. Cada suceso en la historia humana no es sino un desarrollo del plan divino pre-ordenado y de alguna manera todo redunda para gloria de Dios. Las mismas obras de Satanás Dios las utiliza para su gloria. Hablando del Evangelismo, Pablo el más grande evangelista, dice: "Nosotros somos buen olor de Cristo a los que se salvan y a los que se pierden. A los unos olor de muerte para muerte, y a los otros olor de

vida para vida" (2.ª Cor.: 15, 16). Calvino comentó este pasaje diciendo: "Aquí tenemos un pasaje remarcable, por lo cual se nos enseña que cualquiera que sea el resultado de nuestra predicación es, no obstante, agradable a Dios. Si se predica el Evangelio y nuestro servicio es aceptable a El, no disminuye en ningún grado la dignidad del Mensaje si no hace ningún bien, pues Dios es glorificado en ello, ya sea que el Evangelio venga a ser una ocasión de salvación o que lo sea de ruína a los malvados que se vuelven de él". Y añade: "El Evangelio es predicado para salvación; este es su objetivo; pero solamente los creyentes son participantes de esta salvación. Al mismo tiempo que es una ocasión de condenación a los incrédulos, y esto procede de su propia falta".

La confesión de Fe de Wensminster, refiriéndose a los elegidos dice: "En cuanto al resto de la Humanidad, ha agradado a Dios, conforme al inescrutable consejo de su voluntad por el cual El extiende o retiene la misericordia como El quiere, para la gloria de su soberano poder sobre sus criaturas, pasar de largo algunas y ordenarles como vasos de deshonra e ira a causa de su pecado, para la alabanza de su gloriosa justicia" (III, 7).

Dios es soberano. Quitarle su soberanía es negarle como Dios.

El hombre es un agente libre y responsable. El incrédulo rechaza a Cristo no por compulsión externa, sino de su propia voluntad; bajo la compulsión de su propia naturaleza pecadora. Su elección es deteminada por lo que él es, un pecador totalmente depravado, enemigo de Dios. "La mente carnal es enemistad contra Dios, pues no se sujeta a la voluntad de Dios ni tampoco puede" (Rom. 8: 7)

19

DIOS Y EL TRIUNFO DEL EVANGELISMO

El triunfo asegurado

El salmista cantó: "Se acordarán y se volverán a Jehová todos los confines de la tierra y todas las familias de las naciones adorarán delante de Tí" (Salmo 22: 27). Otro salmo mesiánico predijo: "Dominará de mar a mar y desde el río y hasta los confines de la tierra. Ante El se postrarán los moradores del desierto y sus enemigos lamerán el polvo. Los reyes de Tarsis y de las costas traerán presentes, los reyes de Saba y de Seba ofrecerán dones. Todos los reyes se postrarán delante de El. Todas las naciones le servirán" (Salmo 72: 8-11). La piedra que, en el sueño de Nabucodonosor fue cortada sin mano y quebrantó la imagen de hierro, barro cocido, bronce, plata y oro... vino a ser una gran montaña que llenó toda la tierra" (Dan. 2: 31-35). Viene el día cuando "todas las cosas serán sometidas a Cristo" (1.ª Cor 15: 27-28).

Es cierto, sin sombra de duda, que la Palabra de Dios está llena de promesas de un triunfo veni-

dero; pero esto no es todo. La Escritura describe la victoria de Dios y de Cristo como una realidad presente. Que el conflicto de las edades entre Dios y Satanás está siempre bajo el control de Dios, apenas necesita ser dicho. Es inherente al ser mismo de Dios: "Dios reina sobre los paganos. Dios está sentado sobre el trono de su santidad" (Salmo 47: 8). "El Señor es grande, y gran rey sobre todos los dioses" (Salmo 95: 4). El reinado mediador de Cristo es también una gloriosa realidad. La batalla decisiva entre Cristo y Satanás fue peleada en el Calvario. Allí Satanás hirió a Cristo; pero Cristo quebrantó la cabeza de Satanás. (Génesis 3: 15). Tres veces en el Nuevo Testamento Satanás es llamado el príncipe de este mundo y cada vez se dice de él que, como príncipe de este mundo, ha sido ya derrotado por el Cristo crucificado. Con referencia directa a su muerte en la cruz Jesús dijo: "Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera". (Juan 12: 31). Ante la amenazadora sombra de la cruz dijo a sus discípulos: "Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, pero no tiene nada en Mí" (Juan 14: 30). Y al prometerles el Espíritu Santo para confortarles en su tristeza debido a su inminente partida, aseguró a los discípulos que el Espíritu redargüiría al mundo de juicio, "porque ahora el príncipe de este mundo es juzgado" (Juan 16: 11). Cualquiera que sea la influencia que Satanás ha ejercido desde entonces en los asuntos de los hombres —y tenemos que admitir que ha sido grande— se habla de El como "el Dios de este mundo, que ha cegado los entendimientos de los incrédulos para que no les resplandezca la luz gloriosa del Evangelio de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (2.ª Cor. 4: 4). Todo lo ha hecho con el per-

miso de Cristo y bajo su control; pues Cristo tiene en verdad "todo el poder en el cielo y en la tierra" (Mateo 28: 18) y con su muerte "destruyó a aquel que tiene el poder de la muerte, es a saber el diablo" (Hebreos 2: 14).

Aquí puede sugerirse la pregunta: ¿Dice la Escritura que el futuro traerá bendición espiritual al pueblo israelita? Desgraciadamente no hay unanimidad en la respuesta entre los creyentes. Por una parte hay aquellos que sostienen que aunque los judíos, individualmente, pueden venir a Cristo; todas las bendiciones espirituales prometidas en la Escritura al pueblo judío han sido heredadas por el Israel espiritual, que es la Iglesia. Por el otro lado hay quienes enseñan que cuando Cristo vuelva la nación judía toda, experimentará un nacimiento espiritual.

Sin dogmatizar a este respecto, el escritor quisiera llamar la atención a tres afirmaciones de la Escritura que considera apropiadas con respecto a este problema. Todas ellas se encuentran en Romanos 11. Pablo presenta la pregunta: "Si el rechazamiento ha resultado en la reconciliación del mundo ¿cuál será la resurrección de ellos sino vida de los muertos?" (vers. 15). El apóstol parece mirar a un tiempo cuando el pueblo judío, rechazado por Dios a causa de que ellos rechazaron a su Hijo, será recibido por Dios, en misericordia, y vendrá a ser el instrumento para impartir una gran bendición a toda la Cristiandad. El apóstol continúa diciendo: "Porque no quiero hermanos que ignoréis este misterio, para que no seais arrogantes en cuanto a vosotros mismos: Ha acontecido a Israel el endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles. Aún cuando algunos expositores nos hablen convencidos de que el término:

"todo Israel" se refiere al Israel espiritual, consistente tanto de judíos como de creyentes gentiles, y otros expositores son de la opinión de que se refiere a la nación judía entera sin excepción, hay buenas razones para entender que se refiere al pueblo judío como una totalidad. Los judíos colectivamente. La discusión de F. L. Godet sobre este punto en el apéndice E. de su comentario a los Romanos es iluminador, y asimismo el librito por William Hebdriksen del mismo tema.

Triunfo por la Tribulación

¿Qué reserva el futuro a la Iglesia de Cristo? Sobre este asunto hay mucha diferencia de opinión entre los estudiantes de la Palabra de Dios.

Los pre-milenarios sostienen que aunque el Evangelio se esparcirá por todo el globo y muchos volverán a Cristo, sin embargo el próximo futuro es oscuro para la Causa del Evangelio, y el tiempo puede estar muy cerca cuando Satanás tendrá su día y oportunidad. Habrá gran tribulación en toda la tierra. Antes o después de la Tribulación los fieles serán arrebatados para ir a encontrar al Señor en el aire. Después Cristo volverá triunfante y establecerá su reino milenario teniendo Jerusalem como centro. Durante este período Satanás estará atado, al final será desatado y reunirá las naciones de los cuatro ángulos de la tierra contra la ciudad amada. Sin embargo el diablo será derrotado y juntamente con sus aliados será echado en el lago ardiendo con fuego y azufre.

Los post-milenarios, como suelen ser llamados, son de dos clases. Muchos de ellos creen que el Reino de Dios vendrá por medio de esfuerzos humanos y reformas sociales que completarán el proceso de

constitución del Reino de Cristo. Los que sostienen este punto de vista lo basan en un evolucionismo histórico más bien que en la Palabra de Dios, pero hay también los post-milenarios sobrenaturalistas, o sea creyentes fieles en la Biblia, los cuales piensan que la enseñanza de la Escritura será tan efectiva, que obtendrá el que todas las naciones se vuelvan a Cristo. El Cristianismo será triunfante, empezará una edad de Oro y cuando esto ocurra, Cristo volverá como Señor de todo.

A este punto quisiéramos hacer una advertencia y es que la diferencia que hay entre los creyentes leales a la Biblia, tanto pre-milenarios como post-milenarios, aunque sean grandes en el sentido material, no debe dárseles tanta importancia hasta el punto de oscurecer el hecho significativo que ambos enseñan, que la Segunda Venida del Señor es el último y completo triunfo de Cristo.

Aún hay un tercer punto de vista entre aquellos que aceptan la Biblia como Palabra de Dios, y es aquel conocido como amileniarismo, el cual parece ser más inclusivo, escrituralmente, que cualquiera de los antes mencionados. Sus proponentes hacen énfasis en hacer justicia a toda la Escritura acerca de este asunto. Estos creen que los mil años de Apocalipsis 20 representan, en lenguaje simbólico, un período largo y completo que va desde la ascensión de Cristo al Cielo hasta su Segunda Venida. Durante este tiempo Cristo reina y los santos viven con El (vers. 4). Satanás está atado de tal modo que no le es permitido llevar a las naciones paganas a dominar la Cristiandad (vers. 2-3). En otras palabras, en este período, que es el presente, las naciones nominalmente cristianas predominan en poder e influencia entre los reinos de la tierra. Durante es-

te tiempo tiene lugar, bajo el dominio de Cristo, un desarrollo paralelo del reinado de la luz y del de las tinieblas. Esto se enseña inequívocamente en las Escrituras: Por ejemplo, las parábolas de Jesús del grano de mostaza y de la levadura muestran que el crecimiento del reino de Cristo y del de Satanás son paralelos, y ello se demuestra en la pregunta del Señor: ¿Cuándo el Hijo del hombre viniere ¿hallará fe en la tierra? (Lucas 18: 8). El doble proceso se halla demostrado en los sucesos actuales. Las naciones paganas están poco a poco siendo cristianizadas, mientras que las naciones cristianas parecen volver al paganismo. Hacia el fin de los "mil años" Satanás será desatado por un poco de tiempo". Aquellos serán los días oscuros para la Iglesia de Dios. Entonces ocurrirá lo que está escrito en Apocalipsis 20. Bajo el reinado totalitario del Anticristo la raza humana será consolidada políticamente, religiosamente y económicamente. Todos los hombres le seguirán, con excepción de aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero que fue muerto desde la fundación del mundo. Los santos sufrirán persecución. Satanás irá adelante, engañando a las naciones cristianas en los cuatro cantones de la tierra, a Gog y a Magog, para juntarles y formar un ejército numeroso como la arena del mar en batalla contra la Iglesia y la Cristiandad. La aniquilación del reinado de Cristo parecerá inevitable, sin embargo descenderá fuego del Cielo y consumirá tales ejércitos, y el diablo con sus asociados, será consignado al tormento eterno en el lago de fuego y azufre. (Apoc. 20: 7-10). Cristo volverá en gloria inefable y después de levantar a los muertos se sentará a juzgar a todos los hombres (Apoc. 20: 12-13).

Así la victoria será llevada a cabo a través de

una lucha; y el triunfo final vendrá a través de la tribulación.

El triunfo consumado

¿Tenemos que concluir que, excepto por la conversión de un número relativamente pequeño de individuos, la proclamación del Evangelio se demostrará de poco efecto, y que cuando la evangelización del mundo por la Iglesia, haya resultado un fracaso, el Hijo de Dios aparecerá repentinamente y tendrá la victoria sobre Satanás mediante un despliegue cataclístico de poder? No; en manera alguna. La enseñanza de la Escritura es bien clara. Hacia el fin de los tiempos Cristo aparecerá con una manifestación sobrenatural de poder para destruir a sus enemigos; pero también es verdad que una multitud incontable de todas las lenguas, linajes, pueblos y naciones, se apresurarán hacia las doce puertas de la Jerusalem celestial (Apoc. 21: 12-13). Los habitantes de esta ciudad, que son la simiente espiritual de Abraham, serán tan numerosos como la arena que está en la playa del mar o como las estrellas del firmamento (Génesis 22: 17). Ellos constituirán la nueva y verdadera humanidad, y como tales habitarán los nuevos cielos y la nueva tierra (Apoc. 21: 1). Y esta multitud habrá sido salva toda *por medio del Evangelio.*

En todos los siglos los hombres han luchado para reunir la humanidad dividida. Casi se podría decir que estas luchas constituyen la misma historia de la humanidad. Entre los métodos empleados para tal fin, tres permanecen aún. Incontables esfuerzos han sido hechos para unir a las naciones mediante la espada. Esto dio lugar a los imperios del mundo antiguo, así como a los grandes dominios

del tiempo medioeval y de los tiempos modernos. Tales luchas sólo podían terminar en fracaso, pues cuando los hombres son unidos por la fuerza no están realmente unidos. Alejandro el Grande trató de juntar el mundo bajo su dominio por medio de un lenguaje universal. Hizo del griego el lenguaje de la literatura en el mundo entero. La Iglesia de Roma emplea el mismo sistema cuando trata de mantener a sus hijos e hijas juntos por el uso común de la lengua latina. El Volapuk o Esperanto son esfuerzos similares, de fechas recientes, para contribuir a la unidad de la raza. Apenas necesita ser dicho que el mal de la desunión es demasiado profundo para ser curado mediante tan flaco y superficial remedio. En tiempo reciente los hombres han tratado de curar las brechas de la humanidad mediante el gobierno organizado de la Liga de naciones, el Tribunal Internacional y las Naciones Unidas. ¿Quién sabe? Por la gracia común de Dios tales organizaciones pueden posiblemente aliviar algunos de los males del mundo. Es posible que ellas puedan ayudar a post-poner alguna guerra, pero lo cierto es que también ellas han fracasado, y fracasarán miserablemente, en el ideal supremo de establecer la paz universal.

Ninguno de los antes mencionados medios humanos, incluído el último, puede traer la unión al mundo. La razón es evidente. Solamente tratan con los síntomas, no con la causa de la enfermedad del mundo. La causa es el pecado; el pecado promueve la desunión, la guerra y las luchas. Y el pecado no puede ser abolido por la espada, ni con la unidad de lenguaje, ni por las asambleas de hombres de Estado de las naciones; por más que muchos de ellos sean hombres de buena voluntad. Sólo Dios puede vencer al pecado. Su hijo lo ha hecho.

Por su muerte en la cruz del Calvario venció al pecado. Este es el tema del Evangelio. El Evangelio cristiano es nada menos que esto. La presentación de la solución divina al problema del pecado. Sólo cuando haya sido predicado en todo el mundo y por todas las naciones, trayendo discípulos a Cristo, ocurrirá que "martillarán sus espadas para hazadones y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra". (Miqueas 4: 3).

El triunfo de Cristo, será pues el triunfo del Evangelismo

Ello está implícito por lo menos en las palabras finales de la gran Comisión: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mateo 28: 20). ¿Qué otra cosa puede esto significar sino que al fin de los tiempos, Aquel que tiene todo el poder y autoridad en la tierra y en el cielo prosperará su iglesia en la proclamación del Evangelio? Por lo tanto está escrito: "No herirán ni harán daño en todo mi santo monte; pues la tierra será llena del conocimiento del Señor como las aguas cubren el mar (Isaías 11: 9). De los vencedores en la lucha se dice que vencieron "por la sangre del Cordero y la palabra de su testimonio" (Apoc. 12: 11). Y aquel que cabalgando sobre un caballo blanco conduce los ejércitos del cielo al triunfo final se llama, "EL VERBO DE DIOS" (Apoc.: 19-13).